

HOMERO

LA
ODISEA

Adaptación de
MANUEL ROJAS



Ilustración de portada:
MARIANO RAMOS.

Viento Joven
I.S.B.N.: 956-12-1157-2.
29ª edición: Abril del 2004.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 956-12-1296-1.
30ª edición: Abril del 2004.

© 1973 por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Inscripción N° 41.504. Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de la presente adaptación
reservados para todos los países.
Editado por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 17.
Teléfono 3357477. Fax 3357545.
E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

Impreso por Imprenta Salesianos, S.A.
General Gana 1486. Santiago de Chile.

INDICE

Advertencia preliminar	9
Canto primero: Cuenta, Musa. Consejo de los dioses. Visita de Atenea a Telémaco. Los pretendientes	11
Canto segundo: Telémaco emprende viaje ..	19
Canto tercero: Llegada a Pilos y entrevista con Néstor. Telémaco continúa su expedición ..	28
Canto cuarto: Visita de Telémaco a Menelao	35
Canto quinto: Calipso y su gruta. La balsa de Ulises	45
Canto sexto: Ulises y los feacios	53
Canto séptimo: Ulises en el palacio de Alcínoo	58
Canto octavo: Ulises entre los feacios y la malicia de Hefestos. Juegos al aire libre. El aedo y Ulises	62
Canto noveno: Relato de Ulises. Los cicones. Los lotófagos. Lucha con el Cíclope	70
Canto décimo: Los odres de Eolo. Los lestrigones. En poder de Circe	79
Canto undécimo: En el mundo de los muertos	89

Canto duodécimo: Aventuras con las sirenas. Escila y Caribdis. Los ganados de Helios . .	97
Canto decimotercero: Ulises deja la isla de los feacios y llega a Itaca	106
Canto decimocuarto: Diálogo de Ulises y Eu- meo. Ulises cuenta aventuras	113
Canto decimoquinto: Telémaco llega a la cho- za de Eumeo. Este cuenta a Ulises su pasado	121
Canto decimosexto: Ulises se da a conocer. Los pretendientes	127
Canto decimoséptimo: Telémaco regresa a Ita- ca. Muere el perro de Ulises. Los pretendien- tes y el mendigo	135
Canto decimoctavo: Ulises pelea con Iro. Los pretendientes y Penélope. Escarnecen a Uli- ses	143
Canto decimonoveno: Conversación de Pe- nélope y Ulises. La cicatriz	149
Canto vigésimo: Incidentes	154
Canto vigésimo primero: Ulises y su arco . .	160
Canto vigésimo segundo: La venganza de Ulises	166
Canto vigésimo tercero: Sí, tú eres Ulises . .	173
Canto vigésimo cuarto: Los infiernos y la paz	179



ADVERTENCIA PRELIMINAR

“La Odisea” no es más que la continuación de “La Iliada”, ambas obras atribuidas a Homero, poeta de quien se dice haber nacido en algún lugar de Grecia y ciego. Todo es fabuloso aquí, el tema y el poeta, y no hay un conocimiento científico o histórico que sea plenamente aceptable en lo que se refiere al autor; no hablemos de los personajes, que son en su mayoría mitológicos. Ya se han explicado, en el prólogo del primer volumen, o sea, “La Iliada”, los pormenores que rodean la leyenda de este aedo o cantor de dioses.

Terminada la guerra de Troya, los que batallaron en contra de Príamo y sus hijos, ganando la guerra, destruyendo la ciudad y matando a miles de personas, al mismo tiempo que recuperaban a Helena, retornan a sus tierras, aunque, en verdad, hay dos partidas: una, aquella en que participa Néstor, que no regresa como los demás, y otra, la de los que regresaron y entre los cuales está Ulises, rey de Itaca.

Un error cometido en contra de los dioses promueve la ira de éstos, sobre todo de Poseidón, que persigue al héroe, que simboliza el ingenio. por mar y por tierra, corriendo las más atroces y las más dulces aventuras, pues tan pronto debe combatir con cíclopes como dejarse amar por ninfas o diosas de los bosques y las aguas.

Llega, por fin, a su tierra, donde encuentra una penosa situación: docenas de pretendientes insolentes y abusadores, que esperan casarse con la que suponen su viuda, llenan la casa. Pero, la verdad, no deseamos narrar lo que los lectores tendrán agrado en leer. Este libro es, más que el primero, una novela; el primero es una epopeya. Leyendo ambos, y por más que el tema trate de asuntos mitológicos o casi mitológicos, el lector puede aprender mucho respecto de la vida de los antiguos griegos: la economía, la sociabilidad, las jerarquías, la constitución de la propiedad y de la familia. Además, gozará con las hermosas o terribles aventuras de este héroe sin par, el ingenioso Ulises de Itaca, esposo de Penélope, la discreta.

Canto primero

CUENTA, MUSA. CONSEJO DE LOS DIOS. VISITA DE ATENEA A TELEMACO. LOS PRE- TENDIENTES

Cuenta, Musa, la historia del héroe que vagó tanto tiempo después de asolada la acrópolis de Troya por los enemigos. Muchas fueron las penalidades que sufrió, luchando por su vida y por lograr su vuelta a la patria en compañía de sus camaradas. No pudo salvarlos. Los perdió la locura, pues para remediar el hambre se robaron los ganados de Helios Hiperión, y éste no consintió en su regreso. Cuéntanos esas aventuras.

En aquel tiempo habían vuelto a los hogares los que se libraron de la muerte en el mar y sobre la tierra. Pero Ulises seguía ausente, retenido en profundas grutas por la ninfa Calipso, que pretendía hacerlo su esposo. Y cuando, después de los años, llegó la hora para el regreso de Ulises, sufrió nuevas pruebas en Itaca y entre los suyos. Todos los dioses se compadecían de él, pero Poseidón continuaba persiguiendo al héroe.

Poseidón estaba en una tierra lejana, el país de los etíopes, donde dos pueblos viven repartidos, uno al occidente y otro al oriente de Hiperión. Debía recibir allí el sacrificio de una hecatombe de toros y

corderos. Por esos días los otros dioses celebraban un consejo, en el que el Olímpico habló para referirse a las ofensas que los hombres les hacían y lamentar la muerte del pobre Egisto; la diosa Atenea respondió:

—Hijo de Cronos, esa muerte ha sido justa y ¡ojalá acaben así los criminales todos! En cambio, me aflijo pensando en el prudente Ulises, que hace tiempo sufre penurias en una isla perdida en los lejanos mares, residencia de una hija de Atlante, el titán que sostiene con sus brazos las columnas que separan el cielo de la tierra. Esa hija tiene cautivo al infeliz Ulises y quiere fascinarlo y que se olvide de Itaca. Pero Ulises, que sólo quisiera ver cómo sube hacia el cielo el humo de las casas de su tierra, se lamenta y suplica a la Muerte lo libre de ella. ¡Oh Zeus!, ¿no te eran gratos los sacrificios que Ulises te ofrecía? ¿Por qué le tienes odio?

El rector de las nubes replicó:

—¿Por qué hablas así, hija mía? ¿Cómo olvidar al divino Ulises, superior a todos por la inteligencia y por sus sacrificios a los inmortales? Poseidón le odia a causa de que a su hijo Polifemo, el más fornido de los cíclopes, lo dejó ciego, del único ojo que tenía. Por eso, sin resolverse a matar a Ulises, le ha forzado a vagar lejos de la patria. Pero nosotros debemos pensar en que regrese, haciendo que el dios que hace temblar la tierra abandone su odio.

La diosa Atenea le contestó:

—Padre nuestro, hijo de Cronos, si los dioses acuer-

dan que Ulises debe retornar a su hogar, mandemos a Hermes a la isla Ogigia para informar a la ninfa de cabellera verde de nuestra decisión: ¡la vuelta de Ulises! Por mi parte me iré a Itaca y animaré a su hijo, Telémaco, para que llame a los aqueos y despida a los pretendientes de su madre, que no se cansan de beber y comer en la casa del vagabundo.

Atenea se calzó las famosas sandalias de oro que le permitían volar con la rapidez de los huracanes sobre la tierra y el mar; tomó su jabalina y lanzándose desde las cumbres del Olimpo llegó a Itaca, deteniéndose en el atrio de la casa de Ulises, en donde tomó la figura de Mentos, caudillo de los tafios. Estaban allí los pretendientes, jugando con guijarros, sentados a la puerta. Heraldos y servidores llenaban jarras de vino y agua, trinchándoles al mismo tiempo grandes raciones de carne.

Telémaco fue el primero en advertir la presencia de la diosa. Entristecido por el recuerdo de su padre, se preguntaba cuándo llegaría y ahuyentaría a los pretendientes, recobrando sus derechos de amo y esposo. En esto pensaba cuando advirtió a Atenea en figura de Mentos. Se apresuró a salir, disgustado de ver que nadie atendía al recién llegado. Se acercó a él y tomándole de una mano le dijo:

—Salud, extranjero. Acompáñanos a comer y nos dirás qué te trae por aquí.

Ya dentro los dos, Telémaco sentó a la diosa en un hermoso sillón cubierto de un paño de lino, poniendo a sus pies un escabel; acercó una silla y se

sentó, quedando separados de los pretendientes para evitar que la bulla que aumentaba a las horas de comida molestara su conversación. Quería saber si el visitante traía noticias de su padre. Una sirvienta les trajo aguamaniles, lavaron sus manos, y una despensera les trajo pan y comida; el escanciador llenó de vino sus copas. Entraron en eso los bulliciosos pretendientes y se sentaron en butacas y sillas, ofreciéndoles los heraldos y sirvientas los aguamaniles y canastillas colmadas de pan; algunos jóvenes esclavos pusieron vino en sus copas y ellos comieron con apetito. Satisfecho éste, un heraldo ofreció a uno de los jóvenes una cítara y él entonó una canción.

Telémaco se acercó al oído de la diosa y habló en voz baja:

—No sé si te molestará lo que voy a decirte, pero mira, por favor, a esa gente, comiéndose los bienes de un héroe cuyos huesos posiblemente empiezan a blanquear, lavados por la lluvia, en alguna playa, si acaso no se los ha llevado ya el mar. Si él regresara, éstos preferirían la velocidad de sus pies a toda la comida y la bebida; pero no vendrá, habrá muerto, sin que haya consuelo alguno para nosotros. Deseo me digas de dónde vienes, quiénes son tus padres y tu ciudad nativa. ¿En qué navío llegaste, quién te trajo aquí?

La diosa de ojos luminosos contestó que se llamaba Mentos, hijo del prudente Anquialos y llegado en una nave propia para buscar bronce en la región de

Temesa. Luego se refirió a la amistad entre las dos familias y añadió:

—Creía que tu padre se hallaba aquí; pero, sin duda, los dioses impiden su regreso, pues debo decirte que creo que no ha muerto; me han dicho que vive en una lejana isla, rodeada de furiosas olas, en manos de enemigos que lo retienen a la fuerza. Inspirado por los dioses, te diré lo que va a ocurrir: tu padre no estará mucho tiempo más lejos de la patria y acabará por volver, ya que no le falta ingenio para lograrlo. Dime ahora si Ulises tiene un hijo mozo, así como tú. Te pareces a él: esa cabeza y esos ojos son los suyos.

El discreto Telémaco repuso:

—Te diré todo lo que sé. Mi madre asegura que soy hijo de Ulises, pero ¿cómo podría yo demostrarlo? Nadie puede comprobar las circunstancias de su nacimiento y me gustaría ser el hijo de un hombre que pudiera llegar a la plena ancianidad.

Atenea continuó:

—Los dioses tienen reservado gran porvenir a los tuyos, pero respóndeme más: ¿qué significan ese festín y esa gente?

Telémaco le informó de lo que sucedía en ausencia de su padre: los nobles de las islas próximas y todos los príncipes de Itaca pretendían la mano de su madre y mientras ella se decidía se dedicaban a disfrutar de la abundante mesa de la casa.

Palas Atenea dijo:

—¡Cómo debes sufrir con la ausencia de Ulises!

Ojalá apareciera pronto con su yelmo, tal como lo vi en mi casa, cierta vez que fue en busca de veneno para sus flechas, veneno que mi padre le facilitó. Los dioses decidirán lo que ocurrirá: si ha de volver a su hogar o si no lo veremos más. Por ahora debes expulsar a los pretendientes y para ello debes seguir estos consejos: convoca para mañana a los aqueos para comunicarles tus propósitos. Diles a los pretendientes que se vayan y convence a tu madre de que antes de casarse de nuevo vuelva un tiempo a casa de sus padres. Por tu parte, debes hacer lo siguiente: prepara la mejor de tus naves y ve a buscar a tu padre; dirígete a Pilos, donde podrá informarte de algo el venerable Néstor; después ve a Esparta y entrevístate con el rubio Menelao, que fue el último aqueo que regresó. Si sabes que tu padre vive y está de vuelta, continúa buscándolo durante un año; pero si oyes que ha muerto, retorna, érigele un túmulo, hazle los funerales y busca un esposo a tu madre. Por lo que a mí toca, debo irme al navío y reunirme con mis acompañantes, que deben estar impacientes de tanto esperar. Piensa en todo lo que te acabo de decir.

Telémaco contestó:

—No olvidaré los consejos que acabas de darme, pero no te vayas tan pronto. Espera a tomar un baño y comer conmigo.

Atenea, la diosa de los ojos resplandecientes, respondió:

—No me retengas; debo irme.

Dicho esto, se elevó como el pájaro que desaparece ante nuestros ojos, luego de haber comunicado audacia al corazón de Telémaco, quien, reflexionando sobre lo ocurrido, llegó a preguntarse si habría recibido la visita de algún dios. Inmediatamente fue hacia el sitio en que se hallaban los pretendientes y vio que estaban silenciosos, escuchando a un aedo que cantaba la pavorosa vuelta de los aqueos y las pruebas a que les había sometido Palas Atenea cuando se retiraron de Troya. La discreta Penélope, que oía desde lo alto el emocionante relato, bajó seguida de dos doncellas, se detuvo a la entrada de la sala y, cubierto el rostro con un velo, dijo al aedo, llorando:

—Ya que sabes otros cantos, rapsoda, y conoces aventuras de hombres y dioses, deléitanos con ellos y deja ese canto triste; me desgarran el corazón siempre que lo oigo, tan presente tengo el recuerdo del que amo, el héroe cuya fama es celebrada en toda la Hélade.

El prudente Telémaco dijo entonces:

—¿Por qué impedir que el cantor nos recree? Cuidemos de disgustarnos por ese relato que cuenta la desventurada suerte de los dánaos; siempre es preferido el canto reciente. Anima el alma para escucharlo. ¡No sólo Ulises no logró volver de Troya, donde muchos hallaron la muerte! Madre, vuelve a tus habitaciones, ocúpate en el telar y la rueca y manda a las esclavas atiendan las tareas. El hablar

y el decidir es asunto de hombres; yo soy aquí el señor.

Sorprendida por estas palabras, Penélope se volvió a su cámara y se entregó al llanto por Ulises; los pretendientes siguieron con su alboroto, desazonados por el deseo de seguir a Penélope hasta su cámara.

Telémaco tomó la palabra:

—Pretendientes de mi madre, hombres sin igual en la insolencia: por favor, disfrutemos de las cosas sin gritar; es grato escuchar a un aedo. Pero al amanecer os ruego que nos reunamos en el ágora, pues deseo comunicaros mi decisión de que busquéis la alegría y el alimento y la bebida en otra parte y no a cargo de esta casa; pero si consideráis ventajoso cargar los gastos sobre el patrimonio de esta familia, seguid. Yo elevaré mi protesta a los dioses para que Zeus os castigue de modo que acaso hallaréis aquí la muerte.

Al oírle, los pretendientes se mordieron los labios, admirados de la fuerza con que hablaba. Uno de ellos, sin embargo, Antínoo, replicó:

—Telémaco: sin duda los dioses te han animado a levantar la voz y hablar de tal modo, pero ojalá Zeus no resuelva nunca darte el trono de Itaca, por más que te corresponda por herencia.

Telémaco replicó en seguida:

—Te molestará, pero diré lo que pienso. Me agrada este reino, ya que no creo que sea el peor de los destinos. Hay otros príncipes aqueos y de seguro uno de ellos entrará algún día a reinar, si damos

por muerto al noble Ulises. A mi vez, seré el señor de la casa y de los esclavos que mi ilustre padre ha hecho prisioneros.

Entonces Eurímaco dijo:

—Lo que sucederá está en las manos de los dioses, pero deseo preguntarte quién era el visitante de hace poco, de dónde es y si te ha comunicado noticias de tu padre.

Telémaco contó lo poco que sabía del visitante, ocultando que había reconocido en él a una diosa. Los pretendientes continuaron entreteniéndose hasta que llegó la noche, hora en que se retiraron para descansar. También Telémaco se dirigió a su habitación, acompañado de una anciana sirvienta llamada Euriclea, esclava que había pertenecido a Laertes, quien la adquirió por veinte bueyes, respetándola siempre. Ahora, cargada de años, atendía a Telémaco tiernamente, pues lo había cuidado desde niño.

Canto segundo

TELEMACO EMPRENDE VIAJE

Tan pronto asomó la Aurora de rosados dedos, el hijo de Ulises se levantó, ciñó la peligrosa espada, calzó hermosas sandalias y salió de la habitación como un dios, ordenando a los heraldos convocaran

a los aqueos melencólicos. Reunidos en número suficiente, Telémaco se adelantó hacia ellos llevando una jabalina y seguido de sus perros. Como Atenea le había dado el don de la gracia, su presencia atrajo las miradas. Se instaló en el sitio de su padre, ahora vacío.

Primero habló el héroe Egipcio, encorvado por los años y hombre de gran experiencia. Su hijo, el lancero Antifo, había acompañado a Ulises en las naves que fueron a Ilión, donde el salvaje Cíclope lo mató, comiéndoselo después. Le angustiaba el recuerdo de este hijo y habló casi llorando:

—Oíd, gente de Itaca, lo que voy a decir. Es la primera vez que nos reunimos desde que se ausentó el noble Ulises. ¿Quién nos ha llamado hoy y por qué ha sentido la urgencia de hacerlo? ¿Ha oído hablar de la vuelta del ejército y desea comunicarnos lo que ha oído? Encuentro que es hombre de juicio y deseo que ojalá Zeus le ayude a realizar lo que se propone.

El hijo de Ulises recibió con agrado estas declaraciones y como estaba impaciente por hablar avanzó más aún, hasta el centro de la asamblea, donde el heraldo le entregó el cetro de los oradores. Dirigiéndose a Egipcio, dijo:

—No está lejos, venerable anciano, el hombre que ha convocado esta asamblea: soy yo mismo. No tengo noticias del ejército ni de nada valioso y tampoco hay asuntos de interés público de que pueda hablaros. Os he llamado porque necesito vuestra ayuda: he

perdido a mi padre y me aflige el infortunio que pronto asolará mi casa; unos pretendientes asedian a mi madre, pasan los días y casi las noches en nuestra morada, matan y comen nuestros animales y beben sin pausa nuestro vino, ocasionando destrozos en los bienes y fortuna de mi casa; todo ello porque no está aquí Ulises, que podría librarnos de esta peste. Yo no estoy en condiciones de hacerlo y lamento no tener fuerza suficiente para oponerme. Por eso, invocando a Zeus y a Temis, os ruego que hagáis algo para que terminen esos abusos.

Arrasados los ojos en lágrimas, tiró el cetro al suelo; los presentes, silenciosos, no se atrevían a replicarle, pero Antínoo sí lo hizo, diciendo:

—¿Qué dices, joven Telémaco, con tanto atrevimiento? Dime, ¿quién es responsable de lo que ocurre? Tu madre, no nosotros, los pretendientes. Tres años ha pasado burlándose de los aqueos, cuyas esperanzas mantiene con promesas, aunque son otras sus intenciones. Dispuso en sus cámaras un telar, diciéndonos: “Tenéis prisa porque tome un segundo marido y dé por muerto a Ulises. Esperad a que termine esta tela para amortajar al gran Laertes el día que sucumba al golpe de la Muerte. No quiero que ninguna aquea me critique al ver que no lleva sudario un hombre tan poderoso”. Dijo esto con un tono que nos hizo creerle. Ahora bien, a medida que avanzaba su trabajo del día, lo iba deshaciendo por la noche y nos tuvo engañados durante tres años; pero al cuarto una de sus mujeres nos contó todo y nos

ayudó a sorprenderla deshaciendo el tejido. Esto es, Telémaco, lo que decimos los pretendientes, para que te enteres de la verdad. Haz que tu madre se vuelva a casa de su padre y tome luego por esposo al hombre que su padre elija y a ella le guste. De otro modo, los pretendientes continuaremos viviendo a tu costa y acabaremos dejándote sin bienes; no regresaremos a nuestra tierra antes de que ella elija al aqueo que prefiera.

Telémaco argumentó:

—No me es posible, Antínoo, echar de mi casa al ser que me dio la vida. Ignoro si mi padre vive o ha muerto, pero obrad como os parezca, dejando mi casa para encontrar otros modos de divertirnos o acabando de devorar mis bienes. Yo elevaré mi protesta a los dioses, en espera de que Zeus castigue vuestras demasías.

Mientras Telémaco hablaba, Zeus envió desde el Olimpo dos águilas que volaron como el viento y una vez sobre el ágora, donde estaban todos reunidos, giraron con rápido batir de alas y dirigiendo terribles miradas a los allí agrupados. Luego se acometieron y desgarraron sus cabezas y cuellos, desapareciendo por fin hacia la derecha y por encima de las casas y de la acrópolis. Todos se sintieron dominados por el miedo de lo que podría suceder.

Entonces el anciano Aliterse, hombre el más versado de su generación en interpretar los presagios de las aves, habló a los hombres:

—Escuchad lo que voy a deciros, vosotros, los

pretendientes. Ulises no tardará en estar con nosotros y con los suyos. Se acerca con amenazas de sangre y de muerte y habremos de sufrir muchos de los que moramos en Itaca. Mi vaticinio se apoya en una experiencia bien fundada, pues, en lo que se refiere a Ulises, todo ha ocurrido según lo anuncié cuando los argivos embarcaron para Ilión, y Ulises con ellos. Dije entonces que sufriría muchas pruebas, perdería a muchos de los suyos y retornaría al cabo de veinte años, sin que nadie pudiese reconocerlo. Estas predicciones van a tener ahora su confirmación, no lo dudéis.

El hijo de Polibo, Eurímaco, replicó:

—Lo mejor que podrías hacer, anciano, es irte a tu casa y hacer vaticinios a tus hijos y nietos, pues en asuntos de averiguar el futuro soy mucho mejor profeta que tú. Referente a Ulises, ha muerto, y lamentado que no hayas perecido con él, para que no excitaras ahora, como lo haces, la cólera de Telémaco.

El discreto Telémaco dijo unas últimas palabras:

—Eurímaco y demás pretendientes: nada queda ya por decir: los dioses y los aqueos saben a qué atenerse. Entonces, dadme un navío y veinte hombres e iré a la arenosa Pilos y a Esparta a fin de informarme sobre el regreso de mi padre. Quizá alguien sepa algo o quizá llegue a mi oído un recado de Zeus. Si averiguo que mi padre vive, lo seguiré buscando durante un año, pero si me dicen que ha muerto, regresaré para hacerle un túmulo y las debidas

exequias. Hecho esto, daré a mi madre un nuevo marido.

Luego se levantó Mentor, compañero de Ulises, a quien éste había confiado su casa. Benévolo, habló así:

—Escuchad lo que voy a deciros: ¿de qué le sirve a un rey empuñar el cetro y dar muestras de equidad en el gobierno? Más vale que sea cruel e injusto, pues veo que nadie recuerda la dulzura del divino Ulises. Pase que los pretendientes se dejen llevar de la violencia y de la perversidad, pues, haciéndolo, arriesgan su cabeza; pero me indigna la conducta del pueblo. ¿Cómo es posible que nadie diga una palabra ni reproche el comportamiento de los abusadores?

Pronto saltó Leócrito, gritando:

—¡Insolente Mentor! ¿Cómo te atreves a excitar el pueblo contra nosotros? Si Ulises se presentase a expulsar a los nobles pretendientes de su mujer, su esposa debería lamentarlo, pues pagaría con la muerte la temeridad de enfrentarse con tantos adversarios. No nos preocupemos por Telémaco; tendrá la ayuda de Mentor y de Aliteres, aunque es posible que su viaje quede sólo en proyecto.

En seguida Leócrito disolvió la asamblea y los reunidos se dispersaron, mientras que los pretendientes volvieron a casa del divino Ulises.

Telémaco se dirigió a la orilla del mar e invocó a la diosa Atenea:

—Escúchame, tú que ayer me visitaste y me di-

jiste que me fuera sobre el mar para saber del retorno de mi padre.

Atenea respondió al llamamiento y apareció en la figura y con la voz de Mentor; le dijo:

—No te faltarán valor ni prudencia si has heredado el ánimo que tenía tu padre. No será inútil lo que vas a hacer y no desistas de hacerlo. No son muchos los hijos que heredan los dones de los padres, pero creo que tú te hallas en el caso de serlo. No se retrasará tu viaje y te buscaré una nave muy marinera y te acompañaré. Vuelve a tu casa mientras busco una buena tripulación.

Al llegar Telémaco a su casa, la halló, como siempre, invadida por los incansables tragones y bebedores, los pretendientes, que en esos momentos se entretenían en desollar unos animales y asar en el patio cuartos enteros de cerdos. Al verlo Antínoo, se adelantó, le estrechó la mano y le dijo:

—No te disgustes, Telémaco soberbio, por algunas palabras pasadas y acompáñanos a comer y beber. Los aqueos se ocuparán de preparar el navío y buscar los remeros, de modo que no tardarás en llegar a Pilos y obtener noticias de Ulises.

Telémaco contestó:

—Comprenderás, Antínoo, que no estoy en condiciones de participar en regocijos. Bastante es que hayáis abusado de mi infancia para arrasar con mis bienes. Me siento cada vez con más ánimos y voy a hacer lo que pueda por deshacerme de vosotros.

Retiró su mano de la de Antínoo, que no se ofen-

dió por ello, y bajó a la cámara en que se amontonaban las riquezas de la familia y donde se veían tinajas para el vino dulce y para el seco. La puerta de la cámara estaba hecha de dos hojas y asegurada por cerrojo doble. Euriclea cuidaba noche y día de estos tesoros. El joven la llamó y le dijo:

—Saca de las ánforas un poco de vino y ponlo en odres bien cerrados; pon harina en doce vasijas y no hables de esto a nadie. Reúne todo lo que te dije y me haré cargo de ello esta noche, cuando mi madre haya subido a descansar. Me voy a Esparta y a la arenosa Pilos a buscar noticias sobre mi padre.

Euriclea dio un grito y le dijo estas palabras:

—¿Cómo se te ocurre eso? ¿Vas a lanzarte por los caminos, tú, a quien tanto amamos? Si te vas, los pretendientes harán algo para matarte y repartirse lo que queda en esta casa. Mejor quédate aquí y cuida los bienes; no es necesario que te vayas, sufriendo y errabundo.

Telémaco quiso tranquilizarla:

—No te preocupes, pues mi proyecto es inspirado por un dios; pero no lo cuentes a mi madre antes de que ella te pregunte.

Atenea iniciaba entretanto sus gestiones, disimulada en la figura de Telémaco; se acercaba a los hombres y los animaba a que se reunieran a primera hora de la noche junto al navío pedido a Noemón. Y cuando las sombras cayeron sobre las calles, la diosa echó al mar la rápida nave, proveyéndola del aparejo necesario. Una vez amarrada, se dedicó a in-

teresar en la expedición a los marineros que hallaba en su camino.

Después fue a la casa de Ulises, en donde produjo en los pretendientes un sueño tan grande que los obligó a levantarse y marcharse, cayéndoseles las copas de las manos en tanto buscaban en sus casas los conocidos lechos. En seguida Atenea, ahora en la figura de Mentor, llamó a Telémaco y díjole:

—Los compañeros de vigorosas manos se hallan en la nave, los remos listos, esperando tus órdenes. No retrasemos la partida.

Echó a andar con paso rápido, seguida de Telémaco. Una vez en la orilla, el hijo de Ulises dijo a sus camaradas:

—Venid por aquí, amigos; aquí están las provisiones, que fueron preparadas en casa. Mi madre nada sabe y sólo una de las sirvientas conoce lo que vamos a hacer.

Llevadas las provisiones, Atenea y Telémaco se sentaron en la popa. Se soltaron las amarras y los remeros se acomodaron en sus bancadas. Atenea levantó una brisa favorable que hacía cantar las olas. La tripulación, obediente a las órdenes, izó las velas, avanzando veloz la nave por encima del mar color de vino. El oleaje chocaba contra la proa, que lo cortaba, y la espuma glogloteaba bajo la quilla. Cuando la nave estuvo en franca marcha, los hombres llenaron de licor las jarras e hicieron las libaciones de ritual para los eternos dioses, en especial a la ligera hija de Zeus, la de la mirada luminosa.

Canto tercero

LLEGADA A PILOS Y ENTREVISTA CON NESTOR. TELEMACO CONTINUA SU EXPEDICION

Surgiendo del mar, subió hacia el cielo el sol para alumbrar a los dioses y a los hombres de la tierra pródiga en frutos. La nave llegó pronto a Pilos, lugar en donde la gente se entregaba al sacrificio de toros negros en honor del dios de cabellera sombría que hace temblar la tierra.

Atenea, siempre bajo la figura de Mentor, desembarcó adelante, seguida de Telémaco, a quien dijo:

—Telémaco, debes olvidar tu timidez, pues has venido a saber de tu padre. Ve a casa de Néstor y pídele que te diga la verdad. Creo que lo hará.

El joven advirtió:

—Enséñame cómo he de hacerlo. No tengo experiencia en hablar a ancianos.

La diosa lo animó:

—Encontrarás las palabras justas para comenzar y alguien te dirá las que siguen. Has nacido y has sido criado con el favor de los dioses.

Llegaron a un lugar en que los pilios celebraban una reunión y encontraron a Néstor rodeado de sus hijos, cerca de los que preparaban el festín, cocinando

trozos de carne o colocándola en asadores. Advertida la llegada de los extranjeros, algunos se adelantaron y les invitaron a sentarse. El hijo de Néstor, Pisístrato, los tomó de la mano, haciéndolos acomodarse sobre pieles cerca de sus hermanos y del padre. Les sirvieron trozos de carne y vino, que dieron primero a Atenea y que ésta pasó a Telémaco, por ser más joven. Luego, agradecida de la distinción hecha, dirigió a Poseidón la siguiente súplica:

—Escúchame, tú que rodeas la tierra con las verdes aguas marinas, y concedes a nuestros trabajos el triunfo que deseamos. En primer lugar, da a Néstor y sus hijos lo que merecen; después, permite que Telémaco y yo regresemos a nuestro país una vez conseguido lo que nos hemos propuesto.

Telémaco dirigió al dios una semejante plegaria.

Listas ya las viandas, se celebró el banquete de ritual, al final del cual Néstor tomó la palabra:

—Ya que nuestros huéspedes han satisfecho sus necesidades, será bueno que preguntemos quiénes son y de dónde vienen, qué les trae por aquí, si andan con algún negocio o si vagan, como filibusteros, por el mar, jugándose la vida y la muerte.

Con gran desparpajo, y empujado por Atenea, Telémaco contestó:

—Diré de dónde venimos, Néstor, hijo de Neleo. Somos de Itaca y lo que nos trae nos interesa sólo a nosotros. Mi proyecto es seguir el rastro de mi padre, el ilustre Ulises, que combatió en Troya a tu lado, y cuyas astucias hicieron posible asaltar y

tomar la ciudad. Conocemos el triste fin de los muchos guerreros que lucharon allá, pero los dioses no han querido que sepamos la suerte de mi noble padre; nadie sabe si ha muerto en tierra o en el mar, entre las olas o entre sus enemigos. He venido a pedirte me hables de su muerte, si tuviste la mala suerte de contemplarla, o si alguien te ha contado algo sobre el errante viajero. Dime lo que sepas o lo que hayas visto, sin preocuparte de herirme o no.

Néstor, viejo conductor de carros, respondió:

—Hablas, joven, de nuestros esfuerzos de ayer sobre el airado mar y de los combates junto a la ciudad del rey Príamo, empresas en que nos aventajó Ulises, tu padre, si es que eres su hijo. Muchos de los combatientes encontraron, merced a la voluntad de Zeus y gracias al resentimiento de la diosa de luminosa mirada, un siniestro fin. Atenea promovió gran discordia entre los dos Atridas: Menelao presionó a los aqueos para que decidieran embarcarse y regresar y esto desagradó a Agamenón, que se proponía celebrar sacrificios y hecatombes a fin de aplacar la ira de Atenea. El insensato no sabía que no lograría apaciguarla, pues no es fácil torcer o hacer cambiar la voluntad de los dioses. Por nuestra parte decidimos echar los navíos al mar y zarpar cuando amaneciera, embarcando las riquezas y las frágiles mujeres de graciosas cinturas; pero los otros, obstinados, continuaron con Agamenón. Llegados a Tenedos, hicimos sacrificios pidiendo a los dioses volver pronto al hogar. Zeus, sin embargo, no esta-

ba predispuesto a aceptarlos y movió por segunda vez una gran discordia: unos, bajo el mando de Ulises, torcieron hacia la orilla que habíamos abandonado para reunirse de nuevo con Agamenón, mientras los otros, yo y los míos, huimos hacia la patria. Menelao nos alcanzó en Lesbos. Seguimos y al cuarto día de navegación, Diómedes y sus compañeros anclaron en Argos, mientras yo continué hacia Pilos, adonde llegué sin tener noticia alguna del hombre que te interesa. Te contaré, sin ocultarte nada, lo que he sabido después: se dice que los mirmidones llegaron a su destino dirigidos por el hijo del ilustre Aquiles y que Idomeneo condujo a Creta a los compañeros que se habían librado de la guerra en tierra y de las tormentas en el mar. En cuanto al Atrida, sabréis que regresó y fue muerto por Egisto, aunque el asesino no tardó en pagar su crimen: el hijo de Agamenón se encargó de ello. También tú, hijo mío, pareces hombre dispuesto y animoso y no dudo de que harás lo que sea necesario hacer.

Telémaco observó:

—Ojalá tenga lo que tú, anciano, dices, para que así pueda algún día castigar a los pretendientes.

Al oír esta respuesta, dijo Néstor:

—Quisiera saber si la situación que hay en tu casa la toleras buenamente, y si esa gente y la gente de tu país sienten odio hacia ti. Tal vez Ulises vuelva un día solo o con sus compañeros, y entonces los aprovechadores pagarán su mala conducta. Deseo

que Atenea te proteja tanto como protegió a tu padre en Troya.

El prudente Telémaco agregó que dudaba de que esos deseos del anciano se realizaran, a lo que Atenea comentó:

—A un dios le es posible ayudar o salvar a un humano, por difícil que eso sea.

Telémaco aseguró que no creía que su padre volviera pronto. Dejando de lado el asunto, preguntó al anciano cómo había ocurrido la muerte de Agamenón y dónde estaba Menelao en el momento de esa muerte. ¿Cómo Egisto había podido cometer tan terrible crimen?

Néstor contestó:

—Si Menelao hubiese llegado a buena hora, Egisto no habría asesinado a Agamenón; tampoco habría habido piedad para él ni para su cadáver. Andábamos en la guerra en tanto Egisto intentaba seducir a la mujer de Agamenón, la hermosa Clitemnestra, que al principio se resistía, pero que, muerto el aedo que por orden de Agamenón la cuidaba, concluyó por aceptar ir a la casa del asesino de su marido. Eso sucedió en los días en que Menelao y yo volvíamos de Troya con los barcos. Ocurrió que Apolo mató al piloto que traíamos, Frontis, y aunque Menelao detuvo las embarcaciones para hacer al desaparecido las honras que merecía, Zeus mandó un ciclón que dispersó la flota. Menelao llevó una parte de ella hasta Creta y luego pudo llegar a Egipto con otras cinco embarcaciones; todos ellos recogieron en aquel

país gran cantidad de oro y alimentos. Debes buscar pronto a Menelao, pues ha llegado hace poco. Embarcate; si quieres ir por tierra te prestaré carros y caballos y mis hijos te acompañarán hasta Lacedemonia, tierra del rubio Menelao.

Como se había puesto el sol y venía la noche, Atenea dijo:

—Has hablado, Néstor, con mucha sabiduría. Hagamos una libación en honor de Poseidón y busquemos un lugar donde descansar.

Después de la libación, Telémaco y Atenea se resolvieron a regresar a las naves, pero Néstor se opuso, diciendo que no permitiría que el hijo de Ulises se acostara en un duro lecho; debería dormir en su casa.

Atenea replicó:

—Creo que Telémaco debe hacerte caso y dormir bajo techo. Yo volveré a la nave a tranquilizar a los compañeros y mañana temprano iré al lugar en que habitan los valientes caucones a cobrar una antigua deuda. Anciano, haz que uno de tus hijos lleve mañana a Telémaco para visitar a Menelao.

Diciendo esto desapareció como un pájaro en el aire del crepúsculo, quedando todos asombrados. Néstor se acercó a Telémaco y le dijo:

—Joven: nunca serás cobarde ni nada parecido. Tan joven aún y ya te protege la hija de Zeus. ¡Oh diosa! ¡Te ruego me protejas a mí también! Te ofreceré una novilla salvaje luego de dorarle los cuernecillos.

Al amanecer la Aurora de rosados dedos, Néstor se levantó y se dirigió a la entrada del palacio, donde tenía las audiencias. A su alrededor se sentaron sus hijos, sobre las pulidas piedras, y Pisístrato fue el último en acercarse. Néstor sentó a Telémaco junto a sí y dijo:

—Uno de vosotros irá en seguida al corral y dirá al vaquero que traiga una novilla; otro irá a la nave de Telémaco y dirá a sus compañeros que vengan, dejando sólo a dos. Otro irá a buscar a Laertes y le dirá que venga a dorar los cuernos del animal. Los demás se quedarán aquí. Los sirvientes arreglarán todo para el banquete.

Una vez hecho todo y reunidos de nuevo, incluso Atenea, que acudió a recibir el homenaje, Laertes doró los cuernos de la novilla; Estratio y Efreón sujetaron al animal por los cuernos, y Areto trajo en una jofaina un poco de agua lustral. Después, Néstor procedió a realizar la ceremonia ritual, consistente en derramar sobre la cabeza de la res el agua y un poco de cebada sin moler, dirigiendo en seguida a Atena una súplica y arrancando de la cabeza del animal unos pelos que echó en la hoguera. Trasímedes dio a la novilla, con un hacha, un golpe que le seccionó los tendones del cuello; a continuación, los hijos y yernos tomaron al animal y lo levantaron, en tanto Pisístrato lo degollaba; lo destazaron y Néstor puso sobre los leños, luego de regarlos con vino, trozos de carne, vigilando los jóvenes el asado.

La hija menor de Néstor, Policasta, llevó a Telémaco al baño, lo lavó y lo frotó con aceite, le puso una túnica y un vestido y el joven regresó junto a Néstor, procediéndose entonces, asada ya la parte elegida de la novilla, a celebrar el banquete, sirviendo los escanciadores el vino necesario. Y una vez satisfechas el hambre y la sed, Néstor envió a sus hijos en busca del carro y los caballos para Telémaco. Las mujeres trajeron pan, vino y viandas y Telémaco montó en el carro en compañía de Pisístrato, quien tomó las riendas y animó a los animales. Corrieron durante todo el día por la llanura, alcanzando al atardecer la ciudad de Feres, donde pasaron la noche. Muy temprano, al día siguiente, reanudaron el viaje, llegando rápidamente a la llanura triguera y continuando hasta Lacedemonia, al anochecer.

Canto cuarto

VISITA DE TELEMACO A MENELAO

Apenas llegados a la ciudad se dirigieron a la morada de Menelao, quien celebraba en esos momentos la comida de bodas de su hijo y de su hija, que se casaría con el hijo de Aquiles, según habían convenido en Troya. Su hijo, todavía muy joven, se casaría con una joven de Esparta, hija de Alector. Un aedo

cantaba acompañándose de una lira, en tanto dos saltimbanquis daban saltos. Telémaco y el hijo de Néstor detuvieron los animales ante el vestíbulo y uno de los criados de Menelao fue a avisar a su amo la llegada de visitantes que parecían, a sus ojos, seres divinos. Menelao ordenó al criado tomara los caballos y el carro y acompañara a los recién llegados hasta el lugar en que iba a tener lugar el festín.

Los visitantes miraron primero los esplendores del palacio y pasaron en seguida a los baños, en donde se dejaron bañar y ungir de aceite por las esclavas, que los cubrieron con nuevas ropas. Hecho esto, fueron a sentarse junto al Atrida Menelao, en donde las esclavas les ofrecieron, en una mesa especial, pan y manjares, porciones de carne y vino en copas de oro. Menelao brindó a su salud y les dijo:

—Comamos y después me diréis quiénes sois, aunque veo que en vosotros no ha decaído el linaje de los hijos de Zeus.

Les ofreció un glorioso lomo de buey, que aceptaron agradecidos. Ya satisfechos, Telémaco dijo al oído a Pisístrato que pensaba que sólo en la mirada de Zeus podrían encontrarse bellezas iguales a las que poseía este palacio, a lo que Menelao, que alcanzó a oír, replicó que había tardado siete años en reunir todas esas bellezas, visitando Chipre, Fenicia, Etiopía y también la Libia. Agregó que mientras él vagaba alguien había asesinado a su hermano Agamenón, aunque se sentiría feliz si no hubieran muerto en Troya tantos compañeros. Finalizó diciendo

que ninguno de aquellos compañeros estaba tan presente en su memoria como Ulises, quien se había ido sin que desde entonces se supiera de él.

Al oír el nombre de su padre, Telémaco rompió a llorar, cubriéndose la cara con el manto. Menelao lo notó y decidió esperar que el visitante se tranquilizara antes de dirigirle la palabra y preguntarle el motivo de su llanto. En esos momentos apareció la hermosa Helena, hija de Zeus, quien se sentó cerca de su marido y le preguntó quiénes eran los visitantes, insinuando la sospecha de que uno de ellos fuese Telémaco, el hijo que Ulises, al partir para Troya, había dejado pequeñito. Menelao le dijo que encontraba un gran parecido entre Ulises y el joven que lloraba, y entonces Pisístrato intervino y confirmó que, en verdad, el joven aquel era el hijo de Ulises, a quien su padre le había ordenado acompañar hasta allí.

—Es hombre muy discreto —añadió—, y como es ésta la primera vez que visita tu casa, tiene miedo de hablar demasiado. Quiere recibir de ti consejos y ayuda.

—Es una grata sorpresa —exclamó Menelao— recibir en mi casa al hijo de un querido compañero que tanto sufrió por mi causa. Había pensado, si Zeus nos hubiera permitido cruzar juntos el mar, ofrecerle en mi patria una ciudad, construirle un palacio y traer de Itaca sus bienes junto con su mujer y sus hijos. Tal vez algún dios se sintió celoso de la dicha que

esto me daría y le negó al querido amigo un feliz regreso.

Al oír estas palabras rompieron a llorar todos los presentes, menos el hijo de Néstor, quien dijo, reteniendo las lágrimas:

—Mi padre nos dijo que tú eres el más prudente de los mortales, pero escucha: no me gusta llorar después de comer, y como pronto llegará la Aurora, deberemos pensar en dedicar un recuerdo a los que ya han terminado su destino. También he perdido a Antíloco, mi hermano, uno de los más valerosos argivos, según tú debes saberlo.

—Has hablado como un varón lleno de sabiduría. Enjuaguemos nuestras lágrimas y veamos modo de reparar nuestras fuerzas. Cuando llegue el alba pensaremos en lo que hemos de hacer.

Helena vertió en el vino un calmante que hacía alejarse los males y evitaba el dolor durante algunas horas, pócima recibida de una egipcia. Después de ordenar a los escanciadores que sirvieran el vino así preparado, tomó la palabra y dijo:

—No quiero contar todos los hechos notables de Ulises, sino sólo el que realizó en el país de los troyanos. Se desfiguró el rostro, vistió unos míseros harapos y disfrazado así se introdujo en la ciudad. Los troyanos no se dieron cuenta de ello, pero yo lo reconocí, aunque él parecía no querer nada conmigo. Lo bañé, lo ungué de aceite y después de haberle jurado no revelar nada acerca de él, me contó el plan que tenían acordado los aqueos. Luego de matar a

varios troyanos se marchó a reunirse con los argivos para darles las noticias que había conseguido. Yo me sentía feliz, pues deseaba ya volver a mi casa, a mi hija y a mi esposo.

—Para loarlo basta recordar el caballo de madera que construyó y que nos permitió introducirnos en Troya, llevando a sus pobladores la destrucción y la muerte —agregó Menelao.

Telémaco comentó:

—No por su heroísmo es menor mi pena, pues sus hazañas no lograron librarlo de la muerte.

Helena ordenó a las esclavas que dispusieran los lechos en el pórtico y un heraldo acompañó a los huéspedes hasta el lugar, en tanto Menelao iba a descansar en una habitación, al lado de Helena, la hermosa mujer. Y cuando la Aurora de rosados dedos apareció por el oriente, Menelao se levantó, colgó del hombro la espada, se calzó las sandalias y salió semejante a un dios. Se sentó cerca de Telémaco y le inquirió:

—¿Qué es lo que te ha traído hasta Lacedemonia?

—He venido, Menelao —repuso el joven—, para obtener noticias de mi padre. Mi casa está en malas condiciones, tanto como mis tierras. Unos malvados pretendientes de mi madre están matando y consumiendo mis animales. Te ruego que me hables del fin de mi padre, si es que lo presenciaste.

—Hablaré con toda franqueza y sin ocultarte nada —replicó Menelao—. Me hallaba en Egipto retenido por los dioses, que me castigaban por no ha-

berles hecho sacrificios, y un día, mientras mis hombres vagaban buscando algo que comer, se apareció ante mí Idotea, una hija de Proteo, patriarca de los mares. Me dijo que se extrañaba de verme tanto tiempo en la isla, sin buscar los medios de salir de allí. Le contesté que no estaba allí por mi gusto sino porque acaso era culpable de algo y los dioses me castigaban por ello. Le rogué que me dijera, como diosa que era, qué me detenía allí y cómo podía volver a salir. Me comunicó que a esa isla solía venir Proteo el egipcio, servidor de Poseidón, y que ese egipcio se decía su padre. Si yo podía prepararle una emboscada y apresarlo, tal vez él me diría qué debería hacer yo para volver a mi patria. Le insinué que sería difícil tenderle una emboscada a un dios, ya que lo sabría de antemano, a lo que me contestó que el anciano salía del mar a la hora en que el sol se encuentra en mitad del cielo y que luego de salido iba a tenderse, rodeado de animales marinos, en unas cuevas que existían por allí, donde dormían él y su corte. Me agregó que podría indicarme el lugar, y yo, acompañado de algunos amigos, haría lo demás. Me advirtió de las curiosas costumbres del anciano: primero contaba las focas y en seguida se acostaba rodeado de ellas. Una vez dormido podría sorprenderlo, aunque el anciano haría todos los esfuerzos del mundo para escaparse, incluso adoptando figuras espantosas. Si lográbamos dominarlo, resolvería hablar; tomaría figura de ser humano y hablaría después de que lo soltáramos. Al día siguiente estábamos allí

tres compañeros y yo, debajo de unas pieles de foca que la diosa Idotea nos prestó. Pasamos la mañana en medio de hedores terribles hasta que empezaron a salir del mar gran cantidad de focas que se reunieron allí donde las olas rompían. Al mediodía apareció el anciano, contó las focas, entre ellas a nosotros, pues nos tomó por tales, y se acostó en la arena. Entonces nos levantamos y nos fuimos sobre él dando tremendos gritos. El anciano se transformó en león, en jabalí, en pantera, en dragón, después en un árbol, pero todo esto inútilmente; por fin, ya cansado, me preguntó qué dios me había aconsejado hacer tal cosa. Le dije que lo soltaría si me contaba por qué me tenían retenido ahí y qué debía hacer para salir. Me dijo que yo no había hecho, antes de embarcar, los sacrificios rituales a Zeus y que no saldría de allí hasta que no volviera a Egipto, mejor dicho, hasta el río de Egipto, e hiciera las hecatombes sagradas dedicadas a los dioses. Le informé que lo haría, pero antes le rogué que me contara lo sucedido a los aqueos que salieron de Troya, quiénes estaban vivos y quiénes estaban muertos. Me respondió que yo lloraría al saber lo sucedido y que hacía mal en dirigirla esa pregunta: muchos aqueos se quedaron en Troya y fueron muchos los que murieron, pero sólo dos jefes habían perecido y un tercero seguía con vida. Ajax sucumbió ahogado entre las violentas olas y también finalizó la vida de Agamenón al llegar a su tierra, pues Egisto lo asesinó en un banquete. Le rogué me diera noticias del tercer héroe, el que él

decía que estaba vivo, y entonces me dijo que se trataba del hijo de Laertes. Proteo agregó: “Lo he visto muy acongojado en la gruta de la ninfa Calipso, retenido por ella. Respecto de ti, Menelao —concluyó—, no morirás en Argos; los inmortales han decidido enviarte a la llanura Elísea. Allá no hay lluvia ni frío y el invierno es agradable”. Y en seguida desapareció en el mar con sus focas y yo me dirigí a mis naves, zarpando a la mañana siguiente hacia el río de Egipto, adonde llegué e hice la hecatombe y alcé un túmulo en memoria de Agamenón. Los dioses me ayudaron después con un viento favorable y pude llegar a mi tierra. Ahora, escúchame, Telémaco: quédate aquí unos días y luego haré que te acompañen y te daré una copa para que brindes en recuerdo mío.

—No me retengas más, por favor —imploró Telémaco—. Seguiría a tu lado mucho tiempo, pero mis compañeros se impacientarán y yo tengo prisa por partir. No te molestes en darme regalos.

—De todos modos, te haré algunos obsequios —respondió Menelao.

Mientras conversaban fueron llegando los invitados, y las esclavas y heraldos traían las viandas que se consumirían pronto. Más allá, en la casa paterna que Telémaco había abandonado para buscar a su padre, los pretendientes de su madre seguían jugando, comiendo y bebiendo. Noemón y Antínoo, que se entretenían lanzando jabalinas y discos, conversaban:

—¿Se sabe algo del regreso de Telémaco desde

Pilos? —preguntó el primero—. Le presté mi nave y estoy preocupado porque la necesitaré pronto.

Los presentes quedaron sorprendidos; ignoraban que Telémaco hubiese partido. Antínoo inquirió a Noemón sobre qué gente había llevado Telémaco, cuánta y si se había apoderado por la fuerza del navío. A lo que Noemón respondió diciendo que se la había cedido de buen grado y que el hijo de Ulises iba acompañado de jóvenes seleccionados, acompañados todos de Mentor o por un dios que se le parecía, aunque había visto a Mentor en la ciudad y suponía que en verdad era un dios el que iba con los navegantes. Todo esto preocupó mucho a los pretendientes, y una vez que se hubo marchado Noemón, Antínoo, furioso, dijo que Telémaco había hecho, al marcharse, algo malo y que él estaba dispuesto a partir para ver modo de interceptarlo en el camino.

—Dadme un navío ligero y le prepararé una emboscada cuando pase entre Itaca y Samos, de modo que el viaje se le transforme en una tragedia.

Los demás se manifestaron de acuerdo con Antínoo y todos partieron a organizar la expedición. Pero Medón, el heraldo, que había escuchado todo, se lo contó a Penélope, y ésta, que ignoraba lo del viaje, se sintió desmayar. La rodearon las esclavas, llorando y lamentándose también, y Penélope, cuando pudo hablar, les dijo:

—¡Perdí a mi valeroso marido y ahora le toca el turno a mi hijo! ¿Por qué habéis tenido la crueldad de no decirme que mi hijo se marchaba? Yo le hu-

biera obligado a quedarse o ya estaría muerta de pena. Decid al anciano Dolios, el servidor que mi padre me dio cuando vine a esta tierra, que vaya a ver a Laertes y le cuente lo sucedido. Tal vez se le ocurra algo.

—Matadme, señora —exclamó Euriclea, nodriza de Telémaco—. Yo lo sabía todo y entregué a vuestro hijo cuanto me pidió. Me hizo jurar que no os diría nada antes de doce días y nada se puede hacer ya. Te aconsejo que tomes un baño, te vistas y subas al piso alto a suplicar a la diosa Atenea que lo salve de todo peligro.

Los pretendientes, mientras tanto, encabezados por Antínoo, se dirigieron a la orilla del mar y escogieron allí una nave ligera que botaron al agua, arbolándola y disponiéndolo todo, hecho lo cual echaron el ancla y esperaron la hora de desembarcar para comer y aguardar las horas de la noche para partir sin ser vistos. Penélope, durante ese tiempo y luego de hacer lo que Euriclea le aconsejara, se retiró a su cámara, agitada y temerosa, sin saber qué hacer. En ese estado, se quedó dormida y durmiendo estaba cuando se apareció ante ella, enviado por Atenea, la de la brillante mirada, un fantasma que representaba a Iftima, hija de Icaros, que le habló así:

—¿Por qué duermes, Penélope, con el corazón afligido? Tu hijo puede volver de su expedición, ya que los dioses no tienen resentimiento alguno contra él.

—¿Quién te ha mandado, hermana mía? —pre-

guntó Penélope, entre sueños—. ¿Crees que puedo estar tranquila después de perder a mi marido y saber que mi hijo ha partido? ¿No sabes que unos malvados le tenderán una emboscada en el mar?

El fantasma respondió que no debería tener miedo, pues Telémaco tenía a su lado a una compañera que todos los hombres desearían tener: Palas Atenea, que le había enviado allí para consolarla.

—Si de veras eres una diosa —suplicó Penélope—, si una inmortal te ha enviado, dime algo acerca de los sufrimientos a que Ulises se halla sometido, si vive o si ha muerto.

El fantasma, pronto a desaparecer, repuso que no debían contestarse esas preguntas vanas. Se deslizó hacia la entrada y Penélope despertó de su sueño. En esos mismos momentos los pretendientes, veinte hombres fuertes y decididos, planeando la muerte de Telémaco, partían hacia los acantilados de la isla Samos, en donde se ocultarían a la espera de la vuelta del hijo que buscaba a su padre.

Canto quinto

CALIPSO Y SU GRUTA. LA Balsa de Ulises

A la hora en que la Aurora saltó de su lecho para iluminar a mortales e inmortales, los dioses se sen-

taron alrededor de Zeus para celebrar un consejo. Atenea contó las penalidades de Ulises.

—¡Oh Zeus, y vosotros, inmortales! Nadie se acuerda ya del divino Ulises y su única recompensa es estar prisionero en una isla, a manos de la ninfa Calipso, que lo retiene en contra de su voluntad. No puede volver a su patria, pues no tiene nave alguna, y ahora, para colmo, intentan asesinar a su hijo, que va en busca de noticias del padre.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó el rector de las nubes, Zeus—. ¿No se te ocurre nada para liberar a Ulises y hacer que vuelva a su tierra a castigar a los pretendientes? Guía a Telémaco para que haga lo que quiere, venciendo sobre sus rivales. Y tú, Hermes, ve a expresar a la diosa nuestra decisión de que deje libre a Ulises y pueda retornar a su patria. Ulises embarcará en una balsa que él mismo puede construir y en veinte días arribará a Esqueria, donde los feacios, gente de linaje ilustre, lo recibirán y lo trasladarán a su patria luego de hacerle regalos.

El mensajero se puso las famosas sandalias, tomó el caduceo, su insignia, que le sirve para despertar a unos y adormecer a otros, y en pocos segundos volaba sobre el mar, en figura de gaviota, hasta llegar a la remota isla, donde avanzó hacia la tierra hasta encontrar la gruta donde vive Calipso, la diosa de hermosos bucles. La cueva estaba rodeada de árboles de perfumada madera, en donde vivían las más preciosas aves; el olor de las maderas se extendía por todas partes y las fuentes más cristalinas corrían

entre preciosas praderas. Calipso advirtió su presencia y lo invitó a entrar. Hermes no pudo ver a Ulises, que sentado lejos de allí, a orillas del mar, lloraba lamentándose. La ninfa le ofreció bebidas y comidas deliciosas, y Hermes comió y bebió, mientras ella le preguntaba el motivo de su presencia, quejándose de que no la visitara a menudo. Hermes respondió:

—Zeus sabe que está aquí el más desventurado de los hombres que hace tiempo lucharon en la ciudad de Troya. Se salvó de las tormentas que Atenea dirigió contra todos los que regresaban de la ciudad de Príamo, muriendo los demás. Zeus ordena que lo dejes libre: no está condenado a morir lejos de los suyos, sino a reunirse con ellos.

—Cruelles sois los dioses, que no aceptáis que una diosa pueda unirse a un hombre que ama y a quien salvó cuando flotaba sobre el mar tomado de un madero de su nave. Lo he cuidado con amor y me prometía hacerlo inmortal y librarlo de la terrible vejez. Pero si Zeus lo quiere y ya que nadie puede oponerse a su voluntad, que se vaya a lo largo y a lo ancho del mar. No puedo llevarlo yo, pero le aconsejaré el mejor medio de llegar a su tierra.

El mensajero le aconsejó que no olvidara el mandato de Zeus y partió, dirigiéndose entonces Calipso a donde estaba Ulises llorando. Lo que al principio le pareció una dulce vida se había convertido para él en un suplicio: la ninfa y sus encantos ya no le atraían. La ninfa de hermosos bucles se acercó y le dijo:

—No llores más, divino Ulises: he decidido dejarte ir. Para ello, sin embargo, habrás de construir tú mismo una balsa con un puente que te permita navegar en alta mar. Yo te daré pan, vino y viandas para que no mueras de hambre, y vestidos y todo lo necesario para que llegues a tu tierra.

Ulises respondió diciendo que quizá la ninfa planeaba algo más que su retorno, pues era difícil atravesar los mares en una frágil balsa. Debería jurarle que no ocultaba otro designio. Palabras a las que Calipso contestó diciendo que sólo a un malvado inteligente podían ocurrírsele palabras semejantes. Ante él pronunció de inmediato el juramento de que no abrigaba nada malo contra él y que, al contrario, lo aconsejaría como nadie. Lo llevó hacia la gruta, sentándose Ulises en el asiento que había ocupado Hermes. Luego la ninfa sirvió bebidas y viandas y disfrutaron juntos de ellas. Al terminar de comer habló Calipso:

—Ingenioso Ulises, hijo de Laertes, ¿es cierto que quieres volverte a tu amada tierra? Deseo que lo hagas con la mayor felicidad, pero si supieras los riesgos que te esperan en el viaje, preferirías quedarte aquí conmigo, deleitándote en esta gruta y con la esperanza de llegar a ser inmortal; llegarías incluso a olvidar a tu esposa. No creo tener menos belleza que ella, pues los dioses somos superiores a los mortales.

—No te enojés conmigo, diosa —se disculpó el astuto Ulises—; pero aunque Penélope no pueda

nunca igualarte en belleza, quiero volver a mi casa, y si antes de llegar a ella un dios me hundiera en el mar, deberé resignarme, pues estoy resuelto a hacer frente a lo que venga.

El sol cayó y Ulises y Calipso se dirigieron al fondo de la gruta a pasar su última noche de amor.

Cuando surgió la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, Ulises se levantó y junto con él la ninfa, que se preocupó de preparar la marcha de Ulises: le dio un hacha de fina madera y buen tajo y lo condujo hacia el lugar de la isla en donde podrían encontrar árboles de madera apropiada. Allí lo dejó, empezando el divino Ulises a cortar lo que necesitaba y desbastando y puliendo y alineando las tablas, tablas que luego, al llegar Calipso con herramientas adecuadas, cortó, perforó y unió, construyendo, con ayuda de la ninfa, una balsa de buenas dimensiones, a la cual puso mástil y velas, timón y bordas. A los cuatro días pudo dar por terminado su trabajo y al quinto Calipso le permitió abandonar la isla, luego de bañarlo y vestirlo con ropas muy finas y perfumadas. En la balsa iban vino, agua, víveres y ropas, todo puesto ahí por la enamorada, quien en el momento adecuado hizo soplar una brisa que desplegara bien las velas. Ulises, sentado en el timón, partió y entró en la noche, navegando por medio de las observaciones del cielo: las Pléyades, el Boyero, y la Osa, llamada por algunos Carro, la única constelación que no se hunde en el mar. Ulises navegó sin tropiezos durante diecisiete días, al cabo de los cua-

les descubrió en el horizonte las sombrías tierras de los feacios.

En dicho instante Poseidón dejaba el país de los etíopes y desde la cumbre del monte Solimos descubrió, navegando, la barca de Ulises. Enojado, exclamó:

—Parece que mientras estaba en Etiopía los dioses cambiaron de parecer respecto de Ulises y ahí veo que se acerca a la tierra feacia, donde podría librarse de la mala suerte que le ha perseguido; pero me las arreglaré para que no sea así.

Reunió sombrías nubes e hizo levantarse las olas, moviendo hacia aquel lugar poderosos vientos; hizo venir la noche, y Ulises, ante todo esto, se sintió morir. ¿Qué peligros lo amenazaban de nuevo? ¿Irían a cumplirse las predicciones de Calipso, se acercaría la muerte ya? ¡Ojalá hubiera sucumbido en Troya o después en el mar, con sus compañeros! Y en los instantes en que, atemorizado, se hacía estas preguntas, una inmensa ola se precipitó sobre su frágil balsa, echándolo a él al agua. El viento partió el mástil y Ulises se vio sumergido en el oscuro mar, aunque pudo recuperarse un poco y nadar hacia la balsa, a la que se subió, salvándose. La embarcación, sin dirección, tomó el rumbo que el viento quiso.

La diosa de hermosos tobillos, Ino, hija de Cadmo, vio la situación en que se hallaba Ulises, y, como había sido mortal, se compadeció de él. Se transformó en gaviota, se posó sobre la balsa y habló así a Ulises:

—¿Por qué Poseidón está tan irritado contra ti? No lo sé, pero te ayudaré. Mira: sácate esa ropa, deja la balsa y nada con toda tu fuerza hacia la tierra de los feacios. Toma este velo de inmortal y sujétalo a tu pecho; te libraré de todo; pero en cuanto toques la orilla desátatelo y échalo al mar sin mirarlo.

Dicho esto, desapareció. Ulises empezó a reflexionar sobre lo que le había ocurrido y lo que había visto y oído y se preguntó si no se trataba de alguna nueva mentira. Resolvió sujetarse a la balsa y seguir. Pero apenas había resuelto eso se levantó otra inmensa ola que lo barrió de la cubierta, destrozó la balsa y lo dejó a merced de las olas. Ulises tomó uno de los maderos de la balsa, se sacó las ropas dadas por Calipso, se ciñó al pecho el velo dado por Ino, llamada ahora Leucotea, diosa de las profundidades del mar, y comenzó a nadar. Poseidón, viendo todo esto, hizo un gesto de ira y se dijo que sin duda Zeus quería que los sufrimientos de Ulises se calmaran un poco, permitiéndole llegar a tierra, pero que él se encargaría de que todo no le saliera tan bien. En seguida fustigó sus veloces corceles y desapareció, momento que aprovechó Atenea para frenar los vientos y permitir que Ulises braceara bien en su marcha hacia tierra.

Nadó durante dos días y dos noche, y cuando ya creía que moriría en el mar, pudo ver, desde lo alto de una ola, una costa cercana, cuya vista le inspiró fuertes bríos, nadando hacia la ribera. Pronto, sin

embargo, advirtió que no había allí playa alguna a que arribar, sino acantilados, arrecifes y remolinos, y ese espectáculo lo sumió en una triste divagación sobre su destino, divagación que una enorme ola interrumpió al lanzarlo con toda violencia hacia la costa. Y se habría estrellado y hecho pedazos si Atenea no le hubiese inspirado el gesto de tomarse a una roca con fuerza, siendo sacado de allí por la fuerte resaca, que volvió a lanzarlo mar adentro. Atenea acudió de nuevo en su auxilio e hizo que nadara a lo largo de la costa hasta la boca de un pequeño y hermoso río, de suave corriente y sin rocas, por el cual entró sin tropiezos. Al llegar a lugar más seguro dirigió una oración a la diosa, agradeciéndole su ayuda y rogándole no lo abandonara.

Ganó la orilla del estuario y se dejó caer al suelo, agotado por tan duros esfuerzos y echando agua por las narices y la boca. Descansado que hubo, se apresuró a sacarse del pecho el velo de la diosa y echarlo al agua, de donde lo arrebató una onda que lo transportó a manos de Ino. Ulises se retiró de la orilla, besó la tierra que lo salvaba y se acostó entre unos juncos, en donde no estuvo mucho rato. No conocía ese lugar y no sabía si habría por ahí fieras o serpientes; caminó, entonces, hacia una floresta, buscó el grueso tronco de un olivo silvestre y allí se ocultó, haciéndose un lecho de hojas y disimulando el lugar con algunas ramas, tendiéndose. Atenea le trajo el dulce sueño que le permitiría reparar sus fuerzas.

ULISES Y LOS FEACIOS

Mientras Ulises dormía, Atenea se fue a la ciudad de los feacios, gente que en otro tiempo habitó la región de Hiperea, en la proximidad de unos cíclopes que molestaban demasiado. El rey sacó de allí a sus súbditos y los transportó a Esqueria, donde levantó una muralla, construyó casas y templos para los dioses y repartió la tierra. Muerto aquel rey, gobernaba en estos días Alcínoo, a cuyo palacio se encaminó la diosa de la mirada radiante. Ya allí se dirigió hacia la cámara en donde estaba una doncella que parecía, por su hermosura, una rosa: era Nausícaa, hija de Alcínoo, acompañada de dos esclavas bellísimas. Atenea entró como una suave brisa, se acercó al lecho de la muchacha y, tomando la figura de una joven de su edad, empezó a conversar con ella:

—No comprendo, Nausícaa, cómo una madre como la tuya tiene una hija tan descuidada como tú: tus vestidos están abandonados, y si vas a casarte pronto, pues ya estás en edad, deberías pensar en ataviarte bien, preparando tu ropa. Apenas aparezca la Aurora anda a lavar al río y te acompañaré de buen grado. Ordena todo, pues no te queda mucho tiempo de virgen, si vemos cuántos pretendientes tienes entre los feacios. Haz que tu padre te dé un carro con

su tiro de mulas y lleva en él tu ropa. Irás en el carro también; el río está lejos.

Desapareció la diosa y Nausícaa, sorprendida por el sueño o ensueño tenido, se levantó y fue en busca de sus padres: la madre estaba sentada cerca del fuego y el padre se preparaba para ir a una reunión con los nobles de su tierra. Nausícaa dijo al padre si podría él mandar aparejar un carro con sus mulas que pudiera llevarla al río, adonde pensaba lavar su ropa y la de sus padres y hermanos. Alcínoo, sorprendido, dijo que sí y dio orden de que se hiciera lo que su hija pedía. La madre le preparó un cesto con bebidas y comidas y cuando ya la hija estaba arriba del carro con sus doncellas, le dio un pomo con aceite para que se frotara con él después del baño. Nausícaa azuzó las mulas, que arrancaron con gran ruido de cascos, llegando pronto al río, donde las mujeres encontraron preciosos pozos para lavar. Soltaron las mulas, que se fueron por ahí a ramonear, y ellas se dedicaron al lavado. Terminado el trabajo, se bañaron y se frotaron con el aceite, hecho lo cual, y mientras la ropa se secaba, comieron cerca del riachuelo, jugaron y descansaron; bailaron después y Nausícaa dirigió el baile, destacándose entre las esclavas por su belleza de virgen que pronto iba a conocer varón. Y ya pensaban volver a palacio cuando a Atenea se le ocurrió tramar algo para que Nausícaa conociera a Ulises, y como en ese momento las doncellas estuviesen jugando con una pelota, la diosa la empujó hasta el río, a un profundo remolino,

lo que hizo que las muchachas lanzaran agudos gritos.

Despertó Ulises y se preguntó a qué país habría llegado y si estaría poblado por gente acogedora o por hombres atropelladores y salvajes.

“Pero estos gritos que he oído y que me han despertado —se dijo— parecen de muchachas jugando, acaso ninfas que viven entre estos bosques, o tal vez seres humanos. Voy a verlos.”

Salió del matorral sólo cubierto con una rama, pues se hallaba desnudo, y al verlo, sucio, con cara de famélico, las doncellas huyeron asustadas, quedándose sólo Nausícaa, ante la cual el héroe de Troya no supo qué hacer: si acercarse a ella y besarle los pies o pedirle desde lejos que lo llevara a alguna parte en que pudiera conseguirse ropa.

—Apíadate de mí, ¡oh preciosa doncella!, primer ser con forma humana que veo desde hace mucho tiempo. Me hallo abrumado por la desgracia, y sólo hace unas horas, después de días y días de sufrimiento, he llegado, desorientado, a este hermoso lugar, adonde de seguro me ha enviado algún desconocido dios para que siga sufriendo. Te ruego me indiques el lugar a que puedo ir para conseguir ropas y alimentos.

Nausícaa le contestó:

—No pareces, extranjero, un malvado y pienso que Zeus sólo ha querido probarte. Pero has llegado a mi país y te ayudaremos. Este es el país de los feacios y te llevaré a la ciudad, donde hallarás de

todo. Quiero decirte que soy la hija de Alcínoo, rey de estas tierras.

Llamó en seguida a las esclavas y les ordenó dieran a Ulises alimento y bebidas, bañándolo primero en algún sitio abrigado del río. Las esclavas dieron al divino Ulises una túnica y un manto y lo invitaron a ir al río, en donde lo ungirían con aceite. Pero el prudente héroe dijo que lo dejaran solo: estaba muy sucio y no quería mostrarse desnudo ante tan bellas muchachas.

Las doncellas se retiraron, juntándose con Nausícaa. Bañado y peinado, Atenea le agregó a Ulises un aire de gran atracción y sus cabellos aparecieron como flores de jacinto. Mirándolo, la hija de Alcínoo confesó a las esclavas que Ulises le parecía un dios y que le gustaría llegar a ser su esposa, convenciéndolo de que se quedara en el país. Y una vez que las jóvenes dieron de comer y de beber a Ulises, cosa que hizo con gran apetito, Nausícaa, luego de recoger los vestidos ya secos, cargarlos, uncir los animales y subir ella al carro, dijo al héroe las siguientes palabras:

—Iremos a la ciudad y en seguida a casa de mi padre, pero antes óyeme lo que te digo: mientras avancemos tú seguirás a las esclavas y yo os guiaré desde el carro. Al entrar en la ciudad verás murallas y altas torres y puertos con estrechas entradas. Sacan los navíos a tierra y los dejan en las orillas para protegerlos. Cerca de ese lugar está el ágora y hay un templo dedicado a Poseidón, y también está el

lugar en que los hombres trabajan en preparar los aparejos de los navíos, pues los feacios no son guerreros; aman la navegación y ésa es su vida y su trabajo. Si encontramos a alguien, procura disimularle, pues no faltaría quien dijera que he recogido a un vagabundo o que tú eres mi esposo, que acaso te he salvado para casarme contigo o que yo he hecho que un dios baje a la tierra para tenerlo siempre conmigo. Escucha: cerca del camino que vamos a seguir encontraremos el bosque sagrado de Atenea, donde mi padre tiene una viña y donde tú debes esperar hasta que nosotros crucemos el pueblo y lleguemos a palacio. Cuando tú calcules que ya hemos llegado, sigue y pregunta por mi casa, y una vez que hayas atravesado el patio encontrarás a mi madre cerca del fuego, rodeada de sus sirvientas. Allí verás también el asiento que ocupa mi padre para beber, pero tú pasarás de largo y tenderás los brazos hacia las rodillas de mi madre y entonces sabrás si llegará el día en que vuelvas a tu país. Si mi madre te mira con simpatía, es que volverás.

Después de un rato llegaron al bosque de Atenea, cerca ya de la puesta del sol. Allí Ulises elevó una plegaria, pidiendo a la diosa que los feacios lo acogieran como amigo. Ella escuchó su ruego, mas no así Poseidón, furioso aún contra Ulises.

ULISES EN EL PALACIO DE ALCÍNOO

Cuando Nausícaa llegó a palacio, sus hermanos recogieron la ropa, desuncieron las mulas y guardaron el coche, en tanto ella se dirigía a su cámara, donde Eurimedusa, su nodriza, había encendido un buen fuego y preparaba la cena. Mientras tanto, Ulises se acercaba a la ciudad, rodeado de una nube que Atenea había formado alrededor de él para que pasara desapercibido de los feacios, que no dejarían de decirle algo mortificante, dado su aspecto de extranjero. Cercano ya a la ciudad, Atenea se le apareció en la figura de una niña, y Ulises, dirigiéndose a ella, preguntóle dónde estaba el palacio de Alcínoo. La diosa de la mirada luminosa contestó que le enseñaría la casa, pues se hallaba contigua a la de su padre. Y agregó:

—Sígueme y no hables, no mires a nadie ni preguntes nada; en esta ciudad no se estima a los extraños, pues se piensa de ellos que tienen poderes malignos.

Siguió adelante Ulises mirando todo, el lugar donde descansaban las naves, el sitio en que los héroes se reunían y los grandes muros defendidos con empalizadas. Llegaron al palacio y Atenea dijo a su protegido que ya estaban allí y que podía entrar; los reyes estarían en la mesa y él debería acercarse a

Areté, el ama, de gran influjo y respetada por Alcínoo.

—Si la impresionas bien —concluyó—, tus esperanzas de ver a los tuyos no serán vanas.

Atenea se marchó mar adentro y Ulises se dirigió a la entrada del palacio, tan hermoso y brillante como el sol: bronce, esmaltes, oro, plata, se veían por doquier, adornando las puertas y aun los muros. Hefestos había construido perros de oro y plata que parecían cuidar la entrada. Ya adentro, Ulises pudo ver, colgados a los muros, paños hermosamente trabajados y las estancias estaban llenas de figuras, algunas de las cuales sostenían antorchas que eran encendidas durante la noche. Fuera del palacio y en sus alrededores se veía innumerable gente trabajando: tejían, recogían fruta o flores, trabajaban en el huerto; lejos se veía una viña; aquí y allá claras fuentes parecían murmurar. Ulises se detuvo, contemplando aquel tan agradable cuadro, y después de un momento avanzó hacia el interior, donde encontró feacios que se entregaban a libaciones rituales antes de dormir. Oculto por la nube con que lo rodeara Atenea, atravesó las salas hasta llegar a aquella en que se hallaban Alcínoo y Arété, haciéndose visible sólo en el momento en que tendió sus brazos hacia los pies de la reina. Sorprendidos los presentes, enmudecieron, y Ulises pudo decir:

—Arété, hija de Rexenor, semejante a una diosa: vengo a vosotros suplicando me protejáis y me ayudéis a volver a mi casa y a los míos.

Se sentó en el suelo cerca del fuego, y después de un largo silencio el anciano Equeneo, el más viejo de los feacios, elocuente y conocedor de hechos del pasado, dijo que no le parecía bien que un huésped se sentara en el suelo, sobre las cenizas.

—Y tú, Alcínoo, no permanezcas callado, pues todos esperan que hables. Ofrece al huésped un buen asiento y haz que traigan vino para hacer libaciones y que las esclavas preparen comida y la ofrezcan al extranjero.

Alcínoo tomó de la mano a Ulises y lo hizo levantar, dándole una buena silla con clavos de plata, silla que pertenecía a su hijo Laodamante. Una esclava trajo agua para que el héroe limpiara sus manos y sobre una preciosa mesa pusieron comida a su disposición. Ulises bebió y comió. Entonces Alcínoo ordenó al heraldo distribuyera el vino para las libaciones. Así lo hizo el heraldo Pontonoo y, terminadas las libaciones, Alcínoo habló, pidiendo a todos se fuesen a descansar hasta el día siguiente, pero que, al llegar la Aurora, se reunieran de nuevo con él para honrar al huésped de modo adecuado.

—Deberemos pensar en la mejor manera de repatriarlo y acompañarlo en su viaje para que recupere la alegría al volver a su tierra. No sabemos quién es, sin embargo, y puede ser un inmortal al que los dioses tengan reservado algún oculto designio. De todos modos, debemos honrarlo.

—Poderoso rey —contestó Ulises—, nada tengo de inmortal, ni estatura ni presencia; soy un igual

de aquellos que han sufrido y han sido abrumados por la mala suerte. Sólo deseo que venga la Aurora y me ayudéis a reintegrarme de la mejor manera a mi país.

Conformes con esto, la mayor parte de los presentes se retiraron a dormir, quedando sólo en la sala Alcínoo y Areté, acompañados de Ulises, en tanto la servidumbre trabajaba preparando el festín del siguiente día. Areté, que había observado que Ulises llevaba puestos un manto y una túnica que evidentemente eran de palacio, le preguntó de qué país era y cómo, si había andado errante por el mundo, llegaba vestido con esas prendas. El ingenioso Ulises respondió que sería difícil contar en detalle todo lo que le había ocurrido, pero que podía decirles por lo menos lo principal:

—En una isla nombrada Ogigia, mar adentro, vive una ninfa llamada Calipso, que no tiene relación con ningún ser mortal o inmortal. Una divinidad me llevó allí después de un espantoso desastre en el mar. La ninfa me aceptó y me cuidó, ofreciendo hacerme inmortal, cosa que yo rechacé. Siete años estuve en esa isla, llorando, sin manera de salir de allí; al octavo año Calipso me dejó partir, embarcándome en una balsa que construí yo mismo. Después de muchos sufrimientos, pues la balsa se me hundió, he logrado llegar hasta aquí y tener la felicidad de encontrarme con Nausícaa.

Alcínoo sugirió que tal vez su hija debía haberle traído ella misma a palacio, pero Ulises replicó que

había preferido venirse solo: no quería que molestaran a la intachable criatura. Alcínoo dijo:

—Extranjero, me eres agradable y desearía llegases a ser el esposo de mi hija y te quedases aquí, dándote yo una casa y medios para vivir. Pero si tú rechazas esto no habrá aquí nadie que te imponga lo que tú no quieras. Más aún, partiremos mañana y te acompañaremos con los mejores remeros que aquí hay.

Ulises rogó a los dioses que se cumplieran todos los ofrecimientos de Alcínoo, y Areté ordenó a las esclavas dispusieran para el huésped un buen lecho. Salieron las esclavas y volvieron poco después, anunciando que todo estaba listo. Ulises se despidió y Alcínoo y Areté se dirigieron hacia sus habitaciones.

Canto octavo

ULISES ENTRE LOS FEACIOS Y LA MALICIA DE HEFESTOS. JUEGOS AL AIRE LIBRE. EL AEDO Y ULISES

Al llegar la mañana, muy temprano, Alcínoo saltó del lecho casi al mismo tiempo que Ulises, y el rey guió al héroe hacia el lugar del ágora. Palas Atenea, en esos momentos, iba por la ciudad invitando a todos, ancianos y jóvenes, asistieran al ágora para co-

nocer al extranjero recién llegado. Pronto el lugar de reunión quedó lleno de gente que miraba a Ulises con admiración. Alcínoo tomó la palabra y habló para decir a sus súbditos que presentaba a ellos a un extraño que pedía se le ayudara para regresar a su país. Como las costumbres de la casa del rey eran ayudar siempre al que estaba en desgracia, se disponía a hacerlo.

—Echaremos al mar un navío con una tripulación de cincuenta y dos jóvenes bien elegidos —dijo—. Después éstos volverán a palacio al festín que hoy tendremos. Los reyes y príncipes presentes están invitados a este festín de homenaje y lo mismo digo a todos. Por el momento, haced que venga Demodoco, el aedo, para que nos deleite con sus cantos.

Dicho esto, todos se dirigieron al palacio, que se vio lleno de una gran cantidad de gente: Alcínoo había hecho matar corderos, cerdos y bueyes, que pronto estarían dispuestos para comer. El heraldo que había sido enviado a buscar a Demodoco llegó acompañado del aedo, a quien se sentó en una muy buena silla, colgándole la lira de un gancho e indicándole el modo de alcanzarla; cerca, en una mesita, pusieron un poco de pan y una copa para cuando sintiera hambre o sed. Ya todos satisfechos, la Musa inspiró al poeta que cantara las gestas de los famosos héroes Ulises, Aquiles y Agamenón, sus peleas, triunfos y derrotas. Ulises, al oírlo, se cubrió el rostro con el manto, avergonzado de que le viesan llorar, y sólo a ratos, destapando su rostro, bebía en honor de los

dioses. Los asistentes, atentos al canto, no paraban mientes del llanto del extranjero, y sólo Alcínoo, sentado cerca de él, pudo advertir sus sollozos. Al oírlos pidió a sus caudillos y consejeros, a los invitados también, abandonar la sala para ir a presenciar los juegos atléticos; ya se habían distraído bastante con la lira y sería bueno que el huésped pudiera ver cuán fuertes y diestros eran los hombres de ese pueblo.

Se dirigieron al ágora, que quedó llena de una muchedumbre entre la que se distinguían los jóvenes que tomarían parte en las pruebas: lucha, salto, disco, pugilato, jabalina. Laodamante, hijo de Alcínoo, dijo:

—Sería bueno saber si nuestro huésped conoce algún juego, pues su aspecto denota una persona vigorosa, aunque haya sufrido penalidades.

Ulises contestó que su único deseo era volver a su patria; ante esta respuesta uno de los presentes, llamado Euralio, manifestó, imprudentemente, que el extranjero más bien tenía aspecto de patrón de barco que de atleta, a lo cual, mirándolo con desprecio, contestó Ulises que los dioses no concedían a todos los mortales iguales dones; que él, Euralio, sin duda se distinguía por su buen aspecto, pero que, en cambio, parecía tener hueca la cabeza.

—En mi juventud fui uno de los primeros en juegos atléticos —añadió—, y ahora mismo, a pesar de los años y de los sufrimientos, puedo hacer algo que demuestre que los insidiosos no tienen razón.

Dicho lo cual tomó uno de los más pesados y grandes discos y luego de girar lo disparó con tanta fuerza que pasó zumbando por encima de los feacios, yendo a caer más lejos que todas las marcas que se habían registrado. Atenea, en la figura de un hombre, se acercó al lugar y dijo que hasta un ciego o un mentecato podía ver su marca y que ningún feacio llegaría tan lejos. “Ten valor, extranjero”, recomendó. Palabras que animaron mucho a Ulises, quien agregó:

—Si queréis repetiré el tiro, y estoy dispuesto a medirme con cualquiera, excepto con Laodamante, que me ha tratado tan bien. Nunca he sido torpe en los juegos de los hombres y puedo dar con mis flechas a un guerrero enemigo entre una muchedumbre, aunque hay otros mejores que yo; puedo arrojar la lanza y la jabalina más allá que otros. Sólo en las carreras pedestres puedo no ganar a los mejores feacios, pues mis piernas han sufrido mucho.

En respuesta, y ya que todos callaban, Alcínoo le dijo:

—No nos molestamos con tus palabras, pues quieres mostrar tu valor a quien te ha ofendido. Mucha gente podrá ganarnos en la lucha y en el disco, pero nuestros valores son diferentes: somos marinos y nos gustan la música y la danza, los coros, los vestidos y los baños calientes. Comiencen, pues, la música y el baile y traigan a Demodoco la lira; ha quedado en el palacio.

El aedo con la lira en la mano, se agruparon en

el centro varios adolescentes que comenzaron a bailar, extasiando a Ulises. El aedo cantó los amores de Ares con Afrodita y cómo Helios se lo contó a Hefestos, quien, herido, preparó en su yunque una malla finísima con hilos unidos tan poderosamente, que si Ares volvía quedaría encerrado en ella. Fingió marcharse y cuando Ares volvió a reunirse con Afrodita, descubrió, al despertar al lado de su amor, que no podía moverse ninguno de los dos. Acudió Hefestos dando voces a los dioses, quejándose de ser engañado por ser cojo, y diciendo que los tendría allí hasta que el padre de la novia, de su mujer, más bien dicho, le devolviera los regalos que había dado por ella. "Es bella —dijo—, pero no tiene pudor."

Oídas estas palabras por los dioses, acudieron todos —siguió cantando el aedo—, entre ellos Poseidón, el acogedor Hermes y el poderoso Apolo; sólo las diosas, dado el asunto, no acudieron. Todos rieron al ver la trampa, regocijados de ver que alguien pagaba un pecado que generalmente pasaba desapercibido, pero Apolo dijo a Hermes: "¿No te gustaría verte en ese lugar?" Este, también sonriendo, contestó que sí, aunque lo aprisionasen con una red más dura: Afrodita valía la pena. Los inmortales rieron, menos Poseidón, que rogó a Hefestos dejara libre al pecador. Pero el herrero celeste, que gozaba asimismo con aquello, respondió que quién le aseguraba que el pecador no volvería a las mismas. El que gobierna el mar dijo que se ofrecía como fiador y entonces Hefestos procedió a abrir la red, huyendo entre risas

los dos culpables: Ares se fue a Tracia y Afrodita desapareció hacia Chipre, llegando a un santuario que allí tenía y donde las Gracias la bañaron y le ungieron el cuerpo con aceite inmortal, vistiéndola después con hermosos vestidos.

Esto cantó el aedo, y todos, Ulises entre ellos, disfrutaron de la historia. Terminado el canto, Alcínoo hizo que bailaran Helios y Laodamante: por medio de un globo de color, que tiraban hacia lo alto o se pasaban uno a otro con suma gracia, se iniciaron en una danza cuyo ritmo marcaban los demás dando palmadas. Ulises alabó a Alcínoo por el precioso baile, lo que Alcínoo agradeció con gran alegría, diciendo en seguida a sus caudillos y consejeros:

—Tenemos aquí a un hombre inteligente y de buen juicio y creo que en vísperas de su partida debemos regalarle con lo mejor que tengamos. Trece son los soberanos de este país: que ofrezca cada uno al extranjero un manto, una túnica y un talento de oro, y Euralio debe desagraviarle con las mejores palabras que encuentre.

Todos se manifestaron conformes y los heraldos fueron en busca de los regalos. En cuando a Euralio, regaló a Ulises una espada de bronce con empuñadura incrustada de plata y vaina de marfil, regalo que el héroe agradeció, rogando porque Euralio no tuviera nunca que echar de menos el regalo que le hacía.

Al atardecer tenía ante sí todos los obsequios y Alcínoo pidió a Areté que trajera para el huésped

un manto limpio y una túnica, además de un cofre, el mejor que tuvieran, manifestando que le daría a su vez una copa de oro para que se acordara de él cuando hiciera las libaciones en honor de los dioses. Areté cumplió con lo pedido y cuando el cofre estuvo delante de Ulises, le dijo:

—Ciérralo lo mejor que puedas para evitar que te roben cuando duermas en la nave.

Ulises cerró el cofre con un nudo que le había enseñado Circe y en seguida fue hacia su habitación, en donde las esclavas lo bañaron, ungieron su cuerpo y lo vistieron, volviendo luego a reunirse con los demás que bebían y jugaban. Pero en un rincón, como escondida, estaba Nausícaa, que se complació mirando a Ulises y se acercó luego para decirle:

—Huésped, recibe mi saludo y ojalá cuando estés en tu patria te acuerdes de mí.

A lo que Ulises respondió diciendo que si los dioses le permitían volver a su palacio, todos los días, como si se tratase de una diosa, le elevaría oraciones, pues a ella le debía la vida.

Luego se sentó cerca del rey y cuando se ocupaban de preparar las bebidas llegó el aedo Demodoco, que fue colocado en el centro de la reunión. Ulises, viéndolo, dijo a un heraldo que le llevara al aedo el trozo de cerdo que le habían servido: quería hacerle una atención a quien las Musas le habían enseñado canciones tan hermosas. Agregó:

—Te agradeceré, Demodoco, que cantes el motivo de la guerra de Troya y del caballo de madera que

el ingenioso Ulises, ayudado por Epeo, que lo construyó, introdujo en la ciudad. Si me narras todo esto exactamente, diré ante el mundo que eres el aedo más favorecido por las Musas.

El aedo Demodoco desarrolló el asunto desde el instante en que los argivos se marcharon luego de incendiar las tiendas, en tanto otros estaban encerrados en Troya dentro del caballo encaramado cerca de la acrópolis, rodeados de troyanos que discutían si hacerlo pedazos o guardarlo como trofeo u ofrendarlo a los dioses, sin saber que el enorme caballo estaba lleno de valerosos argivos que esperaban la ocasión para iniciar la matanza... Así cantaba el aedo y luego agregó la descripción de cómo había sido saqueada Troya cuando los aqueos salieron de su monumental escondrijo. Los guerreros saqueaban la ciudad en tanto Ulises iba con Menelao hacia el palacio de Deífobo, donde sostuvo el terrible combate que sólo ganó con ayuda de Atenea.

Ulises, oyéndolo, volvió a llorar y sollozar, de tal modo que Alcínoo lo notó e hizo callar al aedo. Después, volviéndose hacia el huésped, le rogó que le contase quién era, quiénes eran sus padres, cómo se llamaban su ciudad y su país, de modo que los feacios pudieran llevarlo.

—Mi padre me predijo —añadió— que alguna vez Poseidón, envidioso de la velocidad y seguridad de nuestras naves, haría sentir su cólera sobre uno de nuestros navíos que regresara de conducir a un extranjero. Esto puede ocurrir o no puede ocurrir,

pero dejémoslo y cuéntanos por qué países y mares has andado errante, qué hombres has visto y, sobre todo, por qué sollozas cuando oyes cantar lo que sucedió a los dánaos en Troya.

Canto noveno

RELATO DE ULISES. LOS CICONES. LOS LOTOFAGOS. LUCHA CON EL CICLOPE

—Ilustre Alcínoo —comenzó Ulises—: veo que sientes deseos de saber algo de los infortunios que a mí me hacen sollozar y voy a satisfacerte ese deseo, ya que tan bondadoso has sido conmigo, así como tu mujer. Soy Ulises, hijo de Laertes, y mi ingenio y fama son conocidos de muchos. Vivo en Itaca, una ciudad que se ve desde el mar, al pie del monte Nérito, con islas cubiertas de bosques alrededor. La mía es la más baja y separada de las demás, hacia el poniente. Antes de llegar aquí, la ninfa Calipso me tuvo prisionero con el deseo de hacerme su marido, y lo mismo ocurrió con la maga de Eea, Circe, aunque ninguna de las dos logró convencerme. Pero mejor te contaré todo desde el principio, desde el momento de mi salida de Troya, con todos los peligros a que me expuso Zeus. Al partir de Troya llegué, llevado por los vientos, al país de los cicones, donde entramos

en son de guerra, saqueando y robándonos las mujeres. Quería yo que saliéramos de allí lo más pronto posible, pero mis compañeros no me escucharon, dedicándose a beber y a gozar y matar animales y comérselos, y esto trajo como consecuencia que los cicones que nosotros habíamos saqueado fueran a buscar a otros cicones que vivían más adentro de la isla, gente fuerte y aguerrida, y todos se vinieron contra nosotros. Pudimos resistir durante el alba y la mañana, pero más tarde los cicones dominaron a los aqueos, matando a seis de cada una de las naves. Sólo los de mi nave logramos huir.

”Remamos mar adentro, tristes, pero alegres, por otra parte, contentos de haber salvado la vida; llamé tres veces por su nombre a los que habían sucumbido víctimas de los cicones y luego Zeus lanzó un huracán que cubrió de nubes el mar, cayendo la noche. Las naves corrieron sin rumbo y durante dos días estuvimos sin ver ni saber nada. Cuando la Aurora dio nacimiento al tercer día, pudimos desplegar las velas, en tanto los pilotos dirigían las naves. Habría llegado con felicidad a la tierra paterna si las olas, la corriente y el Bóreas no nos hubieran desviado, echándonos más allá de la isla Citeres.

”Durante nueve días tuvimos viento en contra y al décimo arribamos al país de los lotófagos, que se alimentan de flores. Avanzamos tierra adentro, hicimos aguada y regresamos a las naves para comer. Después envié dos hombres y un heraldo para que explorasen y vieran qué gentes había allí. Los expe-

dicionarios encontraron a los habitantes, que les obsequiaron con lotos y frutas tan dulces que los que las probaban sentían deseos de quedarse allí. Tuve que llevármelos a la fuerza, llorando, a los barcos, donde los até, apresurando a los compañeros para que se embarcaran inmediatamente.

"Continuamos y llegamos al país de los cíclopes, gigantes que no trabajan en nada; todo nace allí sin que nadie se preocupe de ello: el trigo, la cebada, las viñas. Los cíclopes no deliberan; viven en las altas montañas y cada uno establece sus normas de vida para su familia, sin preocuparse de los otros.

"Delante del puerto hay una isla cubierta de vegetación, donde viven cabras monteses. La isla aparecía deshabitada, pues los cíclopes, como viven solos, no tienen naves ni artesanos que las construyan. También ofrece la isla un puerto que tiene al fondo una corriente de agua que sale de una caverna y hace crecer un bosque de álamos. Desembarcamos en ese lugar y después de atracar nos quedamos dormidos, esperando el alba.

"Cuando amaneció hicimos una exploración de la isla: las ninfas, hijas de Zeus, hicieron levantar de sus refugios las cabras, bocado excelente para mí y mis compañeros; comenzamos la cacería con el resultado de cazar varias que satisfacían cómodamente nuestros deseos. A cada una de las doce naves le dimos nueve cabras y a la mía le tocaron diez. Pasamos el día comiendo y bebiendo, mientras mirábamos la tierra de los cíclopes y el humo que salía de sus chi-

meneas. Llegada la noche nos dormimos muy tranquilos. Al siguiente día, temprano, reuní a mis gentes y les dije que se quedaran ahí por un rato mientras yo averiguaba quiénes eran esos hombres. Avanzamos a fuerza de remos y llegamos a la costa, donde descubrimos una caverna y numerosos ganados y rebaños. Estaba todo cercado por un muro de piedra y árboles. Vivía allí un gigante, verdadero monstruo que no parecía un hombre sino una de esas cimas boscosas que hay en las montañas.

"Ordené a los compañeros que se quedaran cerca del navío y con una docena de los mejores fui hacia aquel lugar. Llevaba un odre de vino muy dulce, bueno para mantener las fuerzas cuando hubiese dificultades. Llegamos, pero no estaba el gigante; entramos en la cueva y vimos una gran cantidad de quesos colocados en unas bandejas hechas de cañas; los establos se veían llenos de corderos y cabritos y la leche se salía de las vasijas, tan llenas estaban. Mis compañeros me pidieron que les dejara tomar algunos quesos antes de volver a las naves, pero no consentí. Deseaba primero tener una conversación con el gigante, sin saber que su presencia iba a tener un efecto desastroso para nosotros.

"Encendimos fuego, hicimos un sacrificio a los dioses y, esperando al gigante, probamos los quesos. Llegó. Traía una carga de leña, que tiró al suelo; movió las ovejas que iba a ordeñar; levantó una enorme piedra con la que cerró la entrada y luego ordeñó sus animales, hecho lo cual se ocupó en cua-

jar la mitad de la leche obtenida, colocando todo en cestos de mimbre, guardando la otra mitad en unas vasijas. Terminó las tareas y encendió el fuego y entonces nos vio y nos preguntó quiénes éramos, si negociantes o piratas. Su voz nos dio un poco de miedo, pero le contesté:

"—Somos aqueos y venimos de Troya. Quisiéramos volver a nuestras casas, pero Zeus nos ha reservado otros destinos y aquí estamos, esperando que nos recibas como huéspedes. Varón poderoso, no olvides respetar a los dioses.

"Pero el maldito gigante me gritó:

"—Eres un imbécil al aconsejarme que respete a los dioses. A los gigantes les importan muy poco los inmortales: los cíclopes somos superiores a ellos. Pero, dime, dónde has amarrado tu nave.

"Mentí al contestarle que Poseidón había destruido mi embarcación contra las rocas de la costa y que por casualidad nos habíamos salvado; pero el monstruo casi no me oyó: dio un salto, cogió a dos de mis compañeros y los azotó contra el suelo, tan violentamente que los sesos saltaron para todas partes. En seguida los descuartizó y los cocinó, comiéndoselos hasta las médulas. Imploramos a Zeus, llorando, y el cíclope, una vez terminado el bestial banquete, se acostó en el fondo de la caverna, en medio de sus ovejas. Pensé acercarme y atravesarle el pecho con la espada, pero cambié de idea, pues si lo mataba no podríamos sacar la piedra de la entrada. Sollozando esperamos la llegada de la Aurora.

"Al amanecer el gigante encendió fuego, ordeñó las ovejas y luego se apoderó de otros dos de mis compañeros y se los comió. Después levantó la piedra, hizo salir a las ovejas y cabras y volvió a cerrar, yéndose con sus animales, a los que parecía manejar por medio de un pito; entretanto, yo buscaba la manera de vengarme del monstruo. La hallé: el gigante tenía allí una gran maza de madera verde, de la que saqué un trozo como de una braza, haciendo en seguida que mis compañeros quitaran la corteza y lo pulieran. Luego agucé la punta, la endurecí al fuego y oculté la estaca bajo el estiércol de los animales. Dije a los compañeros que se sortearan para ver quiénes iban a clavarla conmigo en el ojo del cíclope cuando estuviese dormido. Cinco se comprometieron conmigo. Al anochecer llegó el gigante, entró todos sus animales, cerró la entrada e hizo el ordeño y después se apoderó de otros dos hombres y se los comió. Cuando terminó me acerqué a él con un cuenco de vino y se lo ofrecí diciéndole que tomara, que le haría bien después de la carne que había comido; así sabría la buena bebida que llevábamos. El monstruo tomó el vino y se lo bebió de un trago; quiso repetir, diciendo que le parecía muy bueno, y me solicitó que le dijera mi nombre. Le serví otro buen trago y se lo tomó, y me pidió otro, y cuando se hubo tomado el tercero le dije que todo el mundo, mis compañeros y mis familiares, me conocían por el nombre de Nadie. Lo oyó y se tendió a dormir, vencido por el poder del vino. Era el mo-

mento. Puse la estaca en el fuego para que se calentara bien y animé a los compañeros. Cuando la punta de la estaca estaba por arder, la saqué del fuego y mis compañeros pusieron la punta sobre el único ojo del cíclope y la empujaron hacia abajo, mientras yo, con todas mis fuerzas, la removía, haciendo salir del ojo un chorro de sangre. La pupila chirriaba, contrayéndose, en tanto el cíclope daba unos horribles gritos, sacándose en seguida la estaca, que tiró lejos, comenzando a llamar a los otros cíclopes, que acudieron de todas partes preguntando desde afuera el motivo de semejante vocerío.

—¿Qué te pasa, Polifemo? ¿Por qué gritas? ¿Alguien te robó los animales o quiere matarte?

—Desde adentro de la caverna el gigante contestó que Nadie lo estaba matando y entonces los otros cíclopes le gritaron que si nadie lo mataba era que Zeus le había enviado alguna dolencia y que nada se podía hacer. “¡Invoca a Poseidón!”, le aconsejaron, y se fueron, mientras yo me reía del engaño que le había hecho al darme el nombre de Nadie. Polifemo, quejándose, fue a tientas hasta la entrada y sacó la piedra, sentándose allí con los brazos extendidos, con la intención de agarrar a quien intentara escapar. Pero nosotros no íbamos a hacer semejante tontería. Se me ocurrió utilizar los carneros del cíclope, grandes y gordos, y los fui atando de a tres para que el del medio pudiera llevar a uno de los hombres y los otros dos disimularan al que se salvaba. Por mi parte elegí un macho mayor que los

demás; podía salir bien abrazado al cuerpo, aunque por debajo.

—Aguardamos la mañana, y el gigante, dando grandes suspiros, se dedicó a sacar los carneros mientras las ovejas balaban en los encierros. Abrumado por el dolor, pasaba la mano por el dorso de los animales, sin poder descubrir a los hombres que iban bien sujetos y ocultos entre la tupida lana. Por fin avanzó el último, mi macho y yo, y Polifemo le dijo, tanteándolo:

—¿Por qué sales el último, tú que siempre sales el primero para ir a mordisquear antes que nadie el sabroso pasto? ¿Acaso estás triste por lo que le ha ocurrido a tu dueño?

—Dejó salir al carnero y me solté para poder desatar a los demás compañeros, llevándonos los corderos a las naves, donde ordené que remaran inmediatamente luego de haber embarcado los animales. Pero apenas nos alejábamos se me ocurrió gritar algunas bromas al cíclope, y éste, furioso, arrancó la parte superior de una montaña que por ahí había y nos la tiró, tan cerca de la nave que ésta casi zozobró en el remolino que se produjo, echándonos de nuevo hacia la costa. Empuñé el timón, con una percha aparté la nave y mis hombres remaron con todas sus fuerzas. Ya alejados, me dispuse a burlarme de nuevo de Polifemo, aunque mis compañeros se oponían, pero insistí y le grité:

—Si alguien te pregunta, cíclope maldito, quién

te reventó el ojo, dile que fue Ulises, hijo de Laertes y rey de Itaca.

—¡Ay de mí! —exclamó el gigante, dando un alarido—. Se han cumplido los pronósticos. El adivino Télemo me anunció que quedaría ciego por culpa de Ulises. Pero yo esperaba un individuo fornido y resulta que el que me destrozó el ojo es un hombre insignificante que se valió del vino para inutilizarme. Vuelve y pediré a mi padre, el dios que hace temblar la tierra, que te guíe. Sólo él, si quiere, podrá curarme.

”Le contesté que me habría gustado quitarle no sólo el ojo sino la vida, y entonces el cíclope dirigió a Poseidón esta súplica:

—Poseidón, dios de la cabellera sombría, escúchame, soy tu hijo: concédeme que no regrese a su casa Ulises, y si está decidido que vuelva a ver a los suyos, que tarde mucho tiempo, que sufra muchas penalidades, que pierda a todos sus compañeros y que encuentre la desgracia en su palacio.

”El dios de la cabellera sombría oyó la súplica y Polifemo tomó otra piedra de enorme tamaño y la hizo caer muy cerca de la popa, provocando un remolino que lanzó otra vez la nave cerca de la orilla. Pero salvamos este peligro y llegamos a la isla en que estaban las otras naves y los compañeros llorando. Sacamos a tierra los navíos, desembarcamos todos y repartí los animales de modo que todo el mundo quedó contento. Me dieron el macho que me había salvado y yo lo sacrificué en honor del dios de

las nubes oscuras, Zeus, aunque el Olímpico planeaba la destrucción de los bajeles y de su tripulación.

”Pasamos el día comiendo y bebiendo; nos acostamos y a la madrugada nos levantamos, embarcamos y los hombres soltaron amarras, reanudando la navegación, contentos de habernos librado y tristes por la pérdida de tantos compañeros.

Canto décimo

LOS ODRES DE EOLO. LOS LESTRIGONES. EN PODER DE CIRCE

”Arribamos después a Eolia, tierra de Eolo, isla flotante rodeada de un muro de bronce y de un roquerío liso. Eolo tiene doce hijas y doce hijos casados entre sí. Viven al lado de su padre y de su madre y los días son para ellos de constante alegría. Llegamos allí y Eolo me prodigó sus atenciones durante un mes, informándose de mis aventuras, pues le conté todo. Al marcharme me dio un odre hecho de cuero y lleno de los vientos, cuya guarda le ha dado Urano, autorizándolo para animar a éste o tranquilizar al otro. Ató el odre en la cala de la nave para que no soprase ningún viento contrario durante la navegación y sólo el Céfito favoreciera la

marcha del navío. Navegamos durante nueve días y nueve noches y al décimo ya descubríamos las tierras paternas. Ahí, dominado por la fatiga, pues no había permitido a nadie timonear, me rendí al sueño y al cansancio.

"Mientras dormía los compañeros conversaron, asegurando que yo llevaba mucho oro y plata; uno dijo que traía yo de Troya muchas y preciosas cosas, en tanto ellos volvían con las manos vacías.

"—Eolo le regaló un odre lleno de regalos —expresó—. ¿Por qué no vemos lo que trae allí?

"Abrieron el dicho odre y así dejaron escapar los vientos que arrebataron a la nave mar adentro, alejándonos de la patria. Empezaron a llorar y entonces desperté y no supe si arrojarme al agua de rabia o callarme y sufrir en silencio. Me cubrí bien y me acosté, mientras los navíos eran llevados de nuevo hacia la isla Eolia. Allí desembarcamos en la orilla, hicimos aguada y se preparó la comida. Hecho esto, me dirigí con un heraldo hacia el palacio de Eolo, que en esos momentos celebraba uno de sus innumerables festines con sus hijas e hijos. Nos sentamos en el umbral y la gente nos miró extrañada, preguntándonos al fin cómo es que estábamos allí otra vez, ya que nos habían hecho las atenciones del caso y ayudado para que volviéramos a casa. Contesté que mis compañeros eran los culpables: habían abierto el odre en que se guardaban los vientos y éstos nos habían echado de nuevo al mar; esperaba que me vol-

vieran a ayudar. Pero Eolo, en lugar de eso, me dijo:

"—¡Vete de esta isla, estúpido! ¡Vete, ya que te persigue el odio de los dioses!

"Continuamos navegando, cansados los remeros, y llegamos a Lamos, tierra de los lestrigones. Atracados al muelle, subí a una eminencia desde donde se veía algo: no divisé trabajadores en ninguna parte y sólo vi, a lo lejos, una humareda que subía hacia el cielo. Envié a tres para que vieran qué gente habitaba el país. Después de andar por un camino carretero, encontraron a una gigante que sacaba agua de la fuente del Oso: era la hija de Lestrigón Antifates. Mis hombres preguntaron a la gigante quién era el rey y ella contestó señalando la casa de su padre. Fueron y allí vieron a la reina, mujer que por su estatura parecía una montaña. Hizo llamar a su marido y vino, y apenas llegó tomó a dos de los hombres y los mató; la mujer empezó a prepararlos para comer. Advertidos, pusimos pies en polvorosa hacia las naves, pero Lestrigón lanzó su grito de guerra y acudió un gran número de gigantes que desde las alturas empezaron a arrojar piedras que varios hombres normales apenas podrían mover, originando con esto un tumulto feroz, pues las piedras caían sobre cubierta y reventaban lo que allí encontraban; después de las piedras tomaron arpones y empezaron a ensartar marineros como quien ensarta sardinas. Por mi parte tomé mi espada, corté las amarras y ordené a los hombres que remarán duro. Pronto es-

tuvimos mar adentro, solos, pues las demás naves quedaron destruidas.

"Felices de habernos librado, aunque lamentando la muerte de tantos compañeros, llegamos, después de unos días, a la isla donde vive Circe, una terrible diosa con voz humana. Hallamos un buen puerto de recalada; desembarcamos y descansamos dos días, agotados. Al tercer día tomé mi jabalina y mi espada y salí a observar el país, descubriendo, desde una elevación, una humareda. Se me ocurrió, sin embargo, que era mejor volver a la nave, comer con mi gente y salir después de exploración. Al acercarme a mi navío, un dios, compadeciéndose de mí, hizo salir de la espesura un gran ciervo que atravesé con un dardo. Con unas ramas y unos mimbres, a pesar de ser tan pesado, me lo colgué del cuello y lo llevé. Al llegar lo tiré al suelo y animé a los hombres diciéndoles que no nos amenazaba peligro de muerte y que debíamos alimentarnos bien; el hambre no debía agotarnos. Dispusieron un banquete y pasamos el resto del día comiendo y bebiendo vino y descansando.

"Al otro día comuniqué a los míos mi impresión de la isla: sólo había visto una humareda y ningún trabajador ni habitante. Recordando al lestrigón, mis hombres se pusieron a lamentarse, pero como con esto no sacábamos nada, decidí dividirlos en dos grupos, uno a mi mando y el otro a las órdenes de Euríloco. Sorteamos y les tocó a Euríloco y los suyos salir primero. Se fueron gimiendo y los despedimos

con lágrimas. En un valle encontraron la casa de Circe, alrededor de la cual vagaban leones y panteras que la diosa había encantado: no acometían sino que pasaban entre los hombres, rozándolos con sus colas; los expedicionarios, muertos de miedo, avanzaron un poco más y entraron a la casa de Circe, en donde la oyeron cantar mientras trabajaba en su telar. Dieron algunas voces y ella salió a recibirlos y les invitó a entrar. La siguieron todos, menos Euríloco, que se quedó afuera. La diosa se sentó y preparó, con queso batido, harina de cebada, miel y vino de Pramnio, una droga que les iba a hacer perder el recuerdo de la patria. Bebieron y después Circe los fue tocando con una varita, convirtiéndolos en puercos; los encerró en unos chiqueros y les echó unas bellotas y un poco de harina, alimento de cerdos.

"Euríloco volvió corriendo a la nave, y aunque la emoción no lo dejó, en un principio, hablar palabra, concluyó por contar lo ocurrido. Impresionado, tomé mi espada y mi arco e invité a Euríloco a que me siguiera, pero me rogó que no lo llevara, pues estaba seguro de que nadie podría salvar a los compañeros y ni siquiera ir y volver. Le dije que se quedara a comer y beber y me alejé de allí, y ya llegaba a la casa de Circe cuando se me apareció Hermes con su caduceo de oro, en la figura de un gracioso joven, y me dijo:

"—¿A dónde vas, infeliz? Los que entraron en la casa de Circe están en chiqueros, en calidad de puercos. ¿Vas a libertarlos? Si lo intentas, no volverás.

Te ayudaré, sin embargo: antes de llegar a la casa toma esta yerba, que apartará de ti la muerte, y cuando la diosa prepare un brebaje y tú lo tomes, esta yerba impedirá que te vuelvas cerdo; y si te quiere tocar con la varita, saca la espada y haz como que vas a arremeter contra ella y matarla. Asustada, te invitará a dormir con ella, lo que debes rechazar si no te promete jurar que libertará a tus compañeros y que no se aprovechará de que tú estés desnudo para quitarte la fuerza y tus atributos viriles.

"Le agradecí todo y fui a casa de Circe, que me recibió e hizo todo lo que Hermes me había pronosticado. Después de tomarme el brebaje me dio unos golpes con la varita y me ordenó que me fuera al chiquero con mis compañeros, pero yo saqué la espada y me fui sobre ella como para atravesarla; dio un grito y cayó de rodillas, y abrazándose a mis piernas, me dijo:

"—¿Quién eres, extranjero? ¿De dónde vienes? Estoy sorprendida: no te hizo nada la droga y eso me indica que eres rebelde a los sortilegios. Deduzco de eso que eres el ingenioso Ulises, cuya llegada me tenía anunciada el mensajero Hermes. Envaina tu mortal espada y vámonos a descansar; unidos en el amor, se producirá entre nosotros la confianza.

"A lo que le repliqué diciendo que no podía tener confianza en ella, pues había convertido en cerdos a mis compañeros y seguramente quería verme desnudo e inutilizarme más fácilmente.

"—No cederé a tus deseos —añadí— si no te com-

prometes a no tenderme ninguna trampa. Debes jurarlo.

"Accedió a lo que le pedí y entonces pude acostarme y gozar de un magnífico lecho.

"Mientras esto ocurría, las criadas, nacidas de las fuentes e hijas de los bosques y ríos sagrados, desempeñaban los trabajos de la casa. Una cubría con paños color de púrpura los asientos y ponía debajo otro paño de lino; otra ponía delante de los sillones unas mesas de plata con cestillos de oro encima; la tercera mezclaba en una cratera el vino color de miel y preparaba las copas; la de más allá traía el agua y cuidaba del agua. Esta última, cuando todo estuvo listo, me dispuso el baño y me lavó la cabeza y los hombros, frotándome en seguida con aceite oloroso y poniéndome una túnica y un manto, después de lo cual me llevó a la sala y me hizo sentar en un comfortable y rico sillón. Otra criada me acercó una mesa; la dispensera me dio pan y me sirvió manjares, invitándome a comer; pero manifesté no tener apetito y quedé pensativo y temeroso de lo que podía sucederme. Circe, que me vio, me preguntó:

"—¿Por qué estás como de malhumor y no pruebas la comida ni la bebida? ¿Crees que pretendo hechizarte?

"Le pregunté a mi vez quién podría comer y beber con agrado si sus compañeros estaban convertidos en cerdos.

"—Libértalos y estaré contento —le agregué.

"Entonces cruzó la sala y abrió la puerta del chi-

quero, de donde salieron, gruñendo y hozando, seres parecidos a puercos viejos. Circe pasó entre ellos, los frotó con una droga especial y mis hombres tornaron a ser tales, aunque más gallardos que antes. Me vieron y acudieron a darme la mano; sollozaban de emoción y hasta la misma diosa se vio impresionada, pues dijo:

—Ingenioso Ulises, hijo de Laertes, vuelve al navío y sácalo a tierra, guardad todo en una gruta y vuelve con tus compañeros.

—Al llegar a la ribera fuimos recibidos con aclamaciones por los hombres, que nos dijeron que nuestra vuelta les producía más alegría que si hubiéramos arribado a Itaca, pidiéndome les contara lo ocurrido. Les contesté que se apresuraran a sacar el navío, a guardar todo en una gruta y a seguirme a casa de Circe. Todos estuvieron dispuestos excepto Euríloco, que trataba de retenerlos diciéndoles que éramos unos locos que corríamos en busca de la perdición. Le dije entonces que se quedara, pero finalmente se vino con nosotros. Cuando llegamos vimos que la diosa había llenado de atenciones a los hombres que allí habían quedado: los había hecho bañar, frotar con aceite y vestir con túnicas y mantos. Estaban de fiesta, aunque la alegría se les volvió lágrimas al vernos de nuevo. Circe me dijo que sabía lo que habíamos sufrido, de modo que le parecía muy bien que comiéramos y bebiéramos para reponernos.

—Estuvimos ahí con banquetes diarios, pero llegaron los días que duran más que los otros y mis

compañeros me llamaron aparte para decirme si acaso no había llegado el momento de que regresáramos a casa. Les contesté que me parecía bien, y pasamos aquel día en la misma forma, comiendo y bebiendo, hasta que en la noche, ya en el lecho, dije a Circe que cumpliera la promesa que me había hecho de permitirme retornar a mi tierra.

—Es un deseo que nace de mi corazón y del que participan todos mis compañeros —terminé.

—Me contestó:

—No sigas aquí, ingenioso Ulises, contra tu voluntad. Pero antes de volver a tu tierra debes ir a la morada de Hades y a la de Perséfone y consultar el espíritu del tebano Tiresias, el ciego que conserva, después de muerto, el don de la clarividencia.

—Palabras que, por supuesto, me hicieron caer en profunda tristeza y estar dos días y dos noches tumbado en el lecho, indiferente, sin deseos de nada. Al fin pregunté a Circe quién me guiaría en ese viaje y cómo podía llegar a los dominios de Hades.

—No debes preocuparte —me respondió—; basta que pongas un mástil y una vela y te quedas sentado, pues será suficiente el soplo de Bóreas para conducir la nave. Al llegar al término del Océano hallarás una ribera llana delante de los bosques de Perséfone. Encalla cerca del Océano de profundos remolinos y allí estarás ya en el dominio de Hades. Al lado de una roca que verás, debes excavar un pozo de media braza de ancho y de hondo, en el cual derramarás una libación por los muertos, una de leche

y miel primero, luego una de vino y por fin una de agua, poniendo encima harina blanca de cebada. Dirige una súplica a los difuntos y promete que cuando llegues a tu casa sacrificarás, en la sala, la más hermosa novilla que tengas. Luego habla a Tiresias y prométele inmolar el mejor carnero macho que tengas. Después, cuando invoques a los muertos, ofréceles un cordero y una oveja negros, cuidando, al matarlos, de mirar hacia la corriente del río. Acudirán rápidamente los espíritus de los muertos, pero tú, espada en mano, no les dejarás acercarse a la sangre de los animales degollados antes de interrogar a Tiresias. El adivino vendrá entonces y te dirá qué ruta debes seguir y cómo podrás regresar a tu casa.

"Al llegar la mañana, Circe me dio un manto y una túnica y ella se puso un velo blanco, ciñéndose en seguida con un cinturón de oro, cubierta la cabeza con un cendal. Desperté a los compañeros y les dije que se levantaran, que ya partíamos. Yo me sentía lleno de ánimo, mas mis compañeros se resistieron, y uno de los más jóvenes, Elpenor, mareado por el vino bebido la noche anterior, despertó sobresaltado al oír las voces y, sin saber dónde estaba, cayó al buscar la escalera, rompiéndose el cuello y muriendo. Al salir dije a mis compañeros que antes de dirigirnos a la tierra paterna debíamos ir a las moradas de Hades y consultar al adivino Tiresias, quien nos diría cómo volver. Comenzaron a llorar y a tirarse de los pelos, pero todo fue inútil; tuvieron que seguirme. Al llegar a la ribera vimos que Circe ya

había atado a la nave un cordero y una oveja negros, sin que nadie lo advirtiera. Y es que los dioses van y vienen sin que uno se dé cuenta.

Canto undécimo

EN EL MUNDO DE LOS MUERTOS

"Después de echar al mar la nave y disponerla, subiendo a bordo los animales, partimos, acompañando la navegación un viento favorable que a la hora de la puesta del sol nos llevó hasta el confín de la tierra, allí donde está el país de los cimerios, tierra maldita donde nunca hay día ni sol, sino sólo sombras y noche. Encallamos allí el navío y seguimos hasta llegar al sitio que Circe me había indicado, lugar en donde, con mi espada, cavé un hoyo del tamaño indicado, procediendo en seguida a hacer las invocaciones y a degollar a los animales. Acudieron a millares las ánimas de los muertos, jóvenes y viejos, tiernas doncellas y guerreros abatidos un día por las jabalinas o dardos. Mientras desollaban las reses para someterlas al fuego purificador, impedía con mi espada que los espíritus se acercaran a la sangre; antes debía interrogar a Tiresias.

"La primera alma fue la de Elpenor, que aún no

había tenido sepultura, pues su cuerpo había quedado tirado en la morada de Circe. Le pregunté cómo había llegado a ese lugar y me contó, entre sollozos, el accidente que había sufrido en casa de la diosa, pidiéndome en seguida que no lo abandonara sin darle sepultura con el ritual de costumbre, a lo que le contesté que lo haría apenas pudiera. Apareció luego el espíritu de mi querida madre, a la que había abandonado junto con mi mujer cuando me fui a Troya. Lloré de dolor al verla, pues no sabía que había muerto; impedí, sin embargo, que se acercara a la sangre. Tiresias se presentó después con su cetro de oro en la mano y me dijo:

—¿Por qué, Ulises, dejaste la luz para venir entre los muertos? Aléjate de la fosa, retira la espada y deja que beba sangre si quieres que te diga la verdad.

”Satisfizo su sed y habló así:

—Buscas el regreso a la dulce tierra natal, pero el dios que hace temblar la tierra no quiere dejarte pasar, pues te odia porque dejaste ciego al cíclope Polifemo, su hijo, que él adoraba. Podrías llegar a la tierra paterna si después de atravesar el mar violeta y llegar a la isla Trinacria, donde estarán pastando los rebaños de Helios, dios que lo oye y lo ve todo, no les hicieras daño; pero si tocáis a los animales, te anuncio desde ya la pérdida de la nave y de tus compañeros. Y si te libras de la muerte, llegarás más tarde sólo en navío extranjero, encontrando en tu palacio hombres que están gozando de tus bienes

y que pretenden a tu mujer, ofreciéndole regalos. Les harás pagar caro sus abusos, pero cuando de cualquier modo los hayas matado, toma un remo al hombro y camina hasta llegar a un país cuya gente nunca ha visto el mar y comen sus viandas sin ponerle sal. Cuando encuentres a otro viajero y éste te diga, confundiendo ambas cosas, que llevas no un remo sino una pala para harnear trigo, clavarás ese remo en tierra y ofrecerás un sacrificio a Poseidón: un carnero padre, un toro y un verraco. Luego, volverás a tu casa y harás hecatombes en honor de los inmortales, sin olvidar a ninguno. Cuando te llegue la muerte, ésta será muy dulce y al término de una buena ancianidad. Esa es mi predicción.

—Los dioses, Tiresias —le contesté—, han preparado el destino como han querido; pero dime más porque veo el espíritu de mi madre cerca de la sangre y parece no reconocer a su hijo. Quiero saber cómo podría reconocerme.

—Escucha bien —me dijo—: los muertos que se acerquen a la sangre y beban, éstos hablarán; los otros se marcharán.

”Tiresias se retiró una vez hechas estas predicciones y advertencias, y entonces, cuando mi madre se acercó, la dejé beber de la sangre, después de lo cual, llorando, me preguntó cómo había llegado a ese lugar de sombras y de lamentos, si venía de Troya y si había ido ya a Itaca. Le dije lo que debía decirle y a mi vez le pregunté por qué había muerto y qué noticias podía darme de mi mujer y de mi

hijo, si creían que alguna vez yo regresaría al hogar o si mi mujer había casado ya con algún noble. A mis preguntas repuso:

—Pasa llorando y continúa siéndote fiel. Tus bienes aún son respetados. Tu padre sigue viviendo en el campo y ha renunciado a la cama, a los cojines y a las mantas, y hasta en el invierno duerme en el suelo, vestido miserablemente.

—Al oír a mi madre sentí el deseo de abrazar su espíritu y tres veces intenté hacerlo, con el resultado de que otras tantas veces se me deslizó de entre los brazos. Le pregunté por qué huía. ¿Acaso Perséfone sólo me había enviado un fantasma?

—¡Ay, hijo mío querido —me respondió—, el más desventurado de los seres humanos! A nosotros nos falta ya la trama de la vida que une todo, los huesos, los nervios y la carne, y tú, que todavía puedes tener lo que tienes, guarda en tu memoria todo esto para contárselo a tu mujer y a tus hijos cuando vuelvas a la luz.

—Llegaron en seguida las almas de las esposas e hijos de los príncipes y todas quisieron beber de la sangre; contenidas por mi espada, fueron contestando a las preguntas. Vi entre ellas a Tiro, de alto linaje, que se enamoró del divino río Enipeo, el más hermoso de cuantos corren por la tierra, y pasaba metida en sus aguas. El dios que hace temblar la tierra, enamorado a su vez de Tiro, tomó la figura de Enipeo y se acostó junto con ella en la desembocadura del río, elevándose sus aguas hasta formar

una bóveda que ocultó a los amantes, la mortal y el dios, que sacó a la virgen su ceñidor, le infundió un dulce sueño y cuando hubo tranquilizado su amor le dijo:

—Alégrate de esta unión: en el transcurso del año tendrás dos preciosos niños que deberás cuidar y alimentar con el fluido de tus senos. Yo soy Poseidón, el que hace temblar la tierra.

—El dios se precipitó en el mar y llegado el tiempo Tiro tuvo a Pelias y Neleo.

—Después de Tiro, surgió Antíope, que durmió en los brazos de Zeus y tuvo dos hijos, que fueron los que más tarde fundaron Tebas, ciudad con siete puertas y rodeada de una fortaleza. Hablé en seguida con la madre de Edipo, mujer que, por ignorancia, casó con su hijo, luego que éste mató a su padre. Vino Leda, que también tuvo dos hijos de Zeus: Cástor, domador de caballos, y Pólux, el pugilista, semidioses, que viven ahora bajo tierra, gracias a que Zeus les permite estar vivos o muertos dos días sí y uno no. Pude ver asimismo numerosas hijas y esposas de héroes.

—Pero, ilustres amigos, es hora de dormir y volverme con los compañeros a la nave o de quedarme aquí.

Todos quedaron sumamente encantados con el relato de Ulises, y Areté fue la primera en hablar para alabarle y decir que nadie debería tener prisa en que se fuera, como nadie tampoco debería negar

los obsequios que tanto necesitaba y que abundaban en los palacios.

—La palabra de la reina será cumplida —declaró Alcínoo—. Pido a Ulises que retrase la marcha hasta mañana; añadiré otras cosas al regalo que pensaba hacerle.

—Si me pidieras, prudente Alcínoo —contestó Ulises—, que siguiera aquí todo un año, lo haría, confiado en que me llevarías a casa después de darme los regalos que me has ofrecido y que me permitirían entrar a mi país con las manos más llenas de lo que las tengo ahora.

—Sólo con verte, Ulises —declaró Alcínoo—, nos dimos cuenta de que no eras un impostor. En ti se advierten la verdad de lo que dices y el arte de un aedo cuando relatas las pruebas que has sufrido. Continúa y dinos si viste en el dominio de los muertos a los compañeros que te siguieron a Troya y a los que perdiste en el camino de vuelta.

—Hay tiempo de hablar, poderoso Alcínoo —respondió Ulises—, y si deseas oírme más te contaré las penalidades de mis compañeros, de aquellos que se libraron de la guerra y murieron al regresar.

”Cuando Perséfone dispersó las sombras femeninas, apareció la del Atrida Agamenón, rodeado de las almas de los que murieron con él. Me reconoció tan pronto bebió de la sangre y tendió los brazos hacia mí, aunque ya no tenía la fuerza de otros días. No pude menos de llorar al verle y decirle:

”—¿Cuál fue, glorioso Agamenón, la causa de tu

muerte? ¿Acaso te hizo perecer Poseidón o sucumbiste ante los hombres a quienes robaste sus bueyes y ovejas?

”—No me sucedió lo que supones, ingenioso Ulises —me contestó—: me dio muerte Egisto por medio de un plan que hizo con la complicidad de mi mujer. Me invitó a un festín y me mató como a un buey, muerte que también alcanzó a todos mis compañeros. La sangre corrió por la sala. Cerca de donde caí oí la voz lastimera de Casandra, hija de Príamo, que Clitemnestra había herido de muerte después que a mí, pues trataba de ampararse detrás de mi cuerpo. Quise alzar los brazos para defenderla, pero desfallecí, herido, atravesado por una espada. La perra de mi mujer se alejó sin darse siquiera el trabajo de cerrarme los ojos y los labios. No seas jamás blando con tu mujer —agregó— ni le confíes proyecto alguno tuyo, aunque tú no morirás a manos de tu esposa: es demasiado sensata Penélope, hija de Icarios. Te aconsejo que llegues a tu casa secretamente, sin que nadie lo sepa. Pero antes de separarnos dime si sabes algo de mi hijo Orestes, si vive o ha muerto.

”No pude contestar su pregunta y permanecimos frente a frente, llorando. Aparecieron pronto los espíritus de Aquiles, de Patroclo, de Antíloco y de Ajax, el primero de los dánaos por su gallardía, después, por cierto, de Aquiles, cuya alma, sollozando, me dijo:

”—¿Cómo se te ha ocurrido bajar al dominio de Hades, habitado por muertos?

—He venido, hijo de Peleo, el más valeroso de los aqueos —le repliqué—, a consultar a Tiresias; aún no he podido llegar a mi país. Pero quiero decirte, Aquiles, que ningún hombre ha sido más feliz que tú: cuando vivías te honrábamos como a un dios y ahora reinas sobre los muertos.

—No me consueles, ilustre Ulises —repuso casi con violencia—, de haber muerto. Preferiría ser un siervo a mandar entre los que no viven. Pero háblame de mi hijo y dime si llegó a ir a la guerra o desistió de participar en la contienda. Háblame también del intachable Peleo.

—Nada puedo decirte del irreprochable Peleo —le contesté—, pero te diré lo que sé de tu hijo. Fue conmigo al combate y no se quedaba atrás. Cuando salimos del falso caballo en la gran plaza troyana, los jefes se limpiaban las lágrimas y les temblaban las rodillas, pero a él jamás lo vi ni siquiera palidecer. Después de saquear la acrópolis de Príamo se embarcó sin herida alguna y con un buen botín.

—El espíritu de Aquiles se fue feliz de saber que su hijo se distinguía entre los guerreros. Las demás almas se veían afligidas y sólo la de Ajax, el hijo de Telamón, permanecía apartada; todavía sentía hacia mí el rencor de haberle yo ganado en el juicio que se celebró para adjudicar las armas de Aquiles. Le dirigí algunas palabras conciliadoras, pero se apartó del lugar y fue a reunirse con los otros espíritus. Vi a Tántalo y a Sísifo, el primero de pie en una laguna de agua clarísima que no podía beber, ya

que, apenas se inclinaba, el agua desaparecía, y el segundo empujando siempre hacia arriba un peñasco que en el último momento, cuando ya parecía que lo haría llegar a la cumbre, caía de nuevo.

—No me detuve más y regresé a la nave, donde ordené que se soltasen las amarras. La corriente nos llevó sobre el río Océano, favorecidos por una buena brisa.

Canto duodécimo

AVENTURAS CON LAS SIRENAS. ESCILA Y CARIBDIS. LOS GANADOS DE HELIOS

—Después de abandonar el río y navegar sobre las olas del mar, la nave llegó a la isla de Eea, residencia de la Aurora y del dios Helios, isla donde decidimos encallar el bajel y desembarcar y dormir hasta el alba. Al día siguiente, tan pronto amaneció, envié a mis compañeros a la mansión de Circe para que recogieran el cuerpo de Elpenor, que quemamos en una pira junto con sus armas y en el sitio más alto. Consumido todo, alzamos un túmulo con una inscripción y plantamos un remo de la nave. Al saber la diosa nuestro regreso, acudió con numerosas sirvientas que traían pan, viandas y vino color de

llama. Nos habló, tratándonos de desdichados que habíamos estado en el dominio de Hades y por eso íbamos a morir dos veces.

—Comed y bebed todo el día —agregó—, pues tan pronto asome la Aurora volveréis a navegar. Yo daré las instrucciones esta vez para que no padezcáis más.

Nos dispusimos a obedecerle, y cuando los compañeros se fueron, Circe, tendiéndose a mi lado, me pidió que le contara todo lo ocurrido. Lo hice y después de oírme me dio estas recomendaciones:

—Escucha, Ulises, lo que voy a decirte y que no se te olvide: primero llegarás al país de las sirenas. Viven en unas praderas cubiertas de cuerpos humanos en descomposición y, por supuesto, no deberás detenerte. Puedes escucharlas, aunque sólo después de que te hayan atado al mástil y con lazos muy fuertes. Y si, cuando las oigas, suplicas a tus compañeros que te suelten, deberán apretar más tus lazos. No te diré cuál ruta debes seguir una vez que pases ese mar, pero sí te diré que hay dos enormes rocas a plomo; una de ellas no puede ser rozada ni por aves, pues caen muertas; al pie y cerca de la otra las olas y remolinos se llevan naves y marinos como si fueran plumas. Sólo un navío de alto bordo pudo pasar por allí, el *Argos*, cantado por los aedos cuando volvió del país de Aletes, y habría sido destrozado si Hera no lo hubiese hecho pasar, movida por el cariño que tenía a Jásón. En la mitad de una de las rocas se abre una caverna y hacia ese lado debes di-

rigir el navío: allí vive Escila, que aúlla noche y día con la voz de una perra recién nacida; tiene doce patas y seis cuellos larguísimos con otras tantas horribles cabezas de amenazadores dientes. Una parte del cuerpo está oculta en la cueva, pero las cabezas las saca fuera, apoderándose de los delfines y perros de mar que se atreven a pasar por ahí. No hay marino que pueda haber cruzado ese lugar sin perecer. Muy cerca hay otro escollo, menos elevado, y en lo alto de él crece una higuera silvestre; al pie, sin embargo, vive la famosa Caribdis, que traga las aguas del mar tres veces por día y otras tres veces las devuelve con un tremendo ruido. Ahí debes maniobrar para que tu nave pase rápidamente.

Una vez que Circe terminó de hablar le pregunté si, después de librarme de la maldita Caribdis, no podría yo atacar a Escila cuando se echara sobre mis hombres, a lo que me respondió:

—Insensato, no piensas más que en luchas y batallas y creo que no echarías pie atrás ni siquiera ante el mismo Zeus. Escila no es una criatura mortal, sino un azote inmortal, un monstruo al cual no se puede combatir y del que tampoco se puede huir. Si te encuentras en apuro llama a Crateis, madre de Escila; es la única que puede ayudar a alguien. Pasados esos peligros, llegará tu nave a la isla Trinacria, lugar en donde verás pastando rebaños de animales que pertenecen al dios Helios: vacas, ovejas, siete manadas de cada una y cada manada con cincuenta animales que no se reproducen ni mueren y

que son pastoreados por dioses y ninfas. Si tú o tus marineros no tocáis los animales, pasarás tranquilamente, pero si les hacéis algo, cualquier cosa, tú y tu nave terminarán en el fondo del mar, y si logras librarte de la muerte, llegarás a tu país muy tarde y en estado miserable.

”Cuando Circe terminó de hablar amaneció y entonces me dirigí a la nave y di órdenes de que zarpáramos. Navegamos a remo al principio y después con una brisa que hinchó nuestro velamen. Comunicué a mis compañeros los peligros a que estaríamos expuestos y pronto llegó la nave a la isla de las sirenas y terminó la brisa y tuvimos que echar mano a los remos. Entonces tomé trozos de cera que ablandé un poco al sol y fui tapando los oídos de mis compañeros, a quienes pedí que me ataran al mástil, rogándoles que si les pedía que me desataran, me ataran más fuerte. Nos acercamos, y las sirenas, al ver llegar la nave, dejaron oír su dulce y armonioso cantar:

”—Ven, Ulises, gloria de los aqueos, deja de remar y que tú y tus compañeros se acerquen a escuchar nuestros cantos. Con ellos te enseñaremos muchas cosas. Sabemos lo que han sufrido los griegos y los troyanos.

”Era un hermoso canto e hice una señal para que mis marineros me soltaran, con lo cual me ataron más firme, ya que ellos no oían. Pasamos pronto, ya que remaban fuerte, y entonces me desataron y saqué de sus oídos la cera que les había puesto. Vino

en seguida sobre la nave una gran cantidad de espuma y ruido de oleaje, tan fuerte que los hombres casi no podían remar, y cuando menos lo pensamos el navío se detuvo: los remos no servían para nada. Les di nuevos remos y los animé, recordándoles cómo habíamos pasado por otros peligros peores.

”—Remad vigorosamente —les dije— y probaremos que Zeus está con nosotros. Tú, piloto, guía para afuera de esta espuma y este oleaje.

”No quise, sin embargo, hablarles aún de lo que nos esperaba en las rocas de Escila y Caribdis, pues habrían dejado de remar. Pero en ese instante cometí una estupidez, olvidando los consejos de Circe: me puse mi armadura y tomé mi espada y mi jabalina, colocándome en la proa de la nave, desde donde podía descubrir primero la aparición de las dos rocas, especialmente la de Escila, que me parecía más peligrosa. Dejé de mirar hacia allá y miré para el lado en que estaría Caribdis, y resultó que llegamos y, mientras yo miraba hacia esta última roca, Escila me arrebató seis hombres, los mejores bogadores. Tan rápidamente ocurrió esto, que sólo pude ver a los hombres pataleando en el aire y gritando, mientras el monstruo los devoraba ante nuestra vista.

”Pasamos con sólo la pérdida de esos hombres y poco después llegamos ante Trinacria, donde pudimos ver pastar las hermosas vacas y ovejas del dios, cuyos balidos y mugidos se oían desde el mar. Recordé lo que me habían aconsejado Circe y Tiresias y previne a mis compañeros que se abstuvieran, por

mucha hambre que sintieran, de tocar a esos animales en caso que desembarcáramos, lo que no permitiría hacer, sin embargo. Euríloco, siempre impulsivo, me reconvino:

—No comprendo por qué, Ulises, duro de corazón, quieres impedir a la tripulación que baje, mate uno o dos de esos animales y pueda recuperar sus fuerzas. Viene la noche y ¿qué haremos, agotados de cansancio, si viene un temporal contra nuestra nave? Acerquémonos a la costa, comamos algo ahí y al alba embarcaremos nuevamente.

Los marineros apoyaron a Euríloco y contesté que aceptaba desembarcar, pero que debían jurarme que no tocarían los rebaños de Helios, debiendo contentarse con los alimentos que nos había dado Circe. Algo terrible vendría contra nosotros si tocábamos esos animales.

Me prometieron no acercarse a ellos y di orden de atracar a un puerto que ofrecía un buen anclaje y agua dulce. Allí cenamos y bebimos y recordamos a nuestros compañeros desaparecidos. Cerca del amanecer se formó una tormenta y llevamos la nave hacia una gruta en donde solían danzar las ninfas. Allí volví a rogar a mis compañeros que no tocaran los animales: de otro modo correríamos grave peligro. Me dijeron que no los tocarían, pero fueron pasando los días y se acabaron las provisiones y entonces recurrieron a la pesca y a la caza de aves; esto no bastó y decidí internarme en la isla y suplicar a los dioses para que alguno de ellos me iluminase respec-

to de lo que debía hacer. Entretanto, después de internarme yo tierra adentro, Euríloco habló a los hombres y les dijo:

—Oídme, amigos: todas las muertes son odiosas, pero la muerte por hambre es la peor. Apartemos algunos de los mejores animales de Helios y hagamos un sacrificio a los dioses. Cuando lleguemos a Itaca levantaremos a este dios un santuario, y si sucede que quiere castigarnos por matar sus animales, por lo menos habremos comido.

Los consejos de Euríloco fueron seguidos por los hombres, que apartaron algunos de los animales, los degollaron y los descuartizaron, haciendo en seguida una buena hoguera; en ella pusieron a asar las vísceras y, como no tenían vino para echar sobre las ofrendas a los dioses, echaron agua. Después de comerse las entrañas pusieron las piernas en asadores sobre el fuego. Yo, que me había quedado dormido después de mi súplica, desperté y volví a la nave, sintiendo desde lejos el olor de la carne que se asaba. Suspirando, me dirigí a los dioses, acusándolos de haberme mandado el sueño en los momentos en que los hombres hacían aquella tremenda estupidez.

Lampetia, la mensajera del velo suelto, había ido corriendo a ver a Helios Hiperión, contándole lo que mis hombres habían hecho. Se quejó el dios ante Zeus, pidiendo que yo y mis compañeros fuésemos castigados, amenazando con que si no le hacían justicia se iría a vivir al reino de los muertos, en donde alumbraría las eternas sombras. Pero Zeus le dijo:

—Por favor, continúa desparramando tu luz sobre los inmortales. Yo me encargaré de que aquellos hombres lleven lo que merecen.

”Palabras que después me fueron contadas por Calipso, a quien se lo contó el mensajero Hermes. Al llegar a la nave busqué a los hombres y los reprendí severamente, pero ya lo hecho no tenía remedio y entonces ocurrieron cosas maravillosas: las pieles de los animales muertos adquirieron vida, pues se movían erizando o bajando la pelambre, y la carne empezó a mugir en los asadores en que estaba colocada. Todo esto no impidió que mis compañeros se la comiesen a bocados enormes, entregándose a banquetes que duraron seis días, pues los animales eran realmente gordos y grandes. Al séptimo día, como dejara de soplar el huracán, nos hicimos mar adentro, izando las velas.

”Apenas dejábamos la tierra y cuando ya no veíamos la isla, una nube sombría enviada por Zeus se colocó justamente encima del navío, a la vez que el mar se tornaba negrísimo. La nave se detuvo e inmediatamente llegó el Céfito con unos torbellinos que rompieron el aparejo y derribaron el mástil, matando al piloto. Zeus lanzó sus truenos y relámpagos, además de un rayo que cayó sobre la nave, llenándola de olor a azufre y despidiendo a los hombres hacia el mar. Los hombres desaparecieron entre las oscuras aguas. Continué en la cubierta, yendo de un lado a otro, y de pronto una enorme ola se vino encima e hizo pedazos la quilla. Había atado una

correa a un palo y cuando éste cayó al mar me senté encima y me dejé llevar a la deriva. No sé cuánto duró esto, pero al Céfito sucedió el Noto y éste me llevó hacia las rocas de Escila y Caribdis en los momentos en que ésta tragaba el agua, cosa que me obligó a dejar el palo y tomarme de la higuera silvestre, donde quedé colgando como un murciélago, sin tener dónde afirmar los pies. Resistí hasta que el monstruo vomitó el agua que había tragado y con ella el mástil, al que logré tomarme de nuevo y remar con las manos. Debo agradecer al padre de los dioses que Escila no me viese; de otro modo, no estaría contando el cuento.

”Durante nueve días y nueve noches fui arrastrado por las olas para acá y para allá, hasta que al décimo día los inmortales consintieron en que pudiera llegar hasta la isla Oigia, en donde fui recibido por Calipso, la diosa de los hermosos bucles, que ya antes me había llenado de atenciones, aunque no quería que me fuese. No contaré lo demás, pues ya lo saben.

ULISES DEJA LA ISLA DE LOS FEACIOS
Y LLEGA A ITACA

Al terminar Ulises su relación, los oyentes quedaron silenciosos y asombrados de lo que habían oído; por fin, Alcínoo rompió el silencio:

—Has llegado a mi casa, Ulises, y no quiero que vuelvas a una vida aventurera. Y vosotros, los que me habéis acompañado siempre en los vinos de honor, debéis saber lo que deseo de cada uno, mientras el aedo canta. El cofre guarda ya los regalos que hicimos al huésped; pues bien, agregad un trípode y un caldero cada uno, regalos que haremos pagar al pueblo, ya que no es bueno cargar demasiado a los donantes.

Palabras que merecieron la aprobación general, retirándose todos a sus hogares. Tan pronto salió la Aurora, se dirigieron a la nave, en la cual Alcínoo hizo colocar los nuevos obsequios; los pusieron bajo las bancadas, de modo que no molestaran a los remadores. Y hecho esto regresaron a palacio, donde se iba a celebrar un banquete para el que ya se había sacrificado un buey en honor de Zeus; el aedo Demodoco amenizaría todo con sus cantos. Mientras comían, Ulises sólo esperaba que bajara el sol, en el horizonte, indicando el instante de su partida. Llegado el momento, dijo a Alcínoo que rogara a todos hicieran una libación y lo despidieran, a lo que co-

rrespondería con sus adioses, agradeciendo lo que le habían facilitado: los medios de regresar y las dádivas, que los inmortales harían propicias. Después de esto puso en manos de Areté una crátera de doble asa, diciéndole que le deseaba gran dicha hasta la hora de la ancianidad y de la muerte.

—Ha llegado el momento de irme —agregó—. Sea siempre la alegría tu compañera.

Traspuso el umbral en compañía de un heraldo que lo guiaría hasta la nave. Areté envió varias sirvientas que portaban ropa, un cofre y provisiones, todo lo cual fue puesto en la cala de la embarcación. Tendieron en la popa, para Ulises, un pequeño colchón a fin de que pudiera dormir tranquilo. Se acostó ahí el héroe mientras la tripulación soltaba las amarras y empezaba a bogar. Un sueño agradable y liviano vino a Ulises mientras la nave avanzaba sobre el mar con un movimiento igual y seguro y tan rápida que sólo un ave muy ligera podría seguirla.

Al surgir el lucero que señala la proximidad de la Aurora, se acercaban ya a la isla de Itaca y a un antiguo y abrigado puerto donde las embarcaciones pueden atracar y anclar sin necesidad de cables ni amarras. A la entrada crece un olivo y cerca hay una gruta en donde suelen danzar las ninfas y brotan manantiales de purísima agua; tiene dos entradas: una da pasada al Bóreas, que es por donde transitan los mortales; la otra da al Noto y por ahí sólo pasan los inmortales.

Detenida la nave en la orilla, la tripulación desem-

barcó y con gran cuidado tomaron la colchoneta en que había dormido y seguía durmiendo Ulises y la depositaron en la playa, lejos del agua, poniendo los regalos junto al olivo y de modo que si alguien pasaba no pudiera verlos ni tocarlos. Hecho todo esto volvieron a embarcarse y la nave partió.

Pero Poseidón no había olvidado las amenazas lanzadas un día y dijo a Zeus:

—No me sentiría digno de vivir con los inmortales si los mortales no me respetaran como deben. Acepté el regreso de Ulises, pero los feacios lo han transportado en un excelente navío y lo han depositado dormido en la playa, favoreciéndolo además con numerosos regalos, muchos más de los que Ulises podría haber traído de Troya.

—¿Cómo, si te respetan los inmortales, toleraremos que no te respeten los que no lo son? —contestó Zeus—. Puedes vengarte con tus propias manos de quienes osen ofenderte.

—Ya lo hubiera hecho —aclaró Poseidón—, pero siempre tengo en cuenta tu cólera. Deseo que naufrague la barca que acaba de traer a Ulises, de modo que los feacios se dejen de repatriar gente, y a fin de impedirlo en el porvenir, deseo que su ciudad quede oculta por una montaña.

—Prefiero, dios de la cabellera sombría —insinuó Zeus—, otra solución: que la nave se transforme en una roca que tenga su forma, de modo que el mundo admire ese prodigio. Respecto de la montaña, me parece bien.

Poseidón fue hacia el país feacio y realizó el castigo, lo que provocó la amargura de sus habitantes; pero Alcínoo lo explicó todo:

—¡Se han cumplido las predicciones de mi padre! Anunció que Poseidón se enojaría con nosotros por nuestra manía de repatriar gente: un navío feacio naufragaría al volver de uno de esos viajes y la ciudad principal quedaría oculta por una montaña. Sacrifiquemos a Poseidón doce toros negros para que se apacigue y no realice la amenaza de ocultarnos detrás de una montaña.

Mientras tanto Ulises despertó en la playa de su tierra paterna, sin poder, después de tan larga ausencia, reconocerla. Atenea, por otra parte, lo había rodeado de una bruma para evitar que alguien lo descubriese y para aconsejarle, cuando despertara, todo lo necesario. Porque, ignorando su mujer, su pueblo y sus amigos que había llegado, podría vengarse mejor de los pretendientes. Se levantó el héroe, examinó el sitio en que estaba, dio un suspiro y reflexionó:

“¿Dónde habré venido a parar? ¿A algún país de gente violenta o a uno de gente bondadosa? ¿Por qué no me quedé con los feacios? ¿Qué haré con todos estos regalos? Si los abandono se apoderarán de ellos. Los feacios habían prometido traerme a Itaca y no han cumplido su palabra.”

Contó los regalos, los trípodes, los mantos, los calderos, los talentos, y encontró que nada faltaba. Pero ¿de qué le servía eso si no estaba en su tierra?

“¡Pobre de mí!”, sollozó. En ese momento apareció la diosa de los ojos resplandecientes: parecía un pastorcito, vestido con una capa, calzado con sandalias y llevando un bastón de pastor. Ulises, al verlo, se alegró mucho y lo saludó diciéndole que era el primer ser que veía allí y que ojalá no viniera con malas intenciones.

—¿Qué tierra y qué pueblo son éstos? ¿Es una isla o un continente? —preguntó.

—Debes estar loco o venir de un país extraño y lejano, pues este pueblo y esta tierra son muy conocidos —repuso Atenea—. Te diré: es una tierra con mucha pendiente y montañas; no es muy grande, pero tampoco es pobre: produce trigo bastante y buen vino. Llueve lo necesario y hay animales y árboles de toda clase; hay pozos y manantiales y nadie ignora la ciudad de Itaca, en el corazón de la región troyana.

Ulises se alegró mucho al oír la descripción hecha, pero disimuló:

—Sí, he oído hablar de Itaca. Mira: vengo solo y traigo riquezas y dejé otras muchas en el país de donde me desterré por haber matado a Idomeneo, que quiso arrebatarme el botín ganado en Troya. Su padre me odiaba porque no quise hacerme cargo de las tropas. Entonces maté al hijo en un rincón solitario, atacándole con un compañero: le di un golpe con mi jabalina. Como nadie nos vio, pudimos huir y buscar refugio en una nave del país de los feacios; nos dirigíamos a Pilos, pero el viento nos llevó fuera

de la ruta y finalmente arribamos aquí. Venía cansado y dormido y la tripulación me desembarcó así, dejándome al lado todas las riquezas que puedes ver.

Después de oírlo, la diosa sonrió, se transformó en una mujer hermosa y le dijo:

—Eres un mentiroso y un bribón y podrías engañar a cualquiera; pero dejémonos de historias y hablemos claro, ya que los dos sabemos mucho. Tú eres agudo entre los hombres, y yo, entre los inmortales, tengo fama de serlo también, quizá un poco más. Casi me da pena que no reconozcas en mí a Palas Atenea, que te ha ayudado tanto y a quien debes la acogida que te hicieron los feacios. He venido para buscar la manera de esconder lo que traes y enterarte de lo que te espera en tu casa, adonde debes llegar sin que nadie se imponga. Tendrás que sufrir en silencio y aguantar lo que pueda sucederte.

—Es difícil reconocerte, diosa, pues siempre andas cambiando de figura —contestó Ulises—. Sé que me quieres bien y me ayudas, aunque no te he visto a bordo de mi nave y sólo llegaste al país feacio para que me acogieran y ayudaran como lo hicieron. Te diré, sin embargo, que creo que también me estás mintiendo: no es esto Itaca ni mucho menos. Por favor, dime si es cierto que estoy en la tierra de mis padres.

—Eres el mismo ingenioso y burlón y prudente Ulises —declaró la diosa—, y mereces que te ayude siempre. Otro pensaría nada más que en ver a su mujer y a su hijo, pero tú quieres convencerte de

que ella te es fiel. Debo decirte que lo es y lo ha sido y que pasa las noches recordándote y esperándote. Yo sabía que ibas a regresar, pero no me animaba a enfrentarme con Poseidón, hermano de mi padre, y a cuyo hijo Polifemo dejaste ciego. Por eso te odia. Y ahora voy a mostrarte Itaca. Así te vencerás.

Disipó la bruma que rodeaba a Ulises y éste pudo ver su tierra. ¡Qué alegría poder verla! Se inclinó, besó el suelo y tendió las manos hacia las ninfas, diciéndoles que les haría tantas ofrendas o más que antes. Pero Atenea le interrumpió, diciéndole que abandonara esas preocupaciones.

—Vamos a guardar las riquezas en la gruta divina —determinó— y después hablaremos sobre lo que harás.

Mientras hablaba recorría la cueva buscando los mejores escondrijos y Ulises empezó a trasladar el oro, los vestidos, las joyas, todo lo cual Atenea ocultó como mejor pudo, cerrando todo con una gran piedra. Después de lo cual se sentaron al pie del olivo. Allí la diosa dijo a su preferido:

—Voy a hacer que nadie pueda reconocerte; te envejeceré y te vestiré con ropas sucias y viejas, de modo que resultes casi asqueroso a los pretendientes de tu mujer, a ella y a tu hijo. Te irás y buscarás al hombre que cuida los cerdos, ahí, al lado de la fuente Aretusa. Pregúntale todo lo que deseas saber y mientras tú conversas con él yo voy a ir

a Esparta a buscar a tu hijo. Está en Lacedemonia, preguntando por ti.

—¿Por qué no le dijiste nada, si lo sabías todo? —inquirió Ulises a la diosa—. ¿O quieres que también sufra, vagabundo, en tierras extrañas?

—No corre peligro y no debes preocuparte. Está en un palacio, el del hijo de Atreo. Es cierto que un grupo de pretendientes lo espera en algún lugar con la intención de matarlo, pero no lograrán su objeto y algunos de ellos morirán.

Movió su varita y tocó a Ulises, que inmediatamente se cambió en un viejo haraposo. Le colgó una piel de animal, le dio un cayado y le dejó una lata de pordiosero y una bolsa agujereada. En seguida levantó vuelo hacia Lacedemonia: iba a buscar al hijo del héroe.

Canto decimocuarto

DIALOGO DE ULISES Y EUMEO. ULISES CUENTA AVENTURAS

Ulises se encaminó hacia el lugar que Atenea le indicó, el lugar en que encontraría al porquerizo que era el mejor de los trabajadores de sus tierras. Cuando llegó allí, Eumeo se veía sentado a la en-

trada, delante de un patio que él mismo había arreglado, sin consultar a nadie, con piedras y arbustos espinosos. Allí podían verse doce pocilgas destinadas a las marranas, con cincuenta de ellas cada una, junto con sus crías. Los machos habían ido desapareciendo gracias a las comilonas de los pretendientes, pero quedaban más de trescientos cincuenta cerdos, guardados todos por perros muy bravos. Eumeo se hacía en esos instantes unas sandalias, utilizando para ello trozos de cuero de buey. Los pastores se habían ido para la ciudad llevando un verraco a los pretendientes.

Los canes aullaron al advertir la presencia de un extraño, pero, sin cuidarse de ellos, Ulises entró, se sentó en el suelo y dejó a un lado su cayado de vagabundo. Eumeo acudió en seguida, espantó a los animales y habló al recién llegado, diciendo que había faltado poco para que los perros lo hicieran pedazos, lo que habría sido lamentable: no quería más desgracias, pues tenía bastante con sufrir la ausencia de su patrón.

—Yo engordo aquí los cerdos —le dijo— y unos sinvergüenzas se los comen mientras él anda errante quién sabe por qué tierras. Pero ven, siéntate aquí y comerás y beberás y me contarás quién eres, de dónde vienes y a dónde vas.

Le arregló un asiento mejor, poniendo debajo un cuero de chivo, sobre el cual también se sentó él. Ulises le agradeció sus palabras y pidió a los dio-

ses favorecieran a quien se mostraba tan hospitalario. Eumeo aclaró:

—Bueno, extranjero, uno tiene la obligación de ser amable con los visitantes, aunque a veces sean tan viejos y rotosos como tú. Los mendigos y los forasteros son enviados por los dioses y agradecen lo que uno les da, por poco que sea. No te daré demasiado, pues mi situación no es buena: mi amo no está aquí y si él estuviera estaría yo mucho mejor. Pero se fue a pelear a Troya y vengar una ofensa que se le había hecho a Agamenón, el Atrida.

Dicho esto se dirigió hacia los establos, tomó dos lechones y los degolló en seguida, chamuscándoles la piel y poniendo trozos de carne, en asadores, sobre el fuego. Estando todo listo, sirvió a Ulises unos buenos trozos, llenó un cuenco con vino y lo ofreció diciendo:

—Come ahora y hazlo como nosotros, los servidores, ya que los pretendientes se comen los cerdos mejores. Creen que mi amo ha muerto y se dedican a consumir su hacienda y a beberse su vino. Todos los días degüellan una o dos reses.

Ulises escuchó en silencio, y como Eumeo le ofreciera otro poco de vino, lo aceptó, preguntándole:

—¿Dices que tu amo fue a la guerra de Troya como servidor de Agamenón? ¡Cuéntame! Es posible que yo haya conocido a ese hombre.

—No podrías convencer a su esposa y a su hijo de que lo has visto —advirtió Eumeo—. Llegan por aquí muchos vagabundos que para ganarse un man-

to o una comida cuentan mentiras que no consiguen más que hacer llorar a mi ama, lo que es natural, y también tú puedes venir con una mentira de éstas, pero no pierdas el tiempo: hará quién sabe cuánto tiempo que sus huesos, limpios por los dientes de los perros o por los picos de las aves carniceras, están blanqueando en una playa. Todos lamentamos su desaparición, yo más que nadie, pues más que amo era un amigo, el mejor que he tenido, el mejor que tendré.

—No sé por qué no puedes creer que volverá —arguyó Ulises—. Te aseguro que sí volverá y estoy seguro de que recibiré una buena recompensa por anunciar esto. Recibiré vestidos y comida, pero no ahora, no quiero recibir nada hasta que se vea que he dicho la verdad. Odio a los que mienten y te aseguro que no pasará mucho tiempo sin que Ulises regrese a su casa y haga pagar caro a los pretendientes sus ofensas y abusos.

—Cállate, viejo —exclamó Eumeo—. Ulises no volverá. Bebe y no me lo recuerdes, pues me recuerdas también a su hijo Telémaco, que se fue a Pilos en busca de su padre en tanto los pretendientes lo esperan por ahí, escondidos, para matarlo. Es posible que ya lo hayan hecho. No hables de lo que no sabes y dime quién eres, cuáles son tu ciudad y tus padres, en qué nave llegaste o cómo te han traído hasta aquí, pues de seguro no has llegado caminando.

—Te lo contaré todo —dijo el ingenioso Ulises—, pero te advierto que necesitaría varios años para

contarte mis angustias, mis viajes, mis sufrimientos. Soy de Creta, hijo de un hombre rico y de su concubina. Tenía más hijos, nacidos de sus esposas, pero me trató siempre como a los demás. Cuando murió rifaron sus bienes y yo gané una casa y algo más, no mucho. Me casé con una mujer que tenía alguna fortuna, pues yo, aunque no he rehuido la guerra ni el trabajo, nunca he sido bueno para los trabajos campestres; al contrario, me gustaban los barcos, las batallas, las buenas armas. Cada uno tiene sus gustos. Mucho antes de que los aqueos se aproximaran a Troya había hecho varias excursiones a otros países, trayendo de ellos un gran botín, con lo que pronto reuní riquezas y logré se me respetara y estimara. Vino después la guerra de Troya, y allí, después de varios años de lucha, terminamos por destruir la ciudad y pudimos volver a la patria; pero un dios estaba enojado con nosotros y no se le ocurrió nada mejor que dispersar la flota, lo que me impidió gozar por mucho tiempo de la compañía de mi mujer y familia, pues fui a dar a Egipto con otros compañeros.

”Al llegar al río de ese nombre ordené a los compañeros que no se movieran de allí y vigilaran las naves; por otro lado, mandé a otros que exploraran la región, pero me desobedecieron, no ocurriéndoseles nada mejor que saquear las casas que encontraron, robarse a las mujeres y a los niños y matar a los hombres. El resultado fue que los habitantes llamaron a las armas y pronto se reunió gran cantidad de

guerreros que cargaron sobre todos. Mis compañeros huyeron y yo no pude hacer otra cosa que ir a ver al rey y echarme a sus pies, pidiendo su protección y haciéndole ver que no tenía culpa de lo ocurrido. Me protegió, me sentó a su lado en el carro y luego me llevó a palacio, donde permanecí siete años y junté muchas riquezas, pues no pasaba día en que no me hicieran algún regalo. Al octavo año apareció un fenicio que por medio de mentiras me hizo embarcar rumbo a Libia, donde lo único que quería era venderme, robar mis riquezas y huir, pero Zeus envió una tempestad que terminó con el barco y la tripulación, salvándome yo tomado de un mástil. Nueve días estuve flotando a la deriva, hasta que al décimo día una enorme ola me echó sobre la costa de los tesprotos, donde también me recibió el rey.

"Fue allí donde tuve la oportunidad de oír hablar de Ulises. Me dijeron que se había ido a Dodona a averiguar con un adivino si volvería al país de Itaca y si le convenía llegar en secreto o a descubierto. Iba a volver allí, pero el rey, antes de eso, me hizo embarcar en un navío que iba a Duliquio, país en donde el rey me acogería, pero, para mi mala suerte, estando en alta mar la tripulación se sublevó y me robaron todo, dándome para cubrirme estos harapos que ves. Ese mismo día llegamos en la tarde a la vista de Itaca y ahí me dejaron atado en la nave y desembarcaron, pero los dioses me ayudaron y pude desatarme y nadar hasta la orilla. Me vieron y me

persiguieron, pero pude ocultarme y, siempre favorecido por los dioses, llegar a tu cabaña, hombre acogedor y hospitalario. Mi destino es seguir viviendo.

—Me ha emocionado el relato de tus aventuras —dijo Eumeo como comentario—, pero, por favor, no insistas en contarme que Ulises está vivo y aquí o allá. No me interesan las mentiras de los viajeros, pues ya una vez fui engañado por uno. Te he acogido porque Zeus ordena la hospitalidad, pero guárdate esas historias sobre Ulises.

—Eres un hombre muy desconfiado —replicó éste— y ni siquiera los juramentos podrían convencerte de nada. Te hago una apuesta: si tu señor regresa tú deberás darme un manto y una túnica y me llevarás a Duliquio, adonde tengo muchas ganas de ir; si no regresa Ulises, puedes decir a los mozos de este establo que me saquen de aquí a palos. Todo esto en breve tiempo.

—¡Qué buena apuesta me haces, forastero! —exclamó Eumeo—. ¿Cómo se te ocurre que después de acogerte tan bien en mi cabaña voy a dejar que los mozos te apaleen? Pueden matarte. Pero no hablemos más de esto. Viene la hora de cenar y dentro de unos momentos estarán aquí los pastores con los rebaños.

En efecto, poco tardaron en llegar y guardar los animales. El jefe ordenó se matara un buen animal en honor de Zeus y para festejar al extranjero, lo que se hizo de inmediato: echó al fuego algunas

cerdas del marrano y pidió a los dioses el retorno de Ulises. Después descuartizaron el animal, puso unos trozos en el altar y lo demás en el fuego. Una vez listo, se procedió a repartir todo en siete partes: la primera para Hermes y las ninfas, las demás para los presentes, dándole a Ulises un buen trozo de lomo. Comidos todos, se fueron a dormir.

Durante la noche sopló viento fuerte y llovió. Ulises, que había bebido bastante, procuró convencer al porquerizo de que le dieran un buen vestido para cambiarlo por los harapos que llevaba, pero Eumeo le dijo que al día siguiente tendría que lavar esos harapos, pues ninguno de los que allí estaban tenía más ropa de la que llevaban puesta.

—Cuando regrese el hijo de Ulises —añadió— es posible que te regale un manto y una túnica; pero, por ahora, no puedes hacer otra cosa que lavar lo que tienes.

Le preparó cerca del fuego un buen lecho de pieles y lo cubrió con un manto viejo. El, por su parte, y como le gustaba dormir cerca de las bestias, así lo hizo, yendo a dormir en una roca abrigada del viento.

Canto decimoquinto

TELEMACO LLEGA A LA CHOZA DE EUMEO. ESTE CUENTA A ULISES SU PASADO

Al llegar a Lacedemonia, Palas Atenea se fue al palacio de Menelao, donde encontró a Telémaco y al hijo de Néstor descansando. Este dormía, pero el hijo de Ulises estaba despierto: el recuerdo de su padre y las preocupaciones lo mantenían en vela. Atenea se acercó y le dijo:

—Creo que no debes continuar vagando mientras tu casa está casi a merced de los pretendientes, que un día pueden repartirse todo y dejarte sin nada. Además, debes cuidar a tu madre: su padre y sus hermanos le dicen que debe casarse con Eurímaco. Di a Menelao que quieres irte. Antes quiero decirte que algunos de los pretendientes te esperan emboscados y quieren matarte. Procura navegar de noche y cuando llegues a la orilla vete a la cabaña del porquerizo, pasa allí la noche y dile después que vaya a la ciudad y avise a tu madre que has regresado.

Telémaco despertó al hijo de Néstor, diciéndole:

—¡Levántate, Pisítrato, y unce los caballos al carro! Hemos de regresar.

—Por mucha prisa que tengas, Telémaco —respondió el joven—, no creo que podamos marchar en plena noche. Espera la mañana.

La diosa había desaparecido. Apenas amaneció, Telémaco fue a ver a Menelao y le dijo que regresaría ese día a la tierra paterna y que quería agradecerle todas las atenciones que de él había recibido. Menelao repuso que le encontraba razón para volverse, pero que debería aguardar la llegada de los regalos que le harían y tener una buena comida. Le preguntó si prefería viajar por tierra y el interior de la Hélade, en cuyo caso lo acompañaría, guiándolo hacia las grandes ciudades, en donde era posible le hiciesen más presentes. A lo que Telémaco respondió que deseaba marchar lo antes posible.

—No he dejado en mi palacio a nadie que pueda cuidar bien mis bienes —agregó— y temo que puedan robar alguna cosa de valor o que yo corra algún peligro al llegar.

Mientras se preparaba la comida, Menelao bajó a la cámara en compañía de Helena y su hijo Megapentes; recogieron algunos objetos, entre ellos una crátera, y volvieron a reunirse con Telémaco, a quien el rey dijo que esa crátera de plata, hecha por Hefestos, se la había obsequiado el rey de Sidón, y ahora él tenía el honor de regalársela. Helena, a su vez, se acercó a Telémaco y le ofreció un velo en recuerdo de ella y para que lo usara cuando llegara la hora de casarse: la novia debería ponérselo; entretanto, lo guardaría Penélope, su madre.

Se lavaron las manos y se sentaron a comer las opíparas viandas. Ya dispuestos el carro y los caballos, Menelao ofreció una libación con una copa

de oro colmada de vino dulce, cambiando con Telémaco palabras de amistad. En ese instante surgió desde el cielo un águila llevando en las garras un ganso blanco. Se acercó y continuó su vuelo por el lado derecho, presagio que parecía favorable y que alegró a todos. Helena dijo que aquél era un mensaje de los dioses.

—Esa águila —dijo— se ha llevado un ganso criado en nuestra casa. Eso quiere decir que Ulises, después de vagar tanto tiempo, volverá a su casa y vengará las ofensas que se han hecho a su esposa y a sus bienes.

Telémaco agregó que ojalá fuera así y que, de serlo, en adelante consideraría a Helena como una diosa. Fustigó en seguida los caballos, que ganaron la llanura una vez atravesada la graciosa ciudad. Corriendo durante todo el día, al anochecer arribaron a Teras, lugar en que fueron recibidos por Diocles, que los trató con grandes honores. Apenas amanecido el día siguiente, sin embargo, continuaron su carrera en dirección a Pilos. Poco antes de llegar, Telémaco rogó al hijo de Néstor le permitiera abandonar ahí el carro y dirigirse a su nave, pues temía que el anciano, Néstor, tan cariñoso como era, retrasara su viaje. El hijo de Néstor le encontró razón y guió el carro hacia la ribera del mar y la nave, en la que embarcaron los regalos hechos a Telémaco. Y ya iba la tripulación a soltar amarras cuando se acercó un adivino extranjero, de nombre Teoclímeno, quien dijo a Telémaco:

—Dime quién eres, de dónde vienes y a dónde vas.

Telémaco dio su respuesta y entonces Teoclímeno le pidió que lo llevara consigo: había asesinado a un hombre de situación poderosa y debería en adelante llevar una vida vagabunda.

—Me buscan —declaró— y podrían matarme si me hallan.

Telémaco le tomó la jabalina que portaba y lo hizo embarcar, navegando pronto gracias a una brisa favorable enviada por Atenea. Mientras navegaban, Telémaco pensaba en la emboscada que, según las noticias recibidas, le habían preparado.

En esos momentos Ulises y Eumeo, en compañía de los pastores de sus rebaños, cenaban en la cabaña del porquerizo. Terminada la cena, manifestó Ulises:

—Quiero ir a mendigar a la ciudad apenas amanezca, pues no es razonable que siga comiendo de tu pan, ya que no tienes mucho. Pero quiero que me deis un guía que me lleve hasta la casa del divino Ulises. Pienso hablar con la discreta Penélope y darle las noticias que tengo; al mismo tiempo, veré a los pretendientes. Puedo trabajar allí, pues conozco algunos trabajos domésticos, y me darán de comer y estaré tranquilo.

Asombrado, le dijo Eumeo:

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Tú, un viejo mísero, intentas mezclarte con toda la gente que hay en casa de Ulises, cuando hasta los más humildes sirvientes son más jóvenes y andan mejor vestidos que tú? Estás loco. Quédate aquí, donde no molestas,

pues de buen grado te damos de comer y de beber, y espera que llegue el hijo de mi amo: él podrá arreglarte mejor.

—Ojalá los dioses lleguen a sentir tanta estimación por ti como la que yo siento en este momento, y ya que me invitas a que siga aquí te ruego me hables de los padres de Ulises, que quedaron aquí cuando él se fue. ¿Se han muerto? ¿Viven?

—Te diré lo que hay —respondió Eumeo—: Laertes está vivo, pero lo único que quiere es morir. Sufre por la pérdida de su esposa y la ausencia de su hijo y preferiría terminar.

—Deseo saber también —agregó el prudente Ulises— si la ciudad en que tú naciste fue asolada por los piratas o está en pie aún; cómo llegaste a cuidar animales.

—Mira —respondió Eumeo—, la noche está buena y si quieres saber algo de mi vida te contaré lo que alcance. Vosotros, pastores, en cuanto amanezca, partid con los puercos y demás animales. Escúchame extranjero: hay una isla, no muy poblada y con mucho ganado y trigo y viñas, que se llama Siria; habrás oído hablar de ella. Son raras allí las enfermedades. Dos ciudades principales hay en esa isla y las dos estaban, hace tiempo, bajo la dirección de mi padre. Pero un día arribaron unos navegantes fenicios que traían cosas para vender. En casa de mi padre había una mujer muy hermosa, de la misma ciudad de los fenicios, y uno de los recién llegados supo engatusarla y hacerse querer de ella, con

el resultado de que decidieron llevársela. Después de un tiempo de estar allí, se fueron, y la mujer, al irse, se robó de mi casa tres copas de oro que se echó donde casi siempre se echan las mujeres las cosas pequeñas. Yo, inocente aún, la quería mucho y la seguí hasta la nave, embarcándome también. Después de unos días de viaje resultó que Artemisa, la de las flechas, mató a esta mujer; los fenicios tiraron al mar el cadáver y desde ese momento quedé a merced de los marineros, quienes recalaron en este país, donde fui comprado por Laertes. Así llegué hasta aquí y aquí estoy.

—Veo que has sufrido —comentó Ulises— y eso me emociona; sin embargo, tuviste suerte de encontrar un amo como Laertes, en cuya casa vives y donde nada, al parecer, te falta.

Durmieron después y justamente cuando despertaban arribó a la playa de Itaca el joven Telémaco, quien rogó a los marineros llevaran la nave hasta la ciudad mientras él hablaba con la gente del campo.

—Volveré a la tarde —les dijo— y os daré una recompensa y un buen banquete de agradecimiento.

Pero Teoclímeno, que parecía un dios, inquirió:

—¿Qué haré yo, entre tanto? ¿Iré a casa de tu madre? No conozco a nadie aquí.

Como respuesta Telémaco le explicó que en otras circunstancias lo habría invitado a su palacio, pero que no podía hacerlo ahora; su madre no recibía visitas y además estaba sola, ocupada en sus labores.

—¿Por qué no vas a casa de Eurímaco, el mejor

de sus pretendientes? —añadió—. La verdad, no sé qué aconsejarte. Creo que Zeus prepara algo que nos sorprenderá.

Hablando estaba cuando un gavián hizo su aparición en el cielo: volaba hacia la derecha y llevaba en sus garras una paloma cuyas plumas arrancaba con el pico; las plumas caían entre la nave y Telémaco. Teoclímeno, sorprendido, dijo a Telémaco:

—Me parece que es un buen presagio. El ave ha girado hacia la derecha y eso es favorable para ti. Creo que tu familia y tú conservaréis siempre el poder.

Telémaco, tan prudente como su padre, agradeció esas palabras, y luego, llamando a Pireos, el mejor de sus servidores, le encargó se preocupara del huésped y lo tratara lo mejor que pudiera. En seguida se puso unas sandalias, tomó su jabalina y caminó hacia la cabaña de Eumeo, a quien conocía bien y de quien quería tener noticias.

Canto decimosexto

ULISES SE DA A CONOCER. LOS PRETENDIENTES

Al llegar Telémaco a la cabaña de Eumeo, éste y Ulises se preocupaban de preparar el desayuno.

Ulises observó que alguien se acercaba y que los perros no ladraban, como si conocieran al que llegaba. Dijo a Eumeo:

—Alguien viene, algún compañero o algún amigo tuyo; los perros no ladran.

Cuando Telémaco apareció en la puerta, Eumeo casi cayó al suelo y derramó su desayuno, tal fue su sorpresa. Luego se acercó a él y lo abrazó llorando y besándolo en la frente, en las manos y en los ojos, mientras decía:

—Por fin has vuelto, Telémaco, hijo mío querido, y me agrada verte aquí. En los últimos tiempos no hacías más que estar con los pretendientes.

—He venido a verte —explicó Telémaco— porque quiero saber si mi madre se ha casado o no.

El porquerizo le contó que Penélope seguía sola, llorando a su esposo. Tomó la jabalina que traía Telémaco y éste entró, diciendo a Ulises, que quiso darle su asiento, que no se molestara, pues él tomaría otro. Eumeo tendió en el suelo unas pieles, Telémaco se sentó y el porquerizo le sirvió de comer. Mientras comía, el joven preguntó quién era el extranjero y de dónde venía, a lo que Eumeo repuso que el forastero decía que era de Creta y que había vagado mucho por los mares hasta venir a recalar ahí.

—Te lo encargo —añadió—, confiado en tu bondad.

—Me extraña y me disgusta lo que me dices —protestó Telémaco—. ¿Dónde recibiré a este forastero? No tengo suficientes fuerzas para echar a los preten-

dientes y mi madre no sabe qué hacer: si esperar otros años a mi padre o si aceptar al aqueo más rico y noble. Por lo demás, haré que den a este extranjero ropas, armas y calzado; pero que no se mueva de aquí ni se acerque a palacio, pues los pretendientes podrían injurarlo y acaso maltratarlo.

—Me apena mucho oírte, amigo mío —dijo Ulises—. Pero ¿cómo es que la gente tolera semejante situación? ¿No tienes hermanos que te ayuden? Si yo fuera joven como tú y tú tuvieras mi ánimo, o si yo fuera el mismo Ulises que ha vuelto de sus eternos viajes, ¡quién sabe lo que sucedería a esos malvados! Conocerían el valor de un hombre, pues preferiría morir asesinado a soportar el abuso y el robo.

—Mira, extranjero —replicó Telémaco—, te diré la verdad: no tengo hermanos, pues soy hijo único. Debido a que mi padre se fue cuando era yo todavía un niño, apenas he estado con él. La gente del pueblo no puede hacer nada contra los pretendientes, hombres ricos y soberbios, y de ahí que yo haya debido soportar todo esto. Pero algo habrá de suceder, aunque ese algo esté todavía en el bolsillo de los dioses. Pero tú, abuelito —dijo, dirigiéndose a Eumeo—, vete ya y dile a Penélope que estoy aquí. No se lo cuentes a nadie más.

—No diré nada a nadie más —contestó el porquerizo—, pero dime si quieres que le cuente esto por lo menos a Laertes. ¡Ha estado y está tan triste! No trabaja, no vigila sus tierras. Se ausentó su hijo

y murió su mujer y parece que el mundo ha terminado para él.

—Me duele mucho que sufra, más que a ti —aclaró Telémaco—, pero hay que dejarle así. Debemos sólo preocuparnos de la vuelta de mi padre y llegado el momento mi madre le contará todo. Vete.

Apenas Atenea vio que el porquerizo salía a lo que le mandaban, se acercó a la puerta de la cabaña en figura de mujer; sólo Ulises advirtió su presencia, aunque también la vieron los perros, pero no ladraron: fueron de un lado a otro gruñendo. La diosa hizo a Ulises una señal imperceptible y el marido de Penélope salió a oír lo que le iba a decir:

—Debes hablar a tu hijo con toda franqueza: decirle quién eres y qué deben hacer. Yo os acompañaré en la pelea.

Dicho esto, tocó con su varita a Ulises y éste quedó transformado en un hombre joven impecablemente vestido, con barba negra y con una prestancia asombrosa. Se marchó la diosa y él entró a la cabaña con la consiguiente sorpresa de Telémaco, que creyó fuera un dios. Le dijo que estaba muy sorprendido y casi no le cabía duda de que fuera un dios, ya que podía de un momento a otro cambiarse de pordiosero a hombre tan fuerte y bien vestido. Ulises lo interrumpió:

—No soy un dios sino un hombre: tienes delante a tu padre.

Besó a su hijo llorando, pero Telémaco, que dudó lo que oía, replicó:

—No, tú no eres mi padre. Mi padre es mortal y tú has hecho algo que sólo un inmortal podría hacer: recién eras un anciano miserable y ahora pareces un prodigio de hombre.

—No hay ningún otro Ulises en el mundo, sólo uno, y ése soy yo, el hombre que ha andado errando durante veinte años y que ahora vuelve a su tierra y a su casa. Lo que has visto es sólo obra de Atenea, que me protege.

Telémaco se abalanzó entonces hacia su padre y los dos mezclaron sus brazos y sus sollozos, tan grandes fueron su alegría y su emoción. Calmados ya, Telémaco preguntó qué naves y qué marineros lo habían traído a Itaca, a lo que Ulises respondió que lo habían traído los feacios, gente marinera que tenía el hábito de repatriar vagabundos.

—Atenea me ha indicado que venga aquí a hablar contigo —agregó— para que nos pongamos de acuerdo sobre la manera de atacar y aniquilar a los pretendientes. Dime ahora cuántos son y si los dos seremos capaces para concluir con ellos.

—Siempre me han dicho que eres un hombre muy fuerte —explicó Telémaco—, pero debo decirte que por fuerte que seas me parece difícil que entre los dos terminemos con tantos hombres jóvenes y fuertes: de Duliquio hay cincuenta y dos jóvenes y seis criados; veinticuatro de Same; veinte de Lakinto, y de Itaca doce, todos de alto linaje y acompañados por un aedo, un heraldo y muchos sirvientes. Ten-

dremos que buscar ayuda si queremos sacarlos de casa.

—Dime si bastará Atenea, apoyada por el rector de las nubes, como ayuda.

—Son una ayuda muy grande —respondió Telémaco—, porque habitan en las alturas y tienen poder sobre los hombres.

—Nos acompañarán —aseguró Ulises—, sobre todo Atenea. Cuando amanezca debes irte a casa y reunir a los pretendientes en una sala del palacio. Yo me iré con Eumeo y con la figura que tenía antes; si ves tú que me insultan o que me pegan, no digas nada; sólo ruégales que no lo hagan. Otra cosa: cuando Atenea me diga que es el momento de la acción, te haré una señal y tú recogerás las armas de la sala y las llevarás a otra parte con el pretexto de que se están echando a perder. Dirás: “Son armas que no tienen importancia y temo que un día, ofuscados por la bebida, las uséis en contra de vosotros mismos”. Te creerán. Dejarás dos cueros de buey, dos espadas y dos lanzas al alcance de la mano para que podamos tomarlas cuando llegue el momento. Pero es preciso que nadie sepa que soy Ulises, ni Penélope, ni Laertes, ni el porquerizo ni nadie. Mientras tanto, averigua tú quiénes, de entre los servidores de la casa, nos son leales.

—Creo que debes reflexionar mejor —arguyó Telémaco—; nos tardaremos mucho en averiguar todo y en hacer un plan, y mientras averiguamos y planeamos la pelea, los pretendientes se lo comerán to-

do. Hablemos primero con las mujeres y después con los hombres.

Pero, en tanto conversaban, entró al puerto la nave que había llevado a Telémaco y sus compañeros. Los tripulantes anclaron y después acarrearón a casa de Clitio los regalos recibidos por Telémaco, enviando también un mensajero a Penélope para que la enterara de la llegada de su hijo. Los pretendientes supieron, por supuesto, la noticia, que les causó irritación y alarma: el hijo de Ulises había hecho lo prometido y no había noticias de los que salieron a hacerle una emboscada. Acordaron mandarlos llamar, pero no tuvieron tiempo de hacerlo, pues el navío con los conjurados llegó casi en seguida, contando éstos que algo debió ocurrir, pues no pudieron ver la nave de Telémaco.

—Además —dijeron—, Telémaco no es ningún tonto; es atrevido y nosotros tendremos, para todo, la oposición del pueblo, que de seguro estará a favor de él y de los suyos.

Uno propuso impedir la reunión que se efectuaría y otro propuso matar a Telémaco en un sitio en donde el crimen pudiera tenerse oculto.

—Podremos apoderarnos después de sus riquezas y cada uno se las arreglará con Penélope —concluyó.

—No tomaría parte yo —declaró Anfínomo— en un plan para matar a Telémaco, de linaje real. Deberíamos consultar antes la voluntad de los dioses.

Casi todos aceptaron y se dirigieron al palacio de

Ulises, sentándose allí en espera de los acontecimientos. Penélope, hasta cuyos oídos llegó el rumor de que se tramaba matar a Telémaco, bajó y dijo:

—Antínoo, eres el más insolente y mentiroso de la ciudad. ¿Por qué planeas ataques contra Telémaco? ¿Has olvidado que tu padre llegó a esta casa perseguido por el pueblo y que fue Ulises quien le acogió y le defendió? Y tú has venido ahora a comer los bienes de su casa y pretendes matar a su hijo, martirizándome además con tu presencia y la de los demás compañeros tuyos, todos de la misma calaña.

—Tranquilízate —advirtió Eurímaco—, tranquilízate, querida Penélope: nadie pondrá las manos sobre tu hijo mientras yo esté aquí. Mi lanza le atravesaría antes de que pudiera darse cuenta. Ulises me tuvo a mí en sus brazos y Telémaco me es más querido que un hermano.

Mentía, pues lo único que deseaba era matar al hijo de la mujer a quien hablaba. Penélope se volvió a su cámara llorando. Llegada la noche, Eumeo salió del palacio de Ulises, en los momentos en que éste y su hijo preparaban la cena a base de un lechón que acababan de matar. Al terminar la comida, Atenea se acercó a Ulises y lo tocó con su varita, transformándolo de nuevo en el miserable viejo del principio, pues ya se acercaba el porquerizo. Telémaco le interrogó:

—¿Qué se dice en la ciudad? ¿Siguen los pretendientes en palacio o están en acecho en alguna parte para matarme?

—No sabría decírtelo —contestó Eumeo—:

he pensado en dar tu mensaje y volver. Sin embargo, pude ver a un heraldo que iba a ver también a tu madre y que fue el que primero le dio la noticia. Vi otra cosa: la entrada de un navío lleno de muchos hombres armados con escudos y jabalinas. Puede que fuesen los que te esperaban para matarte, pero no lo sé de seguro.

Telémaco sonrió y miró a su padre, el ingenioso Ulises, sin que el porquerizo se diera cuenta de ello.

Canto decimoséptimo

TELEMACO REGRESA A ITACA. MUERE EL PERRO DE ULISES. LOS PRETENDIENTES Y EL MENDIGO

Al amanecer, Telémaco se puso unas sandalias, tomó una jabalina y dijo a Eumeo que iba a su casa para ver a su madre y que él entretanto llevara al mendigo hasta la ciudad. No faltaría quien le diera un poco de pan y un vaso de vino. Ulises, por su parte, tranquilizó al porquerizo diciéndole que no se afligiera, pues no iba a estar ahí toda la vida.

—Me iré —dijo— apenas el sol caliente un poco más. Parece que la ciudad no está muy cerca.

A buen paso y pensando cómo vengarse de los pretendientes, Telémaco hizo el trayecto hasta su casa, a la que llegó pronto; dejó la jabalina afirmada en una columna y cruzó el umbral. Euriclea, que trabajaba ahí cerca en unos sillones, fue la primera que lo vio; corrió hacia él y lo abrazó y besó. Al oír sus gritos de júbilo, salió también Penélope y los besos y los sollozos aumentaron.

—Creí que no te vería nunca más —exclamó ella.

Pero Telémaco le dijo que se alegrara y que fuera a su cámara a vestirse y hermosearse, mientras él iba al ágora en busca de un compañero de navegación que había confiado a Pireos, y en tanto su madre subía de nuevo a sus habitaciones, Telémaco, que volvió a tomar la jabalina, cruzó la gran sala. Atenea lo había embellecido y dado mayor gracia, y los pretendientes, doliéndoles el alma, se aproximaron a felicitarlo por su regreso. Los evitó lo mejor que pudo y se sentó en el lugar en que en otros tiempos se sentaban los compañeros de su padre, Mentor, Aliterses y Antifos; allí se acercó Pireos acompañado del extranjero.

—Envía a alguien a casa a traer los regalos —le dijo su amigo.

Mas Telémaco explicóle que, sin saber lo que ocurriría, era mejor dejarlos donde estaban.

—Si me matan —añadió—, tú serás quien goce de ellos. Si sobrevivo, tendré el placer de recibirlos de tus manos.

Dicho esto, llevó al extranjero a palacio y los dos

fueron atendidos por las mujeres, que los bañaron y los vistieron con ropas limpias, hecho lo cual les sirvieron la comida, a la que asistió Penélope, ocupada siempre en su rueca y su telar. Terminado el almuerzo, se retiró a su cámara, a su lecho, su refugio desde que Ulises había partido. Antes, no obstante, rogó a su hijo le informara sobre lo que sabía y él habló de lo que le habían contado en las casas de Néstor y Menelao y las noticias de que Ulises estaba en la isla de Calipso, todo lo cual emocionó mucho a su madre; Teoclímeno, que escuchó todo, habló entonces y dijo que haría para ella una profecía:

—Ulises está ya en su patria y va y viene enterándose de lo que ocurre. Pronto lo verás, discreta Penélope.

—¡Ojalá se cumpla tu profecía, extranjero! Si se cumple te haré magníficos regalos.

Mientras esto ocurría, los pretendientes estaban, como siempre, divirtiéndose delante del palacio, lanzando la jabalina y el disco y riendo sin preocupaciones. El heraldo Mentor vino a decirles que se acercaba la hora de comer, pues llegaban del campo los animales. Entraron entonces e hicieron matar corderos, cerdos y un buey, lo que se preparó rápidamente, celebrándose después el banquete de muchos días, en tanto Ulises y el porquerizo se iban aproximando a la ciudad, el primero, como siempre, vestido miserablemente, con su aspecto de mendigo y su cayado de caminante. Cuando llegaron a una fuente que brotaba de una roca y corría entre árboles hacia

el altar de las ninfas, encontraron a un pastor llamado Melantio, que guiaba unas cabras para el banquete de los pretendientes. Al verlos empezó a insultarlos, llamándoles canallas, mendigos, intrusos y flojos.

—Si semejante mendigo llega al palacio de Ulises —advirtió—, ten por seguro, estúpido Eumeo, que lo sacarán a puntapiés, si es que no lo matan a silletazos.

A esto agregó, al pasar cerca Ulises, un puntapié en una pierna. Ulises lo recibió y se quedó en el sitio, pensando si respondería en igual forma o lo tendería de un golpe de su cayado; pero se contuvo. El porquerizo respondió a los insultos del pastor, rogando que los dioses devolvieran al amo, y terminó:

—¡Entonces sabrías tú lo que es bueno! ¡Te haría pagar caro tus insolencias!

El cabrero gritó y lo llamó perro, amenazándolo con echarlo de Itaca en cuanto se descuidara.

—Ulises no volverá más —agregó—, y en cuanto a Telémaco, ojalá pronto lo atraviesen con una jabalina.

Siguió Melantio su camino, echando sapos y culebras, y ellos llegaron pronto a palacio, escuchando, al llegar, los sonos de una cítara. Ulises se detuvo y dijo, señalando la casa:

—Esta es la morada de Ulises y parece que se disponen a celebrar una fiesta. Hermosa casa.

—No te has equivocado —comentó Eumeo—, pero ahora debemos pensar en lo que vamos a hacer:

si entro yo primero o entras tú. Hay que apurarse y cuida de que no te peguen o te echen.

Ulises dijo que creía que el porquerizo debería ir primero. El iría después.

—Tengo hambre —manifestó—, y tú sabes que el hambre es lo que mueve a la gente, mueve las naves y hace las peleas.

Mientras conversaban pasaron cerca de un perro que estaba echado y que al oírlos hablar alzó las orejas. Era Argos, el perro que Ulises había criado, aunque no pudo disfrutar de él, pues hubo de marcharse cuando el can era todavía pequeño. Al reconocer ahora a Ulises movió la cola, pero no pudo aproximarse, pues ya las fuerzas se le terminaban.

—¿Cómo es que está ahí, tirado, ese hermoso perro? —preguntó Ulises.

Eumeo contestó que ese perro había pertenecido a un hombre que ya no estaba por ahí y que de seguro habría muerto en lejanas tierras.

—Era un extraordinario animal —agregó—, rápido, vivo; pero ya está viejo y las mujeres no le atienden, como pasa cuando el amo no está presente.

En seguida entró al palacio y se dirigió hacia la sala de los pretendientes, y en ese preciso instante Argos, el perro, moría después de volver a ver a su dueño. Telémaco vio entrar al porquerizo y le indicó que se acercara, lo que hizo Eumeo, que ocupó la silla del trinchador, siendo atendido allí por el heraldo, que le dio pan y carne. Al poco rato apare-

ció Ulises cubierto de andrajos y apoyándose en su cayado. Eligió, para sentarse, el umbral, adonde Telémaco le envió, por medio del porquerizo, un buen pedazo de carne y pan, indicándole que dijese al mendigo pidiera limosna a los pretendientes, ya que la necesitaba.

Ulises recibió agradecido el pan y la carne y empezó a comer, iniciando en ese momento el aedo un canto muy agradable en medio del bullicio. Una vez que hubo terminado de comer, Ulises se acercó a los pretendientes y, con la destreza de un limosnero de oficio —y con el deseo de saber quiénes eran los generosos y quiénes los miserables—, fue pidiendo a cada uno una dádiva. No le negaron un pedazo de pan, pero se preguntaron quién era ese hombre y por qué Eumeo traía vagabundos allí. Antínoo dijo que ya eran muchos los que comían en la casa y además traían un mendigo. El porquerizo replicó que no era digno de un señor como él decir esas cosas: un pretendiente debería ser generoso. Telémaco intervino y dijo a Eumeo que callara y dejara de discutir con Antínoo, que era el que más podía provocar desagrado.

—No me parece extraño lo que haces, pues cuando se trata de bienestar, siempre piensas en ti antes que en nadie —añadió, dirigiéndose a Antínoo.

—¿Qué dices, hablantín Telémaco? —repuso Antínoo—. Si los pretendientes que hay aquí dieran a este hombre lo que voy a darle, él no tendría necesidad de pedir más limosna.

Diciendo esto, tomó el escabel que tenía a los pies y lo mostró en forma muy significativa. Pero Ulises se detuvo cerca de él y le dijo:

—Dame algo, pues parece muy generoso, con ese aire de príncipe que tienes. Te agradeceré y hablaré a todos de tu magnanimidad. Yo también fui rico y recibía y atendía a los mendigos y vagabundos, pero Zeus me arruinó haciéndome marchar con unos piratas hacia Egipto, país en que lo perdí todo y tuve graves aventuras que casi terminaron con mi vida.

—¿Quién diablos ha sido el estúpido que nos ha traído a este charlatán? —preguntó a gritos Antínoo—. Mándate cambiar o te daré una paliza.

—Veo que no tiene nada que hacer la belleza de tu cara con la de tu corazón —insinuó Ulises, retirándose—. Estás comiendo lo que no es tuyo y así me niegas un pedazo de pan.

—No te irás sin recibir un castigo por tu insolencia —exclamó Antínoo, arrojándole el duro escabel.

Ulises recibió el golpe sin moverse, aunque moviendo la cabeza como si calculara cómo matar a Antínoo; pero no contestó. Se sentó en el umbral y dijo:

—Oídmelo que voy a deciros, pretendientes. Creo que hay dioses que vengan las ofensas inmerecidas. ¡A ellos les pido que Antínoo muera antes de ver llegar el día de su casamiento!

—Cállate, mendigo, o vete —replicó éste—, o haré que los mozos te saquen de aquí y te apaleen.

Uno de los pretendientes intervino y dijo a An-

tínoo que, no siendo él un dios ni mucho menos, no debería haber golpeado a un mendigo.

—¿Y si ese hombre fuese la encarnación de un dios? —inquirió—. A veces lo hacen para probar a los hombres y es grave error tratar mal a cualquier desconocido.

Pero Antínoo se encogió de hombros y no hizo caso. Telémaco, a su turno, se dolía de ver cómo trataban a su padre, pero no podía hacer otra cosa que proyectar siniestras venganzas y calló.

Penélope, que se enteró por las sirvientas de que habían pegado a un mendigo, lo lamentó y dijo a Eumeo que le llevara después al extranjero; deseaba consolarlo un poco, a lo que el porquerizo respondió que lo llevaría a su presencia una vez caído el sol. Luego se despidió de Telémaco:

—Me vuelvo a los cerdos y a lo demás, querido Telémaco. Cuídate y no dejes de vigilar a éstos. ¡Puede que Zeus se los lleve pronto!

—No te preocupes, abuelo —contestó Telémaco—. Vete y vuelve al amanecer.

Eumeo terminó de comer y después se volvió a su humilde cabaña. Ya había obscurecido bastante.

Canto decimoctavo

ULISES PELEA CON IRO. LOS PRETENDIENTES Y PENELOPE. ESCARNECEN A ULISES

Ido el porquerizo, llegó un tragón de la ciudad llamado Iro, vagabundo que podía beber y comer sin descanso. Le llamaban Iro, aunque su madre le había puesto Arneo. Llevaba mensajes para arriba y para abajo. Vio a Ulises y le dijo que se largara si no quería que lo sacara a empujones, a lo que el prudente guerrero le replicó que no había hecho nada para que se molestara con él.

—No amenazas a un anciano y déjame tranquilo si no quieres que viejo y todo te rompa la cara —le advirtió.

Iro lanzó una carcajada y repuso que si seguía así Ulises, corría el peligro de perder los pocos dientes que le quedaban.

—Pero ¿cómo te atreves a amenazar a un hombre más joven que tú? —añadió, iracundo.

Antínoo, que veía y oía todo esto, se echó a reír y manifestó a sus camaradas que sería divertido ver pelear a los dos hombres.

—Hay en el fuego —dijo— unos vientres de cabra rellenos. Peleen y el que gane podrá comer de eso todo lo que quiera y lo que más le guste y no admitiremos más a ningún mendigo que no sea él.

La proposición encontró gran acogida entre los pretendientes, pero Ulises dijo que era una vergüen-

za que un hombre joven peleara con un viejo, aunque, en todo caso, lo haría, pues el hambre que padecía desde muchos años lo empujaba a ello.

—Eso sí —pidió—, debéis prometerme y jurar que si soy el ganador nadie vendrá contra mí, mucho menos a favor de Iro durante la pelea.

Aceptadas las condiciones, con el agregado que hizo Telémaco de que nadie iría contra el mendigo si no quería vérselas con él, Ulises se ciñó los harapos, anudándolos a su cuerpo lo mejor que pudo; al hacerlo dejó en descubierto sus gruesos muslos, las tremendas espaldas, los robustos brazos y el poderoso pecho. Al ver esa contextura, los pretendientes empezaron a decir que no le esperaba nada bueno a Iro, y éste, que también había visto todo, empezó a darse por perdido; entre los criados y los pretendientes lo prepararon y lo acercaron a Ulises mientras tiritaba. Antínoo le reprochó su aparente cobardía y lo amenazó con que si el otro ganaba, él, Antínoo, lo echaría de Itaca, mandándolo al dominio del rey Equeto, que le cortarían las narices, las orejas y quizás si otras partes del cuerpo, echándolo todo a los perros, con lo que a Iro le dio más miedo. Cerca uno del otro los dos adversarios, Ulises reflexionó si debía sólo inutilizar a ese hombre o simplemente matarlo. Mientras pensaba, Iro lo acometió, dando a Ulises un golpe muy fuerte en el hombro derecho; pero el ingenioso rey de Itaca, que ya se había decidido, contestó con un golpe tan fuerte a la oreja izquierda de Iro, que éste cayó como un

conejo, con la boca y las narices llenas de sangre. Chillando y revolcándose en el suelo, hacía morir de risa a los pretendientes, mucho más cuando Ulises tomó a Iro de un pie y lo arrastró hacia el patio, donde lo sentó afirmado en una columna y con un bastón en la mano.

—Quédate aquí, Iro —le dijo—, y no dejes entrar ningún perro ni ningún mendigo. Para eso sirves, no para presumir de guapo, pues no eres más que un matagatos.

Dicho lo cual volvió a entrar a la gran sala, donde se sentó, mientras se oían aún risas y gritos que le decían que había hecho bien en sacar para afuera a un tragón como Iro y que pronto lo echarían de Itaca.

Al ver que Anfínomo le ofrecía dos panes como premio, Ulises dijo:

—Anfínomo: eres, como lo fue tu padre, un hombre sensato, pero no debes olvidar que de todos los seres que hay en la tierra el hombre es el más débil. A pesar de eso, mientras tiene salud cree que los dioses lo protegen; sólo se acuerda de ellos cuando enferma o está en peligro. ¿No crees que son demasiados los abusos que cometen los pretendientes en esta casa, comiendo y bebiendo lo que no es suyo, en tanto el dueño de ella se acerca y pronto estará aquí para cobrarse de todos los daños que vosotros habéis cometido? Creo que debes pensar en lo que te digo y retirarte cuando aún es tiempo. La vuelta de Ulises es una amenaza para todos vosotros.

Tomó una copa, hizo una libación y devolvió la copa a Anfínomo, quien, afligido ante el anuncio, pensó irse, aunque no se fue: Telémaco lo mataría.

Penélope, por su parte, sintió el deseo esa noche de bajar a la gran sala y mostrarse ante los pretendientes —entre quienes estaba su posible marido— y su hijo. Se lo dijo a Eurínome, anciana sirvienta, y ésta manifestó que era una buena idea ver a su hijo.

—Pero no bajas como estás, con esa cara donde se ven las huellas de las lágrimas —le aconsejó—. Debes bañarte y perfumarte. Verás si tu hijo ya tiene lo que tanto has anhelado alcanzar a ver: el bozo de la mocedad.

Penélope repuso que había perdido su belleza el mismo día en que Ulises se fue. Sin embargo, le ordenó que dijese a Antinoe e Hipodamia que viniesen a acompañarla, pues no le gustaba mostrarse sola ante los hombres. La anciana fue a buscar a las dos mujeres.

Pero Atenea le envió un dulce sueño y durante él la embelleció, empezando por dar a su rostro un reflejo casi divino, agrandando sus ojos y blanqueando su piel, de modo que cuando llegaron las esclavas no necesitaba ya ningún arreglo.

—Qué agradable es el sueño —exclamó Penélope—. Me gustaría morir en una muerte que fuera como un sueño; así no pensaría más en mi esposo.

Bajó a la sala seguida por las dos mujeres, y los pretendientes, al verla, sintieron que la deseaban más

que nunca. Penélope, sin embargo, no les hizo caso, pues se dirigió a su hijo, reprochándole que hubiese permitido se ultrajara a un forastero.

—Madre —replicó Telémaco—, no sé qué hacer con todas estas gentes que se han metido en nuestra casa y que son las que han hecho pelear a los dos hombres. Sólo deseo que les llegue a ocurrir algo parecido a lo que le ocurrió a Iro, que ahora no puede levantarse e irse para su casa.

Penélope dijo:

—Mi esposo al irse me advirtió que tal vez no volvería, pues los troyanos eran también buenos guerreros, agregando que si no volvía, yo debería esperar a que mi hijo fuese hombre y entonces casarme con el hombre que eligiera, y parece que éstos son los hombres de entre quienes deberé elegir; pero sería bueno que hicieran a su pretendida algunos regalos, según es costumbre, en vez de comer lo que hay en esta casa.

—Podemos darte todos los obsequios que mereces, Penélope —aclaró Antínoo—, pero no nos iremos de aquí hasta que elijas de entre nosotros al que va a ser tu esposo.

Dicho esto, mandaron a los heraldos a sus casas a traer regalos y siguieron divirtiéndose. Como era ya de noche, colocaron antorchas de madera que las esclavas vigilaban. De pronto Ulises les propuso hacerse él cargo de las luces, diciendo a las sirvientas que subieran con la reina a su cámara.

—Yo me quedaré aquí hasta la hora que los pre-

tendientes deseen quedarse —agregó palabras que dieron risa a las esclavas, y una de ellas lo insultó. Era Melanto, hermosa muchacha que, a pesar de haber sido criada por Penélope, servía al pretendiente Eurímaco como espía.

—¡Extranjero estúpido! Parece que porque has triunfado sobre un borracho te crees superior a todos. ¡Cuidado! Puede haber otro hombre que te haga morder el polvo.

Ulises, en voz baja, le dijo que se fuera, pues de otro modo se lo contaría todo a Telémaco, amenaza que hizo retirarse a las sirvientas; pero Eurímaco intervino, diciendo que sin duda ese mendigo había llegado ahí por voluntad de los inmortales.

—Parece que la luz de las antorchas sale de tu cabeza, pues no tienes un solo pelo —se mofó—. ¿No sería mejor que en vista de tus fuerzas fueras a trabajar al campo? Allí tendrías ropa, vestidos y alojamiento, en vez de andar pidiendo por las calles y las casas.

—Me gustaría desafiarme contigo a trabajar en un campo —respondió Ulises—. Conozco esos trabajos. Y si, aparte de eso, estallara una guerra y me dieran armas, verías cómo sé combatir. Pero tú eres un insolente sin valor ninguno, fuera de comer y beber. Si Ulises volviera en este momento, la puerta se te haría chica para salir corriendo.

—¡Viejo sucio, toma! —gritó Eurímaco, arrojándole el escabel en que ponía los pies.

Pero Ulises evitó el escabel, que fue a dar en la

mano del escanciador, haciéndole dejar caer al suelo la jarra con vino. Los pretendientes se irritaron y gritaron a Ulises.

—¡Ojalá hubieras muerto en el mar o comido por los perros en alguna parte, en vez de venir a molestar! Por favor, amigos, no disputemos más con mendigos o terminaremos con la alegría de nuestras fiestas.

—¡Pretendientes estúpidos! —gritó Telémaco, enojado—. Sería mejor que fuerais a dormir. No insultéis a mi huésped.

Viendo el repentino enojo de Telémaco, los mozos se intimidaron un poco y Anfinomo dijo que sería mejor dejar tranquilo al mendigo. Indicó al escanciador que sirviera otra vuelta.

—Haremos la última libación de la noche y Telémaco se ocupará del viejo —concluyó.

Bebieron y se fueron a dormir.

Canto decimonoveno

CONVERSACION DE PENELOPE Y ULISES. LA CICATRIZ

Al quedarse solos, Ulises dijo a Telémaco que debían retirar las armas sin que los vieran las esclavas. Las hicieron salir, y entre los dos, precedidos por la

diosa Atenea, que llevaba una antorcha, las depositaron en una cámara, que luego cerraron. Hecho esto, Ulises indicó a su hijo que fuera a dormir mientras él se quedaba hablando con las sirvientas y con Penélope. Se fue Telémaco, y Ulises, divagando con Atenea acerca del mejor modo de vengarse, se sentó cerca del fuego. Allí lo encontraron las esclavas que volvían, y una de ellas, Melanto, lo interpelló diciéndole que por qué no se iba de una vez en lugar de estar ahí dando molestia y espiando a las mujeres. Ulises le respondió:

—No me persigas porque soy pobre y viejo. Tú también perderás un día el frescor de la juventud y serás vieja, y si sigues así, tan mal hablada, sentirás el peso de la mano de Telémaco, en el caso de que Ulises no volviera.

Penélope oyó todo y llamó a un lado a Melanto, reprendiéndola. Luego hizo que le pusieran un asiento cerca de Ulises y lo interrogó sobre su linaje y procedencia; repuso ser de Creta, hermosa tierra regada por varios ríos, con bosques, noventa ciudades y muchos habitantes.

—Allá —continuó— tuve ocasión de conocer a Ulises y hospedarlo junto con sus compañeros. Doce días estuvo con nosotros.

Incrédula, Penélope pidió describiera cómo iba vestido Ulises cuando lo vio, respondiendo el aparente anciano con una descripción tal que hizo caer las lágrimas de los ojos de la hermosa mujer.

—Yo misma —dijo— le di los vestidos que has descrito. ¡Ay! Temo que no vuelva a la patria.

—Creo —agregó Ulises— que tu marido vive y que no está lejos de aquí y se acerca con muchos regalos. Es cierto que sus compañeros murieron, pero él se salvó y fue a dar a la tierra de los feacios, donde lo recibieron, le hicieron presentes y lo repatriaron. Tal me contó el rey de los tesprotos, Fidón, agregando que Ulises había ido a Dodona a consultar una adivina para saber cómo podría regresar a Itaca. El rey me mostró los tesoros de Ulises, pues los había dejado a su cuidado. Llegará este año, después de esta luna y antes de aparecer la que sigue.

—¡Ojalá sea cierto lo que dices, extranjero!

Ordenó a las esclavas terminaran de limpiar, recomendándoles que al día siguiente bañaran y vistieran al anciano extranjero y que le hicieran ahora mismo un lecho donde pudiera dormir, a lo que Ulises respondió pidiendo lo dejaran dormir en el suelo y que no lo bañaran; que sólo aceptaría que alguna sirvienta anciana le lavara los pies.

—Tengo —le dijo Penélope— una sirvienta como tú deseas, una anciana que crió a Ulises y que ha criado a Telémaco. Ven, Euriclea —añadió, dirigiéndose a la anciana que estaba a unos pasos, oyendo—, ven y atiende al extranjero. Tiene los mismos años que tendría tu señor y quizá se parezca a él en las manos y los pies.

La anciana se cubrió el rostro con las manos y

sollozó, recordando a Ulises y diciendo que, efectivamente, ninguno de los hombres que habían, en esos últimos tiempos, llegado a palacio, se parecía tanto a su amo como él y que gustosa le lavaría los pies. Fue a buscar agua caliente, que trajo en un caldero, en tanto Ulises pensaba que seguramente Euriclea reconocería la cicatriz que tenía en un pie, recuerdo del mordisco de un jabalí, lo que así ocurrió, pues en cuanto la anciana, una vez tomado el pie del forastero para lavarlo, vio la cicatriz, la reconoció inmediatamente y con tanta sorpresa que lo dejó caer sobre el caldero, derramándose el agua. No supo ella si llorar o reír y esto impidió que hablara. Levantó la cabeza y le acarició el mentón, diciéndole:

—Hijo mío, no me cabe duda de que eres Ulises.

Miró a Penélope para comunicarle lo descubierto, pero Ulises tuvo tiempo para impedirlo:

—No le cuentes a nadie lo que has descubierto. Tengo muchos enemigos, y si saben en el estado en que me encuentro, podrían matarme. Calla.

Euriclea le contestó que a nadie diría nada.

—Tú me conoces y sabes que soy como una roca —le recordó.

Fue a buscar agua nuevamente y lavó los pies de su señor y los ungió con aceite, hecho lo cual lo dejó, acercándose Ulises al fuego para calentarse, tapando sus pies.

Penélope volvió a hablarle:

—Vivo en un estado de eterna inquietud: no duer-

mo pensando en mi situación. No sé si debo seguir al lado de mi hijo o casarme con uno de los hombres que me solicitan. Pero quiero contarte un sueño que he tenido, a ver si tú, que tanto parece saber, puedes descifrarlo. Miraba una bandada de veinte gansos que comían, cuando un águila se precipitó sobre ellos y los mató a todos, elevándose en seguida. Yo lloré al ver muertos los gansos y el águila volvió a aparecer y me dijo: "Cálmate, Penélope. Esto que has visto no es un sueño, sino una imagen de lo que va a suceder pronto: los gansos son los pretendientes y yo soy tu esposo, que ha vuelto a ti y va a dar muerte a los que te molestan". Me desperté y fui a mirar a mis gansos y allí estaban, picoteando.

Ulises explicó el sueño diciendo que la misma águila había dado su interpretación, pero Penélope arguyó que no siempre se realizaban los sueños, por hermosos o tristes que fueran. Creía que no tendría más remedio que casarse y dejar tranquilo a Telémaco.

—Pero —advirtió— antes de hacerlo haré una competencia que gustaba mucho a Ulises: pondré en hilera una docena de hoces y cada uno de los pretendientes deberá disparar una flecha que pase por el hueco de ellas, sin tocarlas. Elegiré por esposo al que acierte.

El la animó a hacerlo, manifestando que quizá Ulises llegaría con tiempo para entrar en la competencia. Después de decirle que descansara, la discreta Pe-

nélope se retiró. Ya en su habitación, lloró hasta el momento en que Atenea la sumió en suave sueño.

Canto vigésimo

INCIDENTES

Ulises hizo un lecho con pieles y se acostó en el vestíbulo, tapándolo Eurínome con un manto. Pero no durmió, pues las preocupaciones lo desvelaban; además, oía risas y charlas de las sirvientas, en especial de aquellas que se entretenían con los pretendientes, y eso lo irritó al punto de que pensó levantarse y matar a todas. Se dominó, sin embargo, pensando en que había soportado mayores penalidades y que debía reservarse para la pelea que veía acercarse. Se removía en su rústico lecho, preguntándose qué haría para habérselas con todos aquellos hombres. Atenea, que no lo ignoraba, descendió en figura de mujer y le dijo:

—Esta es tu casa y aquí están tu mujer y tu hijo. ¿Por qué no duermes, desdichado?

—Estoy inquieto por lo que sucederá pronto. ¿Podré luchar contra todos esos hombres? Y si los mato, ¿qué haré después?

—Te he protegido en todo momento y tú debes confiar en mí tanto como yo confío en ti. Eres inge-

nioso y valiente y puedes hacer muchas cosas, por difíciles que parezcan. La mañana te traerá la solución, pero ahora duerme. El peligro pasará pronto.

Cayó el sueño sobre los ojos y la mente de Ulises, y Atenea desapareció.

Penélope, entretanto, había despertado y después de llorar un momento invocó a la diosa Artemisa, pidiéndole la matase antes de permitir que se uniera a un hombre indigno de reemplazar a su marido.

—Hay un dios que me manda sueños confusos y terribles —contó—. Esta noche he visto en sueños a Ulises, tan bello como cuando se marchó, y gozaba en el sueño creyendo que lo estaba, en realidad, vi- viendo.

Apenas había terminado estas palabras surgió la Aurora de rosados dedos y Ulises despertó, oyendo desde la sala los sollozos de Penélope. Se incorporó, recogió las pieles, que llevó afuera, y luego invocó a Zeus, rogándole que si estaba destinado a triunfar ese día o el siguiente, el olímpico señor de las nubes se lo hiciera saber de algún modo evidente. Y Zeus, que oyó su súplica, hizo retumbar desde el Olimpo un larguísimo y fuerte trueno, tan fuerte que una mujer que en esos momentos molía cebada en uno de los patios cercanos, exclamó en voz alta, dirigiéndose al cielo:

—¡Ojalá ese trueno sea una señal de buena suerte que el Olimpo envía a alguien y ojalá que lo que anuncie sea que éste será el último día en que los pretendientes dejen de molestar en este palacio!

Ulises, contento por el trueno y la exclamación de la mujer, confió más en sí y miró con más resolución las horas siguientes. Llegaron las sirvientas e hicieron fuego, y Telémaco se levantó, se vistió, calzándose unas hermosas sandalias y tomando en sus manos una larga y afilada lanza. Al entrar dijo a Euriclea que estaba inquieto pensando que al huésped no se le hubiera atendido como merecía, ya que Penélope solía ser tan pronto muy atenta como muy desatenta. La anciana respondió que el extranjero había recibido el mejor tratamiento, pero que había rechazado la idea de un buen lecho prefiriendo acostarse cerca del fuego y sobre unas pieles. Satisfecho con la respuesta, salió Telémaco de palacio a reunirse con los aqueos, mientras Euriclea hacía trabajar a las sirvientas y esclavas, preparando las mesas y las sillas para la fiesta que habría ese día. Llegaron otros sirvientes, entre ellos el porquerizo Eumeo, que arreaba una piara de tres cerdos gordos. Los dejó en un corralito y vino donde Ulises a preguntarle qué tal le trataban ahí, a lo que éste repuso que los dioses deberían castigar las insolencias de los hombres que día a día venían a esa casa. Conversando estaban cuando aparecieron Melantio y dos pastores con un piño de cabras para la comida de los pretendientes. Melantio, siempre antipático, preguntó a Ulises hasta cuándo iba a estar allí molestando y comiendo a costa ajena. El héroe de Troya calló mientras miraba a otro pastor, Filetio, que arreaba una vaca y algunas cabras y que acercándose al por-

querizo le preguntó quién era ese hombre que aparentemente parecía un desdichado, pero que, no obstante, tenía aires de rey. Se acercó más y dijo a Ulises, amistosamente:

—No hay ningún dios piadoso, al parecer. Extranjero, cuando te vi se me vino al recuerdo la figura de Ulises, quien, como tú, de seguro anda errante por el mundo. El fue quien me tomó para su hacienda siendo yo un niño aún. Me habría ido de aquí hace tiempo, pues me irrita lo que ocurre en esta casa, pero como espero que regrese algún día el que fue, más que patrón, amigo nuestro, me he quedado.

—Boyero, pareces un hombre de buena voluntad —respondió el guerrero, profundamente agradecido de sus palabras—. Es seguro que Ulises regresará y me gustaría que cuando esté aquí, tú también lo estés.

El boyero se inclinó, diciendo:

—Ojalá. Verás entonces la fuerza que tengo en mis brazos.

Eumeo rogó al Olimpo por la vuelta de su patrón.

A esa hora los pretendientes conversaban entre sí, planeando la muerte de Telémaco; pero, mientras lo hacían, surgió desde el lado izquierdo un águila que volaba con una paloma en las garras. Anfinomo dijo que era un mal indicio para ellos y que no intentarían matar al hijo de Ulises: fracasarían en su intento.

Aceptaron los demás la idea de Anfinomo y entraron a la sala, en donde se dedicaron a reír y beber

mientras les preparaban las viandas que habrían de consumir ese día. Melantio era el escanciador, y Telémaco, que tenía sus planes, colocó a Ulises cerca del zagúan y en una silla de apariencia muy modesta. Allí le sirvió una ración de entrañas y vino en una hermosa copa de oro, mientras le decía:

—Come, extranjero, y bebe, pues nadie te molestará; te defenderé contra cualquiera insolencia. Esta casa es de Ulises y no de cualquier advenedizo.

Los pretendientes lo oyeron, pero no contestaron, aunque Antínoo declaró que no les alcanzaban las frases de los charlatanes. Los heraldos llegaban con los animales preparados para la hecatombe en honor de los dioses, mientras los aqueos de larga cabellera se reunían. Asada la carne, separaron las porciones destinadas al ritual, se hizo lo mismo con las destinadas a los comensales, y comenzó el banquete, ofreciendo los sirvientes a Ulises, por orden de Telémaco, una parte igual a la dada a los pretendientes, lo que encendió la ira de Ctesipo, hombre falto de moral y muy rico, que dijo que le parecía bien que se hubiese dado al extranjero una porción igual a la de ellos, pero que él quería agregar algo más; dicho lo cual tomó una pata de buey que tenía a mano, arrojándola contra Ulises, quien hizo un esguince y logró evitar el golpe. Sonrió Ulises y Telémaco reprendió a Ctesipo, agregando que si le hubiera dado al extranjero habría tenido que habérselas con su lanza. Advirtió:

—No toleraré ya esas insolencias, vengan de quien

vengan. No estoy dispuesto a consentir más abusos y si lo estáis vosotros a terminar con mi hacienda y con mi vida, aquí me tenéis: matadme. Prefiero morir con mis huéspedes que ser atropellado por vosotros.

La mayoría de los pretendientes callaron, pero Agelao repuso:

—Creo que no sería justo contestar con violencia las palabras de Telémaco. Pero hay que decirle que si por algún tiempo tuvo él la esperanza de ver volver a su padre, ahora que esas esperanzas se han desvanecido, su madre debería tomar por esposo al pretendiente más rico y más generoso.

Respondió Telémaco diciendo que nadie podría culparle del retardo en el casamiento de su madre y que la dejaría elegir el marido que más le gustara, pero que en ningún momento le diría palabra alguna para apurarla o reprenderla. Al terminar de hablar Telémaco, los pretendientes, excitados por Atenea, rompieron en risotadas, aunque en el fondo estaban todos asustados. Uno de ellos, sin embargo, se atrevió a decir que Telémaco había hablado muy bien, pero que sus huéspedes dejaban algo que desear.

—Ahí está ese que se llama Teoclímeno y ese otro viejo vagabundo que no se sacia de comer y beber. Haríamos bien en embarcarlos en una nave y mandarlos a los sicilianos, que los pagarían bien como esclavos.

Telémaco, entretanto hablaban los jóvenes, miraba con disimulo a su padre, rogando que llegara la

hora en que su puño se alzara sobre la cabeza de esos bellacos. Penélope oía y callaba. Pero la otra fiesta, la fiesta de la venganza, se acercaba y en ella un héroe ayudado por una diosa iba a demostrar cómo se castiga a los crueles que abusan de los indefensos y malaventurados.

Canto vigésimo primero

ULISES Y SU ARCO

Atenea, la de los ojos resplandecientes, insinuó en la mente de Penélope la idea de que los pretendientes probaran el arco de Ulises para un concurso de tiro. La discreta esposa subió con sus sirvientas, abrió una cámara y bajó con un arco y un carcaj lleno de flechas. El arco había sido regalado a Ulises por Ifitos y Ulises había respondido al regalo entregando una espada y una lanza. El héroe solía dejar en palacio, cuando se iba a la guerra, aquel arco y aquellas flechas, que sólo utilizaba al estar en su país. Cuando llegó junto a los pretendientes, Penélope se detuvo y dijo:

—Oídme, pretendientes: quiero ofreceros la oportunidad de probar vuestras fuerzas y disposición en el manejo de este arco. El que pueda usarlo y disparar la flecha por debajo de una docena de hoces, sin tocarlas, quizá podría llegar a ser mi marido. Me

iré con él, dejando esta casa tan provista y tan hermosa, que Ulises edificó para mí y para su hijo.

Dijo a Eumeo que dispusiera el arco y el porquerizo y el boyero rompieron a llorar al ver aquella arma de su señor. Antínoo los reprendió:

—¡Idiotas! ¿Por qué lloráis, atormentando a Penélope? Dejad el arco e idos afuera con vuestros sollozos. Ningún pretendiente tendrá bastante fuerza como para manejar ese arco, que conozco. ¡Fuera!

Dentro de su corazón pensaba que podría manejarlo y ser el elegido. Pero Telémaco reaccionó violentamente:

—Veo que mi honorable madre está dispuesta a dejar esta casa para seguir a otro hombre, disposición que me hace reír y me hace creer que está loca. Pero, probad: el premio es esta mujer de mi padre y no hay ninguna igual en esta tierra ni muy lejos. Pero yo también probaré y si gano impediré que mi madre se vaya de esta casa.

Dicho esto, se quitó la túnica y dejó su espada, procediendo a plantar, a distancia conveniente, las hoces, asombrando a los presentes por la seguridad y exactitud con que lo hacía. Después, de pie en el umbral, tomó el arco e hizo una primera tentativa para extenderlo, y estaba a punto de lograrlo cuando Ulises le hizo una seña para que desistiera. Su hijo obedeció.

—La verdad, creo que soy muy joven aún para

ello. Tomad el arco y que empiece la competencia —dijo a los allí reunidos.

Antínoo animó a sus compañeros, y entonces se levantó Liodes, augur de los pretendientes, quien tomó el arco, se puso de pie en el umbral e intentó estirar el arco, siendo sus esfuerzos completamente inútiles. Desanimado, confesó:

—No soy capaz de extender esta arma. Alguno podrá hacerlo, pero es posible que después deseche la idea de casarse con Penélope y busque otra mujer. Creo, por otra parte, que esta arma será fatal para muchos de nosotros.

Antínoo reprendió a Liodes por sus pesimistas palabras y ordenó al porquerizo que engrasara y caleñtara el arco para seguir probando, cosa que no sirvió, ya que la mayoría no pudieron hacer nada. Antínoo y Eurímaco, sin embargo, se reservaban, esperando ser los últimos y los triunfadores. Mientras tanto, Ulises siguió al boyero y al porquerizo, que iban hacia el patio, y cuando estuvieron en un sitio alejado les preguntó:

—¿Qué haríais vosotros si vuestro amo, Ulises, volviera? ¿Lucharíais por él?

Preguntas a que los dos hombres contestaron afirmativamente.

—Bien —dijo Ulises—, aquí me tenéis: he vuelto después de veinte años y de muchos sufrimientos. Ayudadme cuando llegue el momento y os prometo que si salimos bien os daré esposa a cada uno, bienes

y una casa. Como prueba de que soy quien digo, mirad esta cicatriz.

Al ver la enorme cicatriz, tan conocida por sus servidores, los hombres cayeron a sus pies llorando y besándolo; Ulises los tranquilizó y les dijo:

—Volvamos a la sala y estemos atentos. Los pretendientes no van a querer que se me dé el arco, pero tú, Eumeo, me lo ofrecerás sin más ni más. Luego cierra las puertas, pero no sin echar afuera a las mujeres, advirtiéndoles que aunque oigan gritos no salgan ni vengán a la sala. A ti, Filetio —dijo al boyero—, te queda el trabajo de cerrar la puerta del patio y echar el cerrojo.

Ulises entró nuevamente a la sala y ocupó su sitio de antes, seguido de los dos servidores; en ese momento Eurímaco echaba el alma por estirar el arco, sin lograrlo. Al finalizar sus esfuerzos declaró que era una humillación para todos no poder hacerlo, demostrando así que Ulises era superior a ellos. Antínoo lo interrumpió para decirle que no era día ni hora de manejar arcos. Se celebraba el día del dios y lo mejor era terminar la lid y seguir otro día con la competencia. Las hoces podían quedar ahí.

—Que nos den una ronda de bebida y mañana continuaremos, ofreciendo a Apolo una libación antes de reanudar el concurso.

Los pretendientes aceptaron, pero, una vez que bebieron, Ulises tomó la palabra y pidió a los presentes que le dejaran probar la fuerza de sus brazos,

otrora potentes. Vería así si conservaba su energía o si las desgracias habían terminado con ella.

Los pretendientes, asustados de que ese mendigo pudiera tender el arco y darles una sorpresa, lo insultaron, sobre todo Antínoo, que lo trató de miserable y abusador, pues comía y bebía y se enteraba de todo lo que decían y además trataba de equipararse con ellos.

—Tal vez se te ha subido a la cabeza el vino dulce —añadió—, pero nosotros te lo haremos bajar. Es una estupidez tuya querer medirte con hombres jóvenes como nosotros.

Pero la discreta Penélope, que oía todo, dijo que no era justo tratar así a los huéspedes de Telémaco. Por lo demás, ¿creían ellos que si el anciano lograra tender el arco ella se casaría con él? Eurímaco respondió la pregunta diciendo que nadie estaba allí tan loco como para creer eso, pero que, de todos modos, era una vergüenza que se le diera al mendigo la oportunidad de probar sus fuerzas al mismo tiempo que ellos; a lo que Penélope replicó:

—Este anciano se precia de tener buen linaje y luce, además, una vigorosa estampa. Dejen que tome el arco y trate de estirarlo. Si lo hace, le daré algunos regalos, entre ellos una espada y una pica.

—Madre —se apresuró a decir Telémaco—, en esta casa nadie tiene más derecho que yo sobre ese arco y soy yo quien puede darlo o rehusarlo con todo derecho. Te ruego te vayas a tu cama u ocúpate

de tus tareas del huso y del tejido. Las armas interesan sólo a los hombres.

Penélope, extrañada de este lenguaje, se retiró.

Eumeo, entre tanto, de acuerdo a lo antes acordado, tomó el arco para llevarlo a Ulises, pero los pretendientes movieron tal alboroto que el pobre hombre, desorientado, no supo qué hacer y lo dejó en el suelo. Telémaco le gritó, irritado:

—¡Toma el arco y no hagas caso más que a mí, que podría echarte de la casa y darte de palos! ¡Ojalá pudiera hacer lo mismo con los pretendientes!

Rieron éstos, y el porquerizo aprovechó la risa para atravesar la sala y poner el arco en manos de Ulises, saliendo después a comunicar a Euriclea que llevara a las sirvientas y cerrara la puerta, en tanto el boyero Filetio interceptaba la entrada del patio, ayudándose con una cuerda que halló por ahí. Volvió y se sentó y miró a Ulises, que examinaba el arco como quien examina algo que le es propio y conocido. Al parecer, el arco estaba en perfectas condiciones. Uno de los pretendientes murmuró que aquel hombre sabía lo que tenía en la mano y que acaso alguna vez había tenido uno como ése. Otro susurró:

—¡Ojalá tenga tanta suerte como ha tenido en su vida!

Ulises parecía un tañedor de lira inspeccionando su instrumento, y cuando ya lo hubo observado bien, lo tendió sin esfuerzo alguno, haciendo el arco, al estirarse, un sonido que pudo parecer el grito de alguna

golondrina. Los pretendientes sintieron que algo frío les recorría el cuerpo, sensación que se agudizó cuando Ulises, casi sin apuntar y luego de haber colocado una flecha, la disparó, al mismo tiempo que en el cielo retumbaba un profundo trueno: la flecha, más veloz que cualquier ave, pasó por los huecos de las hoces y salió al otro lado.

—Ya ves, Telémaco —dijo entonces Ulises, volviéndose hacia su hijo—, que tu huésped no te ha dejado mal. Mi vigor no ha amenguado, como yo había creído. Pero dejemos esto y ordena que sirvan la cena. Ya después podrán recrearse con la música y la danza.

Hizo la señal convenida y Telémaco se puso a su lado, armado con una espada y una lanza.

Canto vigésimo segundo

LA VENGANZA DE ULISES

Ulises dejó caer sus harapos, recogió todas las flechas y dijo, dirigiéndose hacia los pretendientes:

—Se acabó la competencia y ahora voy a apuntar a otro blanco. Permita Apolo que dé en él.

Estiró el arco y la flecha partió, atravesando el cuello de Antínoo en el momento en que iba a beber

de una copa de doble asa. La sangre le brotó de las narices y cayó atrás, derramando el vino y dando vuelta el plato con comida. Los pretendientes prorumpieron en exclamaciones y corrieron hacia las armas que acostumbraban dejar colgadas de los muros, pero ya no había allí ni un escudo y entonces se dieron vuelta y uno gritó a Ulises:

—Haces mal en disparar contra los hombres que aquí están y de seguro serás castigado por haber matado a uno de los más nobles hombres de Itaca.

Creía, el insensato, que Ulises había hecho eso por equivocación o por torpeza, pero Ulises lo miró y miró a todos con un terrible desprecio y dijo:

—Pensabais, cuervos, que no regresaría nunca y os entreteníais en comer lo que hay en mi casa, en abusar de las sirvientas y pretender a mi esposa, pero estabais equivocados: ¡ha llegado la hora última para vosotros, la hora de mi venganza!

Muertos de miedo, los hombres corrían de un lado a otro como ratas. El único que se atrevió a responder fue Eurímaco:

—Si eres Ulises, rey de Itaca, te encuentro razón de que te vengues de los que han abusado de tu ausencia; pero debes saber que toda la culpa fue de Antínoo; no sólo le interesaba casarse con tu mujer, sino reinar sobre esta comarca. Depón tu cólera y cada uno de nosotros te entregará un buen regalo.

Pero Ulises, midiéndole centímetro a centímetro con su terrible mirada, le respondió que todas las riquezas que ellos pudieran reunir serían insuficien-

tes. Que era mejor que no hablase más y eligiese entre defenderse o que le mataran.

Los pretendientes temblaban. Eurímaco, no obstante, sacó fuerzas de flaqueza y gritó que era una insensatez aguardar y que no quedaba más que combatir, lanzándose en seguida contra Ulises: una flecha le alcanzó bajo la tetilla izquierda y el pobre hombre cayó de golpe con la cara contra el suelo. Anfinomo se lanzó entonces, y Telémaco, que estaba alerta, lo atravesó por la espalda con su lanza. Corrió hacia Ulises y le dijo que iba a traer más armas.

—Sí —aprobó éste—, porque no sé si con sólo estas flechas podré hacer frente a estos hombres.

Telémaco volvió inmediatamente con cuatro escudos, diez jabalinas y algunos cascos de bronce para ellos y los servidores, poniéndose todos a los lados de Ulises, que seguía disparando sus amargas flechas, terminadas las cuales tomó un escudo, se puso un casco y tomó dos jabalinas. En ese instante vio que el muro de la sala tenía un tragaluz en lo alto y entonces encargó al porquerizo que vigilase esa salida; pero ésta, aunque estrecha, fue vista también por los pretendientes, y uno de ellos preguntó si no habría alguien que pudiese salir por ahí e ir a buscar armas.

—No es fácil —dijo Melantio, el mayoral de los cabreros, que estaba de parte de los pretendientes—: un solo hombre puede detener a cualquiera. Pero

haré un esfuerzo para traer armas del mismo lugar de donde las ha traído Telémaco.

Pudo llegar hasta la cámara de las armas y volvió con escudos, jabalinas y cascos con penachos. Ulises tuvo un estremecimiento:

—Nos ha hecho traición alguna de las sirvientas —advirtió.

—No, padre —confesó Telémaco—, la culpa la he tenido yo; no cerré la puerta de la cámara donde están las armas. Eumeo —dijo al porquerizo—, cierra la puerta y averigua quién era el encargado de vigilarla, si Melantio o una sirvienta.

Eumeo fue y sorprendió a Melantio sacando más armas, lo que comunicó en seguida a Ulises; éste le dijo:

—Me quedaré aquí con Telémaco haciendo frente a esta gente y tú y el boyero iréis a agarrar a Melantio y encerrarlo amarrado en la habitación; no, mejor colgadlo de las vigas del techo y dejadlo ahí.

Así lo hicieron, volviendo a la sala, en donde empezó una gran pelea entre los cuatro que defendían el umbral y los pretendientes. En medio de ella apareció Atenea en la figura de Mentor, y Ulises le gritó que ayudara a salvarse al compañero de toda su vida. Sabía, sin embargo, que aquél no era Mentor sino la propia diosa. Uno de los pretendientes, que no se imaginó tal cosa, gritó a Mentor que no hiciera caso a Ulises, porque de otro modo, una vez vencidos el padre y el hijo, ellos se irían contra él

y terminarían con su vida y su familia, además de sus bienes. Pero Atenea no le escuchó, sino que se dirigió a Ulises, diciéndole:

—Ulises, ¿qué te ocurre? Veo que no tienes ya la energía de antes, pues estando en tu palacio y en compañía de tu hijo y de tus dos fieles servidores, pareces indeciso. Mira lo que hago y sabrás que estoy contigo.

Y diciendo y haciendo se transformó en una gollondrina que se posó en las vigas del techo. No quería la diosa dar a Ulises inmediatamente la victoria: quería probar su fuerza, ver si era la misma de antes. Algunos pretendientes, mientras tanto, entre ellos Agelao, animaban a los demás, diciéndoles que Mentor ya se había ido y que Ulises no podría resistir tanto tiempo.

—No lancéis todos al mismo tiempo la jabalina —exclamó Agelao—. Dejados probar a seis de nosotros y después probaréis vosotros.

Dicho esto, lanzaron las seis armas, inútiles armas que gracias a Atenea fueron a clavarse en la puerta.

—Deberemos —dijo Ulises— tirar todos juntos contra éstos. ¡Vamos!

Arrojaron las jabalinas, matando a varios e hiriendo a otros; se replegaron los hombres mientras lanzaban sus armas, alcanzando Anfimedón el puño de Telémaco, aunque sólo rozándolo; otro rasguñó a Eumeo y la pelea siguió hasta el momento en que Atenea, desde la viga del techo, amenazó con su égida a los pretendientes, que huyeron como un piño de

cabras asustadas, momento que aprovecharon los cuatro hombres para herir y matar a diestro y siniestro. La sangre corría como por el suelo de un matajero. Uno de los pretendientes, Liodes, se tomó de las piernas de Ulises y le rogó que no lo matara, declarando que no había hecho nada y que más bien había aconsejado a los demás que fuesen prudentes, aunque no le habían hecho caso.

—Yo era sólo un adivino —agregó.

—Pues bien, adivino —exclamó Ulises—, supongo que anunciarías que yo no iba a volver nunca más. No te librarás.

Dijo y lo degolló, rodando su cabeza por el suelo, aún hablando.

El aedo Femio, con la cítara todavía en la mano, no sabía qué hacer: si saltar por el tragaluz o echarse a los pies de Ulises pidiendo perdón, cosa que hizo, diciéndole que no podría matar al que cantaba a los dioses y que nada malo había hecho, pues no era un pretendiente.

—Me trajeron a la fuerza —concluyó.

Intervino Telémaco y detuvo el brazo de su padre, agregando también que debería perdonarse a Medón, que ninguna culpa tenía. Este, que estaba por ahí debajo de una mesa, salió tiritando y haciendo grandes reverencias a Ulises, quien los mandó salir y esperar afuera. Esto dicho, recorrió con la mirada la gran sala para ver si había alguien más a quien herir o matar; pero los pretendientes yacían en el polvo y la sangre, unos sobre otros.

como peces que han sido vaciados por el cuchillo del pescador. Comprobado esto, Ulises llamó a Telémaco:

—Vete a buscar a Euriclea —le dijo.

Inmediatamente estuvo Euriclea junto a Ulises, que parecía un tigre o un león, lleno de sangre y de furor que se iba apaciguando. Al ver los cadáveres, la anciana prorrumpió en un gran grito de alegría, pero Ulises la contuvo, diciéndole que no había que expresar alegría ante los muertos, por ruines que hubiesen sido en vida los que los representaron.

—Díme ahora —le pidió— cuáles son las mujeres de la casa que me han sido fieles o infieles.

Euriclea repuso que en total eran allí cincuenta las mujeres, de las cuales doce eran unas perras mal agradecidas y de mala conducta, pues habían tenido amores con los pretendientes.

—Muy bien; haz que vengan esas mujeres.

Llegaron entre lágrimas y lamentaciones y empezaron a sacar afuera los cadáveres y después a lavar y limpiar todo. Al terminar, las sacaron y las pusieron en un lugar en que no podían huir. Allí, Telémaco dijo:

—No quiero que después se me acuse de haber ensuciado mis manos en mujeres, por más que hayan ofendido a mi madre y a mí, teniendo amores con los pretendientes. Ahorcadlas.

Trajeron luego a Melantio y le cortaron las orejas y la nariz, amputándole las manos y los pies y

dejándolo allí como una basura entre las basuras. Hecho esto, los ejecutores volvieron y se lavaron. Ulises ordenó a Euriclea:

—Trae azufre y purifica la casa. Di a Penélope y a sus mujeres que bajen.

—Lo haré, hijo mío, pero antes te traeré un manto y una túnica.

—Haz lo que te digo y que enciendan un buen fuego en esta sala —dijo Ulises.

Así lo hizo Euriclea, y Ulises procedió a purificar la casa con azufre, en tanto la anciana subía a traer a las mujeres, que bajaron con antorchas y abrazaron y besaron a su señor, reteniendo sus manos entre las suyas. Ulises sintió llenos de lágrimas sus ojos.

Canto vigésimo tercero

SI, TU ERES ULISES

Euriclea fue a la pieza de Penélope y la conminó a bajar:

—Ha llegado Ulises y ha dado muerte a todos los pretendientes. Baja.

—Mal día para ti, ama —respondió Penélope—. Veo que has amanecido loca. ¿Por qué te ríes de mí, si no es así? Me has despertado cuando, des-

pués de tanto tiempo, no había logrado dormir. Vuelve a tu cámara.

Pero Euriclea no se fue:

—No me río de ti. ¡Ulises es el extranjero que fue injuriado por todos! Telémaco lo sabía, pero lo calló. Anda.

Penélope saltó del lecho. ¿Sería posible?

—Pero, oye —dijo a Euriclea—, ¿cómo ha podido matar él solo a todos esos horribles hombres?

—No lo sé —repuso la anciana, mientras buscaba la ropa de su señora—, pero oí los lamentos de los que morían y ninguna de nosotras quisimos salir hasta que vino Telémaco a decirme que saliera, que su padre lo ordenaba. Lo vi en la sala, lleno de sangre y de tierra, y lo reconocí. Sacamos los muertos y todo está limpio y en la sala hay un gran fuego. Anda, ama, por favor.

—Pero, dime, loca —arguyó aún Penélope—, ¿por qué no me lo dijo a mí, que soy su mujer? No, tú has visto fantasmas. Ulises ha muerto, y si no ha muerto, no volverá.

—¿Qué dices, niña de mi corazón? ¡Tu marido está en la casa y tú lo niegas! Le vi la cicatriz que le hizo el jabalí y te lo iba a decir, pero él me lo impidió. Ven y desengáñate.

Penélope bajó llena de dudas, sin saber qué hacer, si acercarse al hombre de quien decían que era Ulises o sólo hablarle de lejos, como a un desconocido. Se sentó frente a Ulises y lo miró mucho tiempo, con aquellos andrajos y ese aspecto.

Telémaco no soportó más y gritó a su madre que era una mala madre y una cruel mujer.

—¿Por qué no abrazas y besas a mi padre, a tu marido? —exclamó.

Penélope, conteniendo su angustia, respondió que su emoción era tan grande que le impedía hacer cualquier cosa.

—Pero si es Ulises —añadió—, no tendré dificultad en reconocerlo, pues tanto él como yo tenemos algunos secretos comunes.

—No reproches a tu madre, Telémaco —intervino Ulises—. Me ve tal como estoy y le es difícil reconocerme. Hay algo que deberemos arreglar: hemos terminado con la juventud más distinguida de la ciudad y eso nos creará una situación digna de reflexiones.

—Di tú lo que tenemos que hacer, pues eres el más ingenioso de los hombres, y los demás te secundaremos —replicó Telémaco.

—Mira, debes, antes que nada, tomar un buen baño y vestirte; las mujeres deben ponerse sus mejores ropas; en seguida, el aedo tocará con su instrumento las más alegres canciones, de manera que la gente que oiga piense que estamos de fiesta. Después nos iremos al campo y Zeus nos aconsejará lo que debemos hacer.

Así lo hicieron todos, y la gente que pasaba pensó que la reina se había casado con uno de los pretendientes y celebraban la boda. Ulises, entre tanto, era bañado, ungido con aceite y vestido, agre-

gando la diosa Atenea una presencia y un vigor y una belleza casi superiores a los de sus mejores días de antaño. Así limpio y hermoseado volvió a la sala y se sentó frente a Penélope, a quien dijo:

—La verdad, te encuentro una extraña mujer: tienes delante a tu marido, que vuelve después de veinte años de ausencia, y le haces tanto caso como a una silla. ¡Euriclea! —llamó—. Prepárame un lecho para mí solo, como lo he usado en estos últimos tiempos.

—No siento orgullo ni desprecio por ti —declaró Penélope—; sé cómo eras cuando te fuiste, pero no sé si eres el mismo. Euriclea —dijo, dirigiéndose a la anciana, que esperaba—: haz lo que te ha pedido y ármale el lecho fuera de la cámara.

Penélope estaba probando a su marido, que ahora se irritó:

—Sólo un dios habría podido quitar mi lecho del lugar en donde estaba. ¿Quién lo ha hecho sacar de ahí? Nadie ha podido sacarlo. Lo construí con el tronco de un olivo que crecía, grueso como una columna, en el lugar en que levanté nuestra cámara, y lo hice de tal modo que es inamovible, decorado con incrustaciones de plata y oro. Dime, mujer ciega, quién ha podido moverlo de allí.

Penélope, con las piernas que se le doblaban y próxima a anegarse en llanto, fue hacia Ulises y lo abrazó y le dijo:

—No te enojas conmigo, amor. Tenía miedo de ser engañada por algún hombre sagaz, pero las prue-

bas que me has dado, junto con la de tu cicatriz, me convencen de que tú eres mi esposo. Sólo tú y yo sabemos, además de nuestra criada Actoris, cómo es y dónde está nuestro lecho y me declaro convencida de que tú eres tú, aunque en un principio haya dudado.

Se abrazaron tiernamente y así abrazados los habría encontrado el amanecer si Atenea no hubiese hecho prolongar la noche, deteniendo el carro de la Aurora con sus veloces caballos, Lampos y Faetón. Ulises dijo a su esposa que los trabajos no habían terminado y que quedaba una gran tarea.

—Antes, no obstante, disfrutaremos del descanso y del sueño, pero ahora juntos —añadió.

Y como Penélope quisiera saber cuál era esa gran tarea, Ulises le contó que Tiresias le había ordenado ir, con un remo al hombro, hasta un santuario situado en un país en donde no había mar ni la gente conocía la sal; allí encontraría a alguien que confundiría el remo con una pala de aventar trigo y ocurrido esto habría de plantar el remo en el suelo y sacrificar a Poseidón un morueco, un toro y un verraco.

—En seguida he de volver aquí y ofrecer hecatombes a todos los dioses del cielo, sin olvidar ninguno —agregó—. Después de eso tendré una ancianidad tranquila y una muerte apacible, lleno de riquezas y rodeado de los que me aman.

Eurínome y la nodriza prepararon todo y la primera marchó delante de los amos con una tea, Te-

lémaco y sus compañeros, el boyero y el porquerizo, cansados de bailar, dijeron a las mujeres que se fueran y se acogieron también al descanso. Y una vez que los esposos disfrutaron del amor, se entregaron a las confidencias y a los recuerdos, contándose todo lo que habían vivido y sufrido. Y cuando Atenea calculó que ya Ulises había gozado y conversado bastante, soltó el carro de la Aurora y Ulises se levantó y dijo a su recuperada mujer:

—Ambos hemos soportado rudas pruebas y ahora que todo ha terminado te pido que te preocupes de cuidar mis bienes. Reharemos nuestra hacienda con los animales que pueda tomar y que sean de los pretendientes muertos. Antes, sin embargo, tengo que visitar a mi padre y he de hacerte una recomendación: pronto correrá por el pueblo la noticia de los pretendientes muertos y la gente vendrá para acá. Sube a tu habitación y no te muevas de allí; no contestes a los llamados y no hables a nadie extraño a la casa.

Se puso una armadura e hizo levantar a Telémaco, al boyero y al porquerizo, armándolos. Salieron de palacio, el héroe adelante, y aunque el sol alumbraba ya la tierra, Atenea cubrió al grupo con una bruma que lo hizo invisible.

Canto vigésimo cuarto

LOS INFIERNOS Y LA PAZ

Hermes, el del caduceo, que tan pronto adormece como despierta con él a los seres humanos, llevaba a través de las sombras una muchedumbre de almas. Luego de pasar el Océano llegaron a la pradera de Asfodelos, habitada por los fantasmas de los muertos. Allí estaban los de Aquiles y Patroclo, así como el de Ajax, el sin par. Rodeaban al de Aquiles cuando se aproximó el de Agamenón. El de Aquiles dijo:

—Agamenón: creíamos que eras el más grato a Zeus y sin embargo fuiste el primero en ver acercarse la Muerte, que se ve sólo una vez, y lástima grande fue que no la hubieras visto en la comarca de Tróade, ya que allí te habrían levantado un tumulto.

—Feliz tú, hijo de Peleo —respondió el fantasma de Agamenón—, que fuiste segado en la tierra troiana. Todo aquel día combatimos hasta que Zeus envió una tormenta que terminó con la batalla. Llevamos tu cuerpo a las naves, donde lo lavamos y perfumamos, recibiendo el homenaje de las lágrimas y del cabello de aquellos que te lo ofrecieron. Tu madre salió del mar con todas sus diosas y se oyó un grito que habría hecho correr a los aqueos si Néstor no los hubiera retenido. Las Musas cantaron en

tu honor un canto fúnebre que hacía llorar hasta a las aves. En el día decimoctavo se echó tu cadáver a las llamas, degollando numerosos animales. Recogimos en seguida tus huesos y los pusimos en una urna de oro que nos dio tu madre, junto con los de Patroclo. Y, aunque hayas muerto, continúan vivos tu nombre y tu fama. Y yo, ¿qué? Zeus me reservaba una muerte degradante a manos de un infeliz como Egisto y de mi maldita mujer.

Conversaban así y se lamentaban cuando acertó a pasar por ahí el mensajero Argifonte guiando las almas de los pretendientes que Ulises había ultimado. La de Anfimedón, a instancias de Aquiles, contó lo sucedido en Itaca: el ardid de Penélope y la vuelta de Ulises, con la consiguiente venganza.

—¡Oh ingenioso Ulises! —exclamó Agamenón—. Eres el primero entre los primeros y tu mujer y tu hijo son tan eminentes como tú.

Eso ocurría más o menos en los instantes en que Ulises llegaba a las tierras de Laertes. Recomendó matar el más hermoso cerdo para el almuerzo y fuese a buscar a su padre, a quien halló aporcando unas betarragas, sucio y remendado. Al verlo envejecido pensó en anunciarse y abrazarlo, pero decidió ponerlo a prueba: quería que lo reconociera. Así, le dijo:

—Veo, anciano, que conoces bien los trabajos del campo, pero creo que tú mismo estás un poco abandonado, como si nadie, ni tú mismo, cuidara de ti. De seguro no eres un criado ni un campesino, más

bien pareces el dueño, aunque tu ropa me dice que no lo eres. ¿Quién es tu amo y de quién es este huerto? Soy extranjero y no sé dónde me encuentro, tal vez en Itaca, como me ha dicho alguien a quien le pregunté por un hombre que fue mi compañero y mi amigo. Este hombre me contó, en aquel tiempo, que era de Itaca e hijo de Laertes.

—Sí, extranjero —respondió éste—, estás en Itaca; pero ya no vive aquí sino gente violenta y atrevida. Dime, sin embargo, cuándo viste a ese hombre, que sin duda es mi hijo, a quien ni su madre ni yo pudimos ver cuando murió; tampoco lo vio su mujer, la discreta Penélope. Y tú, ¿quién eres, de dónde vienes, que dices haber conocido a mi hijo?

—No tengo reparo en decirte lo que sé —contestó Ulises—: vivo en Alibante y soy hijo del rey Afidas y he dejado la nave, después de sufrir una tempestad, en la ribera del mar. Respecto de aquel hombre puedo decirte que hace cuatro años se fue de mi país.

Al oírlo, Laertes estalló en sollozos, pero Ulises se lanzó hacia él, no pudiendo verlo llorar, y lo abrazó y lo besó, diciéndole casi a gritos que él era Ulises.

—No llores —exclamó—, pues he muerto a todos los pretendientes, vengándome de sus maldades.

Laertes, sin embargo, incrédulo, lo rechazó:

—Dame alguna prueba de lo que dices o no te creeré.

—Te la daré, padre, y es muy sencilla: aparte de la cicatriz que tengo en un pie y que luego podrás

ver, puedo decirte algo más convincente: cuando plantaste este huerto, yo, niño aún, iba al lado tuyo y te pedía que me regalaras algunos árboles. Pues bien, me diste trece perales, diez manzanos, cuarenta higueras, cincuenta hileras de viñas y toda la fruta que produjeran.

Laertes, que oyó todo lo que únicamente él y su hijo podían saber, le echó los brazos al cuello, casi desfallecido de felicidad.

—Creo ahora que hay de nuevo dioses en el Olimpo —tartamudeó, y en seguida, alarmado—: Pero me da miedo la idea de que el pueblo de Itaca venga contra nosotros.

—No tengas cuidado, padre —lo calmó Ulises—; vámonos a tu casa, en donde nos esperan Telémaco y sus dos amigos, mis servidores.

En la casa, Telémaco estaba a punto de trinchar la carne que habían asado, pero Laertes pidió permiso para darse un baño, al final del cual salió tan corpulento y vigoroso como en sus mejores días, pues Atenea dio a su cuerpo y sus miembros un rejuvenecimiento admirable. Se sentaron y comieron, y mientras comían la Fama iba por la ciudad contando lo ocurrido a los pretendientes. Partieron hombres y mujeres, gritando, hacia el palacio, en donde recogieron los cadáveres y se los llevaron para sepultarlos, transportando a las naves a los que eran de otras tierras. Hecho todo esto, la gente se reunió en el lugar de la asamblea, y Eupiteo, padre de Antínoo, habló al pueblo:

—Ha vuelto Ulises, ese hombre que llevó a numerosos aqueos a la muerte y que ahora ha venido a matar a la flor de esta ciudad. Creo que los asesinos deben ser castigados, y yo, que ya no tengo nada que perder, pues soy un anciano, os conmino a que vayamos todos contra ellos.

Dicho esto, rompió en lágrimas que impresionaron mucho a los aqueos, pero arribaron a la asamblea Medón y el aedo, que acababan de salir del palacio de Ulises, y el primero, muy discreto, tomó la palabra y dijo que Ulises no pudo haber realizado lo que realizó sin la ayuda de los dioses:

—Yo vi a un inmortal que corría alrededor de la sala, aterrorizando a los pretendientes y haciéndolos caer al suelo —afirmó.

Habló en seguida Aliterses, el anciano arúspice que conocía el pasado y que podía conocer el porvenir, y declaró que la culpa de todo la tenían los mismos habitantes, que no habían escuchado a Mentor cuando éste aconsejó que detuvieran a los jóvenes insensatos que invadían diariamente la casa de Ulises, sembrando allá el desconcierto y la inmoralidad.

—Pensadlo bien —añadió—, pues cada uno de nosotros puede atraer para sí la fatalidad.

La mitad de los reunidos se marcharon del ágora dando gritos y los demás permanecieron allí, sin saber qué hacer, hasta que, animados, se armaron, dirigidos por Eupiteo, quien, no sabiendo la suerte que le esperaba, quería vengar la muerte de su insolente hijo. En ese momento Atenea dijo a Zeus:

—¿Permitirás, padre Zeus, que continúe la funesta guerra?

—Mira, no me metas en tus asuntos —contestó Zeus—; tú has hecho que vuelva Ulises y mate a toda esa gente. Ya están muertos y ahora que todo parece terminado haz que reconozcan a Ulises por rey y los hombres y las mujeres olviden lo que pasó a sus parientes.

Atenea, con sus ojos resplandecientes, voló desde el Olimpo justo en el momento que Ulises mandaba a alguien a mirar y ese alguien volvía diciendo que se acercaba gente y que sería necesario defenderse. Abrieron la puerta y salieron, todos armados. Atenea apareció con el aspecto de Mentor, y Ulises advirtió a su hijo:

—No te olvides de tu linaje cuando entres a pelear.

—Si llega el momento, padre, verás que sé conducirme.

—¡Oh dioses, qué alegría: mi hijo y mi nieto hablan de combatir con valor! —exclamó Laertes.

Atenea se acercó a él y le dijo:

—Hijo de Arciso, ruega a los dioses y arroja una jabalina.

Laertes hizo una súplica y disparó una jabalina que atravesó de parte a parte a Eupiteo, que cayó al suelo. Ulises y su hijo se lanzaron a la carrera con las armas levantadas y habrían terminado con todos si Atenea no hubiese dicho con agudísima voz:

—¡Basta! ¡Termine ya esta inmundada guerra! ¡Hacedos a un lado!

Todos se asustaron y dejaron caer las armas, en tanto el héroe, dando un grito terrible, se precipitaba en persecución de ellos; pero Zeus lanzó un no menos terrible rayo que cayó casi a los pies de Atenea, quien habló a Ulises:

—Esforzado hijo de Laertes, deténte; no te atraigas el enojo del hijo de Cronos.

Ulises bajó la espada y los demás lo imitaron.

La guerra había terminado. Los dos partidos hicieron una alianza, sirviendo de inspirador Atenea en figura de Mentor.

